



4
JUÁN GUILLÉN SOTELO

LA PRIMER

BATALLA

• MÁLAGA

1898

INT

XIX

1324

1324

1324

Al Sr D. Leopoldo Iguilar
testimonio de profundo respeto
y hereditaria admiración de
el autor

LA PRIMER BATALLA

*Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.*

21 cm

R-66242



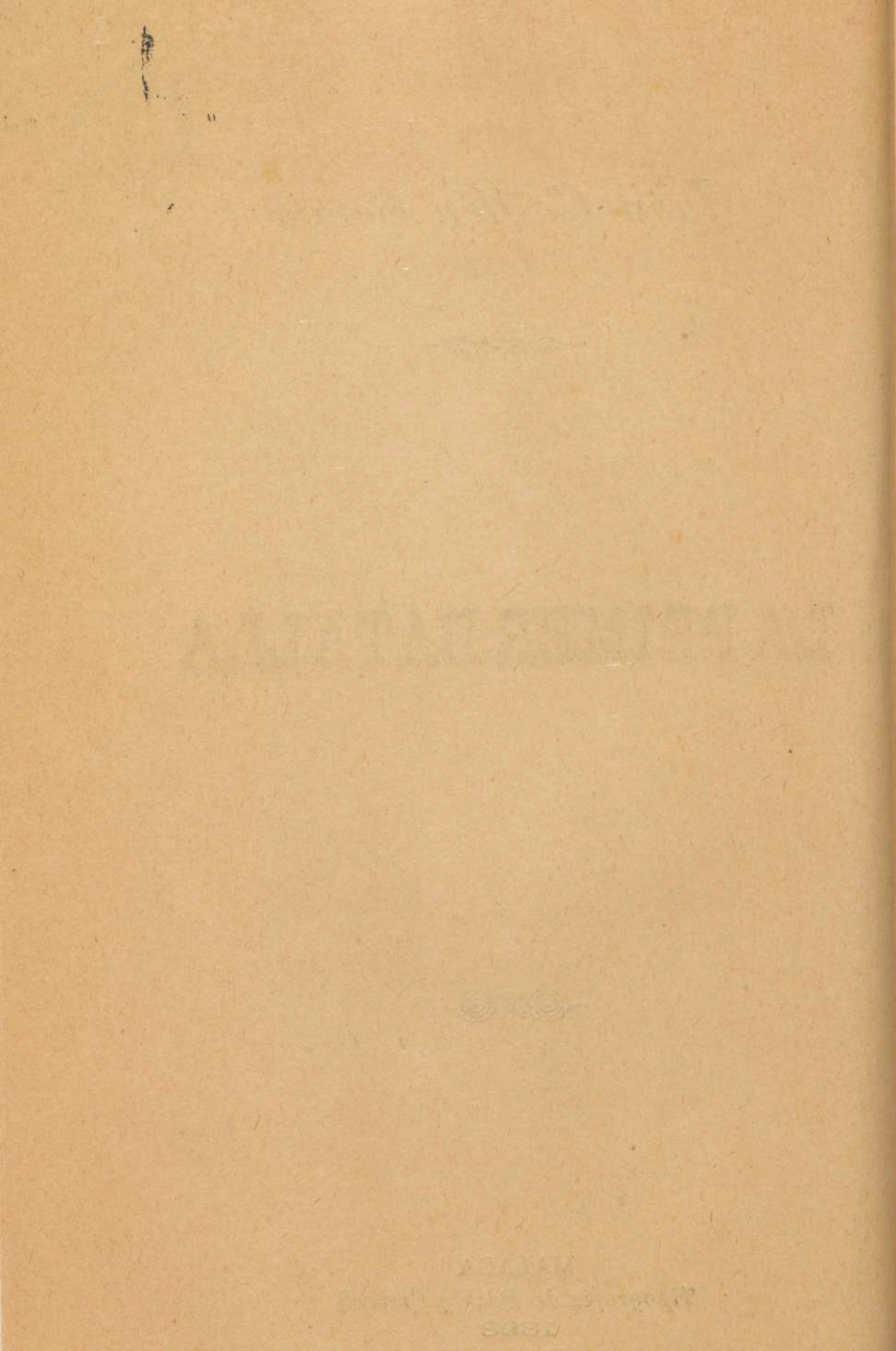
Juán Guillén Sotelo



LA PRIMER BATALLA



MALAGA
Tipografía de Poch y Creixell
1898



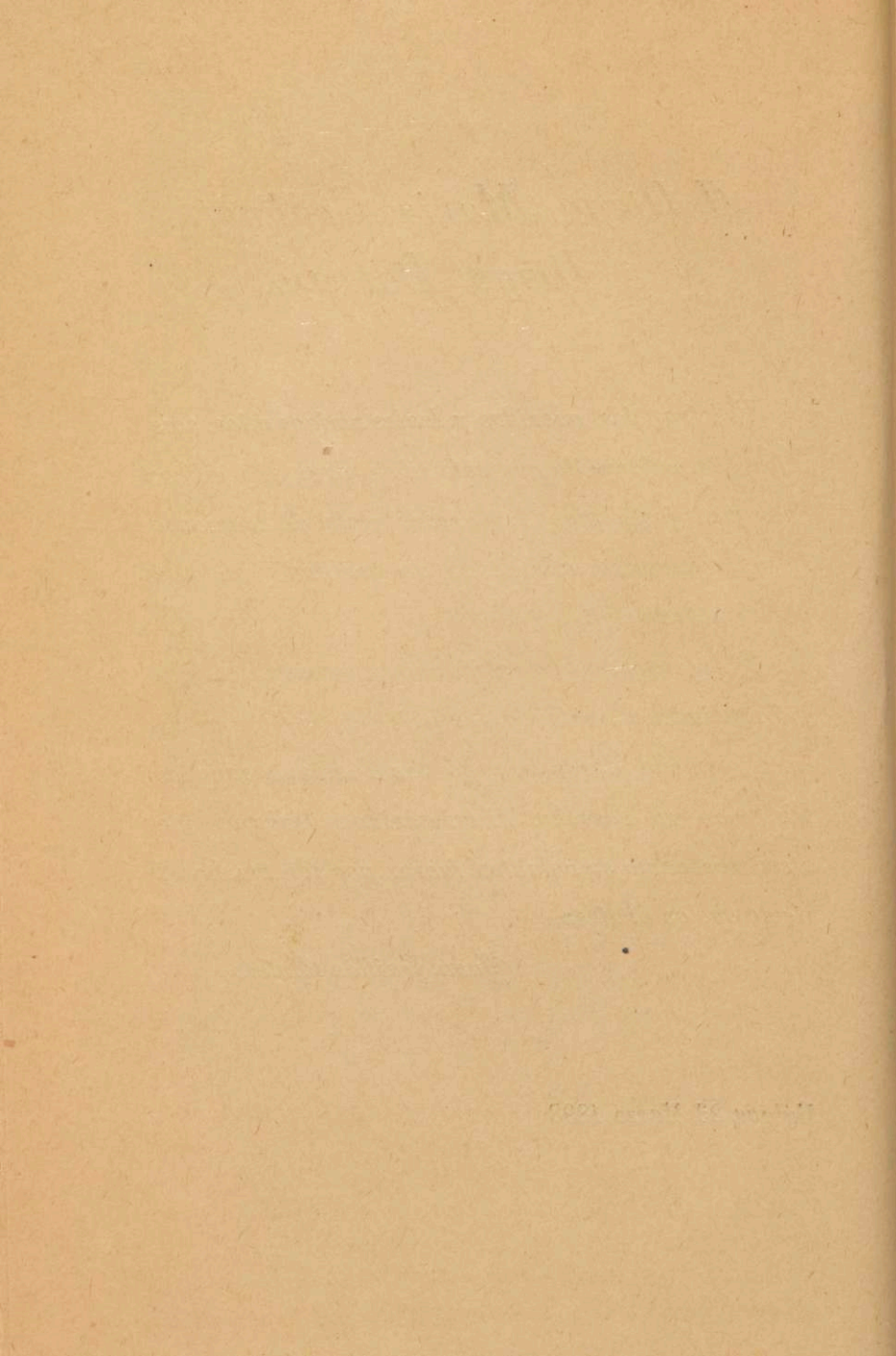
A Diego María Crehuet y á Diego Borrajo.

Vosotros dos, queridos y leales amigos míos, sois causas inductoras de que este libro vaya al público; nada más justo que al aparecer ante él, comience su vida pagando una deuda de gratitud, yendo á vosotros dedicado.

Y si escaso es el ofrecimiento y pequeño el agasajo, estimad al recibirlo que quien os lo hace os dá cuanto puede daros por no tener más sazonados frutos en su cosecha, ni más galanos trabajos que ofreceros, como su voluntad fuera, por ser mucho el afecto que os profesa,

Juan Guillén Sotelo

Málaga 23 Marzo 1898





I.

Salvador Serrano entraba en el claustro precisamente un minuto después que el bedel hubo cerrado el aula; contrarióle por el pronto lo sucedido, pero se conformó pronto cuando recordó que al encaminarse á la Universidad le había ido dando tibia y placentera compañía el sol que se derramaba sobre la villa en uno de esos días de invierno hermosos, francos, casi calurosos conque la Naturaleza parece querer compensar los miles aguaceros, ventiscas y humedades en que abunda la estación en la Corte.

Salió, pues, rebujado en su capa azul turquí, calle de San Bernardo arriba, dobló la de Sagasta y una vez en ella comenzó á andar con paso mesurado, fumando con delectación un cigarrillo, caídos los embozos de terciopelo corinto y recibiendo de plano en su persona el sol dorado que le hacía cosquillas en los ojos, quería meterse jugueteando por los huecos que dejaban las puntas dobladas en triángulo del cuello de la camisa y hacía brillar intensamente

la sencilla cadena de oro que cruzaba el chaleco de bolsillo á bolsillo. El sol bañaba la extensión plana y recta de la calle, limitada á sus lados por casas de construcción moderna con mucha piedra, rojizo tono, erizadas de balcones que iban menguando en adornos según crecían en altura; había también hoteles cerrados por negras verjas rematadas en oro, dentro de las cuales percibíanse algunos entecos arbustos, tal cual praderilla de *gazon* y en el centro el edificio por cuyas abiertas ventanas aparecían los criados con amplios delantales y grandes zorros, zurrando de lo lindo á los muebles como en castigo de algún delito; por aquellas ventanas se entreveían habitaciones diversas, despachos severos con las paredes tapizadas en oscuro, la mesa de nogal con pocas cosas encima y ésas distribuidas con extraordinaria simetría y reinando sobre ellas la lámpara de bomba verde colocada en un cuadro de terciopelo ó de porcelana; las sillas de alto y estrecho espaldar en dúos ó en tercetos, junto á los testers y sobre ellas cuadros antiguos de cuyo fondo negro se destacaba un desnudo amarillento, retratos de familia ó grabados en cuyos asuntos notábanse las aficiones del dueño; por otras ventanas aparecía la espalda celeste de un tocador; por cima del *bouquet* que coronaba el espejo, veíase el techo de igual matiz, á los lados sillones Luis XV también de idéntico tono y en el fondo las blancas colgaduras de un lecho en el que debían abrigarse muchos ensueños y hacerse muchas

preguntas mentales; por otras aparecía completamente trastornado y confundido en aras á la limpieza ese conjunto abigarrado, chillón y exótico que se ha dado en llamar un salón moderno con sus asientos de mil formas, telas y colores, sus vitrinas llenas de figuritas de Sajonia, de Sévres ó del Retiro; de pequeñas joyas, de miniaturas en las que campeaban retratos de seres ya ignorados cuyos huesos reposaban hacía muchos años; veladores de maderas preciosas festoneados de oro encima de los cuales bustos y grupos de *terra-cotta* exponían impudicamente sus desnudeces incitantes sin ser artísticas y sus rostros provocativos sin ser bellos y quizá presidiendo todo un lienzo resquebrajado en el que algún maestro de la pintura española dió realce imperecedero á la faz sublime, virginal é inocente de una Concepción ó á la imagen descarnada y ascética de un San Francisco que formaba extraño consorcio con la *terra-cotta*; pero, quizá por caprichos de la suerte, los lienzos de antaño elevaban todos sus miradas al cielo; de las producciones del arte moderno ni una sola alzaba la mirada. Quizá por eso no se encontrarían.

Alternaban con casas y hoteles profusión de solares cercados por vallas en las que la musa y el pincel popular habían puesto no pensamientos sencillos ni ensayos pictóricos, sino un tropel de indecencias y de pinturas pornográficas; por las rendijas de los tablones veíase la extensión triste y descarnada del solar en cuyo

centro se elevaban miserables casetas hechas con elementos extraños á la construcción; picoteaban las gallinas restos de comestibles esparcidos en libertad por el suelo terrizo y el perro de preso fiel guardian de la base del edificio futuro, tomaba el sol tumbado junto á la valla abriendo los perezosos ojos cuando oía retumbar en la acera los pasos de los transeuntes. También abundaban estensiones sin desmontar en cuyas alturas salpicadas de lácios y escasos matájos pacía tristemente alguna cabra y cuyos cortes rectos dejaba ver una tierra arenosa que se desmoronaba al contacto del bastón y que conservaba en su centro húmedas huellas.

Los transeuntes se componían de criadas que circulaban con sus cestas panzonas del brazo acompañadas por soldados ó mozos de blusa y boina; barrenderos de la villa que recogían las basuras en carretillas que chirriaban con estrépito desagradable; empleados modestos que se dirigían á sus quehaceres con lentitud leyendo en los periódicos de la mañana el planteamiento de la crisis porque atravesaba el ministerio y veían barajarse con los nombres de los nuevos candidatos el ascenso ó la cesantía; ancianos que tomaban el sol moviendo penosamente los pies calzados con zapatones de paño; piquetes de infantería que iban á sus guardias mandados por cabos barbilampiños que miraban á diestro y siniestro con altivo ademán, como enojados de que no se detuviese la gente á contemplarlos; ginetes que atravesaban al trote

escoltados por los ladridos de perros vagabundos, pobres puestos de rodillas mendigando con horribles salmodias y chiquillos de una escuela próxima que antes de entrar en ella, alegres y bulliciosos como gorriones organizaban un partido de marro.

Sobre todo caía el sol, todo lo doraba chispeante haciéndolo parecer bruñido y hermoso, un cielo de un azul limpio y potente reinaba en las alturas y la combinación del oro y del azul hacían hermosa la mañana.

Salvador Serrano seguía su paseo como con pereza, medio cerrados los ojos, lento el andar y el cigarrillo tocando á su fin en un ángulo de la boca. Veía todo aquello con indiferencia y enderezaba sus pasos no sabía á donde porque hacía poco que estaba en Madrid y nunca había discurrido por aquellos sitios; sentía la nostalgia de su país, de sus amigos, de sus relaciones y á pesar de ello no estaba descontento; así como así era la primera vez que campaba por sus respetos, vivía en la Corte en donde no habían de faltarle distracciones, tenía dinero; su fama de hombre formal, su carácter sério, sus veintitres años, y su título fresquito de licenciado en Derecho le emancipaban en mucho de los desvelos de su familia y contaba con doctorarse en Junio, practicar algo en el bufete de un ex-ministro paisano suyo, abogado de mucho rumbo y volverse á Sevilla á cuidar los intereses de su casa que eran cuantiosos dejando á su hermano Tomás, á quien le había dado por la milicia, el

recorrer mundo y conocer cosas nuevas. En cuanto á él se consideraba feliz con su vida sedentaria en la casa de sus padres conociendo siempre los mismos rostros y los mismos lugares, practicando en el porvenir por mera diversión en asuntos civiles que le atraían con preferencia y dar á la luz pública una obra sobre Moral y Derecho que había pensado durante sus estudios, de la que había escrito muchas cuartillas en los ratos de ocio y en la que fundaba lisonjeras ilusiones, tanto por la nueva serie de rumbos conque contaba ocasionaría cuanto por el renombre que habría de dar á su autor. Debido á sus aficiones desechó cuantos viajes se le proporcionaron, dejó que sus padres y su hermano hicieran excursiones á diversos puntos de España y del extranjero prefiriendo irse á su hacienda de San Juan de Aznalfarache en cuyos espaciosos olivares encontraba tranquilidad bastante para ir madurando su proyecto y para leer con refinamientos de sibarita las obras dogmáticas que constituían su encanto; como distracción daba grandes paseos por el Guadalquivir en un bote que se había hecho traer de Inglaterra con todos los adelantos de la materia. Cómo hizo su carrera con esas aficiones y con ser su padre hombre de gran prestigio en la población, ni que decir tiene: la Universidad sevillana ostenta numeroso catálogo de estudiantes ejemplares; entre ellos estaba Salvador Serrano en primera fila. Cuando se licenció, el Rector, grande

amigo de su casa, propuso á su padre que lo enviase á Madrid para que terminara la carrera y se diese á conocer, por ser de opinión que el chico tenía condiciones para llegar muy alto y ser en el porvenir una de las eminencias de la nación. D. Antonio Serrano manifestó sus dudas sobre que el muchacho quisiera estender su esfera de acción dado su carácter y sus costumbres que más bien indicaban deseos de retraerse que de otra cosa, pero, con gran sorpresa suya el licenciado quiso ser doctor y pidió, antes que se lo indicasen, el viaje.

Al saberlo su hermano, menor que él de unos pocos años, se escandalizó y anduvo buscando cual sería el motivo que impulsaba á San Juan Bautista como él llamaba á Salvador á ir en busca del mundo, del que, sino huido, habíase alejado más que otra cosa hasta entonces; para la madre fué un mal rato la noticia; veía en su primogénito algo sobrenatural y adorable, nunca se separó de él, era la compañía de Salvador en las largas temporadas de San Juan de Aznalfarache y la ausencia le iba á ser dolorosa; á más temió por los peligros de la Corte y así lo manifestó á su marido quien no pudo menos de reir al ver aquellos temores para con un hombre que peinaba más barbas que un capuchino, que tenía una carrera hecha y que aún cuando no muy amigo de sociedad hacia buen papel en ella. A pesar de consejos de familia y amigos deseosos de que Salvador se abriese paso por sus méritos en el mundo, la madre

procuró insistir con el hijo á fin de evitar la marcha, hasta hizo que Carmencita Llanos, con quien sostenía Salvador relaciones, pusiese cara hosca al proyecto, pero todo fué inútil y después de una despedida enojosa por demás, dejando divididas las opiniones trás de sí, Salvador Serrano tomó el expreso en la tarde del 22 de Octubre de 189... y desembarcó en Madrid en la mañana del 23.

La madre no había permitido que fuese á una casa de huéspedes; temía, esta vez con razón, de ese trato casero que se ha dado en llamar como en familia y que tiene todos los inconvenientes de ella sin ninguna de sus ventajas. El alojamiento fué un árduo problema que la señora de Serrano resolvió después de largas cavilaciones determinando que su hijo fuera á vivir á una fonda de la Córte, montada á la antigua, propiedad del hermano de cierto canónigo de la catedral sevillana, confesor de la señora de Serrano, grande amigo de la casa y hombre que en virtudes, en talento y en manera de tratarse podía ponerse pormodelo. Opinó el Sacerdote que en la casa de su hermana estaría el muchacho como en la gloria y allí fué á parar teniendo la honra señalada de que el dueño de la fonda, á pesar de ser la mañana húmeda, nebulosa y desagradable, bajase en persona á la estación á recibirlo.

Los primeros dias de su estancia en Madrid los pasó Salvador Serrano contemplando desde el balcón de su cuarto aquella Puerta del

Sol que se le antojaba un caos de desacordes ruidos, ó saliendo sólo y dándose grandes paseos para conocer la ciudad de que tantas descripciones había conocido y á la que él, mirándola sólo desde el punto de vista científico, se obstinaba en contemplar como una Atenas moderna, llena de centros de instrucción, de academias, de museos, de bibliotecas que sirvieran á la juventud para su ilustración y á los hombres maduros en edad para hallar solución á los problemas que en el curso de sus estudios se les ofrecieran. Este fué el primer desencanto; se halló con que sus compañeros de carrera tenían en su mayoría y con honrosas excepciones una ilustración muy discutible, aun en asuntos de la profesión que iban á ejercer; los vió ocuparse preferentemente de teatros y reuniones que de materias jurídicas y afirmose en la creencia de que desde ese punto de vista tanto valían los estudiantes andaluces como los de la Universidad Central.

Visitó despues á unos parientes suyos, personas de la alta banca madrileña y salió disgustadísimo de la visita; el padre solo hablaba de bolsas, bolsines, cambios y corretajes, con más una série de inmensas calamidades próximas á caer sobre Europa porque era *bajista*; la madre y las hijas del Real y de la crónica de salones de la Côte y en cuanto al hijo varón le habia dado por el toreo y por derribar vacas y no habia quien lo sacase de sus terminos taurómacos y caballísticos; recibieron á Salvador con

atenciones que parecían sinceras, y puede que así lo fueran en realidad, le invitaron para su platea del Real con igual acento que si fuese para compartir la gloria; preguntóle el padre cómo iban los capitales andaluces, la señoras noticias detalladas de los teatros del Duque y San Fernando y el hijo se enteró al por menor de detalles de los ganaderos de reses bravas sevillanas formando todo un conjunto que disgustó á Salvador quien prometióse no frecuentar mucho la tertulia de sus parientes. Y no se vaya á creer que Salvador Serrano fuera un espíritu timorato y encogido ni menos un ser inocente y un niño grandullón porque por sus amigos de Sevilla se sabía que en algunas ocasiones hizo principal papel en la Venta de Eritaña en animada *juerga* con manzanilla y mujeriego: además era partidario del bello sexo como lo probaban sus relaciones con Carmencita Llanos, relaciones comenzadas en la niñez y que llevaban camino de terminar en un altar con beneplácito de ambas familias, pero apesar de todo en su caracter había algo extraño, así como si una aspiración de su vida hubiese quedado sin llenar, como un vacío producido por algo entrevisto y no acabado de conocer, como si desease en abstracto alguna cosa que nunca había podido conocer concretamente y que lo hacía algo taciturno; cuantas veces en el paseo, en el teatro, en el salón de baile quedaba fijo en un objeto, fruncía las cejas un poco y los trazos varoniles de su semblante adquirían

marcada espresión de disgusto, tinte amargo de nostalgia que reinaba un instante desapareciendo al final de él y dejando en su lugar el rostro apacible de San Juan Bautista como decía Tomás.

Y en verdad que recordaba á San Juan Bautista aquella fisonomía: era la misma frente anchurosa y serena con que representan los pintores al bautizador de Cristo, la misma nariz aguileña, los mismos ojos de espresión noble y dulce y como remate del semblante aquella propia barba pobladísima, rizada y negra como el azabache. La cabeza del santo encajaba en la suya pero el cuerpo era más arrogante que el del asceta del valle del Jordán; la cabeza se asentaba sobre unos hombros anchos y fuertes y reinaba sobre un conjunto esbelto y airoso que adoptaba posturas artísticas sin pretenderlo, que reflejaba gallardía sin darse cuenta de ello.

La conversación era animda, espresiva, sólida y más grave de lo que podría esperarse á sus años; hablaba bien y seguramente; con previsión elegante al expresarse. Pero en materia de conversaciones que le preguntasen á La Córnia, La Córnia informaría; bendito sea Dios las cosas que había aprendido aquel Gabriel Fuertes, con el señorito Salvador y Dios solo sabe el lío que se armó en su cabeza en su afán de inculcarse los conocimientos del amo; cuando ambos echaban río abajo en el bote era un curso de enciclopedia lo que se desarrollaba

en el Guadalquivir; el capataz apoyaba las manos sobre los remos y comenzaba á hacer preguntas sobre preguntas y á satisfacer curiosidades que eran mayores á medida que sus conocimientos aumentaban. Salvador explicaba en términos vulgares cosas heterogéneas que iba engarzando unas tras otras, hablaba del mundo, de la sociedad, de los fines de la vida y entonces también quedábase algunas veces en aquel ensimismamiento momentáneo que no tenía esplicación cumplida para nadie escepto para La Córnia: *es que s'arrecoje pá unir los cabos* decía Gabriel Fuertes convencido.

Y cuando algunas veces La Córnia encontraba á Salvador tumbado bajo un olivo en un ribazo con alguno de aquellos libros encuadernados en rojo en la mano, soltaba el retaco en la cruz del árbol próximo y se sentaba á su lado: *lea osté alto señorito*, le decía, *que asina sepamos como anda la bola*, porque desde que adquirió la convicción, aún no muy arraigada, de que el planeta era redondo *mesmamente como una naranja*, no le daba otro nombre; á lo mejor sucedía que el libro en cuestión era algo así como un tratado filosófico de derecho penal y entonces mientras Salvador leía, el viejo capataz lo miraba extasido unos instantes, entornábanse sus ojos después poco á poco, doblaba lentamente la cabeza cubierta por el mugriento fieltro y algún sonido ronco que de su garganta se escapaba le hacía erguirse como en protesta de ello y fijos los ojos, siempre admiradores, en

la faz del amo, meditaba Gabriel Fuertes sobre aquellas cosas tan estupendas *que pasaban en la bola*.

No habían dejado de inspirar cuidados á la familia aquellas meditaciones súbitas de Salvador, aquella especie de detención momentánea que sufría el curso de sus ideas y lo consultaron con los médicos de la población que después de profundos reconocimientos terminaron por no dar al hecho importancia alguna: sólo un frenólogo que apareció por allà dando conferencias en un teatro, opinó que las producía el que el espacio donde se desarrolla el amor en el cerebro del hombre no estaba desarrollado físicamente al igual de los demás, cosa que hizo morir de risa à Carmencita Llanos cuando lo supo porque ya se vé que ella estaría mejor informada que nadie con respecto à aquel punto.

Desde que determinó su viaje à Madrid aquellos ensimismamientos se hicieron más profundos aunque más raros, parecía como si lo ignorado se acercase lentamente y, como Salvador lo tenía seguro, lo olvidase à veces, pero al recordarlo se recrease en su contemplación. En Madrid desaparecieron casi por completo aquellos fenómenos, sólo al despertar solían acometerle y entonces fué cuando él se dió cuenta de ellos y lejos de alarmarse como su familia, los tomó por algo lisonjero para sus facultades mentales.

—Esto (se dijo) es savia poderosa que existe

en mí, sávia que no ha tenido nada que fecundizar, que se desborda en mi mente buscando aplicaciones que no encuentra y que á la manera como forma protuberancias en los árboles se traduce en mí en esta extraña perplejidad que me invade á veces; debajo de ella ocúltanse muchas ilusiones que aún no me defino, una voz que pregunta algo que no oigo bien; se oculta quizá un ideal al que aspira mi alma y que aún no conoce; aquí sobra vida que aplicar en algo, ese algo es el que no parece.

Pero no le preocupaba; vestíase lentamente silbando trozos de ópera que comenzados varias veces tenían su fin formal en la calle, camino de la Universidad en la que entraba con aquellas ilusiones y aquel algo relegados á un rincón del cerebro, pero existentes en él.

Y en ello pensaba aquella mañana enderezando sus pasos hácia adelante siguiendo siempre la línea recta que le trazaban las calles, sin saber donde iba y gozando con delectación del buen tiempo que le agradaba tanto mas cuanto que desde su llegada á Madrid los dias habían sido de lo más molesto que se dá en el abundante repertorio de la Côte.

Al encontrarse en la Castellana, cuya soleada extensión franqueada de desnudos árboles hallábase á la sazón cruzada sólo por troncos de caballos que se adiestraban en el tiro, pajarillos que picoteaban en el paseo alzándose en gallardo vuelo al menor ruido y niños que paseaban jugando gravemente, si cabe la palabra, mien-

tras que sus ayas inglesas ó alemanas charlaban con estruendo en animado corro sin ocuparse lo más remoto de los pequeños seres confiados á su custodia; al encontrarse en la Castellana pensó volver piés atrás pero el día le incitaba á prolongar el paseo y entonces siguió también la línea recta desarrollando las avenidas en pendiente que conducen al barrio de Salamanca. Al encontrarse sólo en el paseo porque los niños y las ayas habíanse quedado muy atrás, comenzó por una série de ideas correlativas, incongruentes á veces, á examinar su vida pasada, vida de triunfos que se presentaba siempre envuelta en aureola de placeres satisfechos y de alegrías esbozadas primero, soñadas luego, factibles despues y hechas por fin; victorias fáciles de su entendimiento que se escalonaban agrupándose; curiosidad de cosas que fueron conocidas sin luchas preliminares; algo como la impresión que puede producir un drama cuyo último acto se conoce antes que los primeros y por tanto cuyo desenlace no impresiona por ser sabido de antemano y cuyas luchas anteriores se vén pasar sin emoción al preconocerse el resultado de ellas. Había sido vida de mucho trabajo, eso sí, porque sus triunfos universitarios y académicos requerían inteligencia y fuerza de voluntad, pero él tenía un gran capital de ambas cosas y pudiera decirse que no hizo más sino gastar la renta. Hasta sus relaciones con Carmencita Llanos no tuvieron emociones dignas de contarse; se desenvolvieron por sí solas.

desde la niñez y llegaron á amarse sin habérselo dicho; fué una evolución lentísima y progresiva de sus corazones que terminó en el noviazgo del mismo modo que este llevaba camino de terminar en el casamiento: las simpatías y la casi admiración que se le profesaba también fué evolución desde que era niño; aquel talento precóz y sólido y aquella voluntad firme para el estudio le atrajeran desde el maestro que le enseñó á balbucear las primeras letras del abecedario hasta el tribunal que lo licenció en Derecho. Claro que le agradaban todos aquellos triunfos y se recreaba en su contemplación pero la pregunta extraña que no se veía clara repercutía aquella mañana más que nunca en el cerebro y producía al exterior el ensimismamiento de marrras; si La Córnia hubiese estado con él hubiera repetido por millonésima vez *es que s'arrecoje pá unir los cabos.*

Conforme iba subiendo, cerca ya de la estatua de Isabel la Católica y en el momento de alzar la vista para contemplar el hermoso grupo, hirió sus oídos una voz fuerte que parecía amenazar y miró á la acera; en ella y arrinconada contra la verja negra del hotel que la servía de límite, hallábase una mujer cuyo rostro desaparecía casi bajo un tupido velillo azul que caía de una verdadera miniatura de sombrero; los contornos del cuerpo los semivelaba un gabán ámplio y largo de color oscuro y por bajo de la falda, oscura también, asomaba un pié pequeñísimo calzado con charol que relu-

cía; á lo mejor, aún en las circunstancias graves, los detalles nos preocupan más que la esencia de las cosas; Salvador Serrano no vió al pronto más que aquel zapato que brillaba. Frente á la dama, fuera de la acera y en actitud iracunda hallábase un mendigo viejo, alto, sucio que llevaba al hombro una cosa inesplicable que lo mismo podía ser un zurrón como capote amen un y un tapiz deteriorado queaó-zaba á la mujer que asustada, profería gritos pequeños, ahogados, mientras que su cabeza que los tules del velo permitían adivinar joven y gallarda, revolvíase ansiosamente en busca de auxilio.

Salvador se adelantó resueltamente; oyó las palabras agresivas y obscenas del mendigo, agarró á este por el envoltorio que llevaba al hombro, lo zamarreó breves instantes y, olvidando que á dos pasos se encontraba una señora, lo apostrofó con una retahila de interjecciones muy españolas y muy expresivas; el envoltorio cayó al suelo, el viejo retrocedió unos pasos tambaleándose y de la boca de la dama salió un ligero grito de satisfacción.

El pordiosero blandió un enorme palo que le servía de apoyo y adelantó un paso; Salvador Serrano crispó los puños, estendió sus músculos acostumbrados al manejo del remo rio arriba y aguardó erguido, airoso, con la capa medio desprendida de los hombros. ¡Ah! si La Córnia lo hubiera visto entonces hubiese repetido con su admiración de siempre: *asine, carambo, asine,*

estos son hombres, puñales. La actitud duró unos segundos alcabo de los cuales el mendigo no queriendo arriesgarse en la partida, recogió con brusco ademán el envoltorio caído y se alejó á grandes pasos, blasfemando, paseo arriba.

Entonces Salvador Serrano se acercó á la dama que con un pañuelo de seda diminuto se estaba limpiando las lágrimas, que, con el susto y la emoción habíanse aglomerado á sus ojos de un gris profundo, el velito lo sujetaba en alto con la otra mano, primorosamente enguantada en piel de Suecia; los ojos grises se fijaron en los de San Juan Bautista y le agradecieron su intervención mucho mejor que la voz que, entrecortada y vacilante, apenas si pudo marcar unas frases de cortesía con unos lábios algo gruesos y muy encendidos; el conjunto de la cara era bonito, sin ser hermoso; los ojos sobre todo eran expresivos, soñadores, anhelantes, medio cubiertos por un haz de pestañas oscuras que, doradas por el sol, semejaban alfileres; por los lados del cuello veíanse unos ricillos que debían adornar la nuca y que resaltaban admirablemente sobre el blanco mate del cutis, terso y fino como seda.

Salvador medio sonriente, medio turbado manifestó cuanto se alegró de llegar en ocasión tan útil; recompensáronlo los lábios rojos y gruesos dilatándose en una sonrisa que secundaron simultáneamente los ojos grises, húmedos aún de las lágrimas y la mano, pequeña y entrelarga, bajó el velito ocultando el rostro

nuevamente; Salvador, con pesar suyo, tuvo que resignarse á ver brillar los ojos á través del tul, que también denunciaba la roja línea de los labios. Ella entonces con voz aún entrecortada, argentina y sonora, le contó cómo aquel pobre se le habia acercado, la ira que se apoderó de él al no ser socorrido, las palabrotas que le habia dicho y la manera con que la insultó y amenazó.

—Hasta el extremo que si Dios no lo manda á V. le hubiera dado cuanto llevaba encima.

Quiso despedirse, pero Serrano no lo permitió; buscó un sitio en donde ofrecer á aquella señora algo que la repusiese del susto sufrido, pero en la recta extensión de la Castellana veíanse solo hoteles y solares, no había ningún *restaurant*, ningún democrático café, ni siquiera una mísera taberna donde encontrar un vaso de agua; propuso ir hasta hallarlo; ella se opuso.

—No, no, por Dios; ya se ha pasado, buscaré un coche y me iré á casa.

—La acompañaré á V. hasta encontrarlo.

Pareció contrariada.

—Es mucha molestia, insinuó.

—Podría venir otro mendigo—dijo Salvador insistiendo— y entonces estaría yo lejos para acudir á V.

Ella pareció resignarse y echaron á andar hablando del tiempo, de la falta de policía, de la audacia de los pobres, de que las señoras

no podían salir solas; de pronto ella preguntó á Salvador, mirándolo á través del velo:

—¿Usted es andaluz?

—Sí, señora; sevillano.

—Ya se conoce —replicó ella riendo y arreglándose el tul sobre la boca.

Al fin encontraron el coche; un viejísimo y sucio simón que subía lentamente el paseo tirado por un escuálido jamelgo que llevaba la cabeza entre las patas y toda su anatomía delatándose á través del pellejo; en el pescante el cochero, viejo, sucio y flaco también, leía *El Liberal*. Ella lo llamó con la mano. Salvador la miró diciéndole con acento de repugnancia y de sentimiento:

—¿Pero, se va V. á meter ahí?

Rióse nuevamente la dama.

—Bueno es: si hubiera venido en él no me hubiera pasado eso.

Y como Serrano contestara con una frase entusiasta y admirativa.

—Cuando le digo á V. que no puede negar la tierra —le replicó moviendo de un lado á otro la gallarda cabecita.

El coche ya estaba allí parado; el auriga doblaba *El Liberal* y el jaco, alzandola cabeza, entreabría los mortecinos ojos como si quisiera conocer la persona por cuya causa le aguardaba una nueva lluvia de palos en la carrera; la dama repitió las gracias y tendió una mano que Salvador estrechó con afecto, al tiempo que abría la portezuela, dió al cochero las señas

que pidió á ella y al alejarse el feísimo vehículo con su carga que, por lo que había visto y las conjeturas que se hacía respecto á lo demas, debía ser hermosa, retrocedió un paso, se quitó el sombrero para contestar á una inclinación de cabeza que desde dentro se le hacia y volviendo piés atrás siguió su paseo.

—He aquí —se dijo— una escena de novela; si mi hermano Tomás estuviese en mi lugar se diría, «conquista tenemos.»

Sacó la petaca y al encender un cigarrillo frunció las cejas extrañado; su mano tenía un olor que no conocia; cayó en la cuenta, la dama incógnita estaba saturada de él; era un perfume ligero y suave, casi un recuerdo de un perfume, algo parecido á heliotropo, aunque Salvador Serrano no juraría que lo fuera; recordó gustoso aquella fragancia femenina y olió la mano unos momentos al cabo de los cuales el olor del tabaco dominó al de la esencia.

Siguió paseando y volvieron á fijarse en su imaginación las ideas que había interrumpido el accidente novelesco de la mañana; volvió á preguntarse qué era lo que le faltaba á él, qué ilusión era aquella que tenía sin llenar, y cuya necesidad sentía, que campo cerrado á sus facultades era el que se obstinaba en no dejarse ver y ensimismándose cada vez más siguió andando hasta que se encontró en el campo. Entonces miró la hora, la de almorzar ya se había pasado, pensó que estaba muy lejos de la fonda,

sita en la Puerta del Sol, y no conocía el camino para volver.

—Aquí de los recursos de la heroína de mi aventura —pensó— tomaré un *simón*; y á propósito, ¿que señas fueron las que yodí...? no me acuerdo... un nombre raro... vaya V. á saber... por supuesto, ¿que me importa?

Encontró el *simón* y metióse en él; mientras iba camino de la fonda, las ideas aquellas se aclararon algo; en Recoletos ya eran visibles, en la calle de Alcalá podían razonarse y al entrar en la Puerta del Sol la duda se había disipado y Salvador Serrano se contestó por vez primera la pregunta mental que tantas veces se había hecho.

—Mi vida ha sido plácida y serena, se ha deslizado sin alteraciones, sin alternativas, sin combates de ningún género; puede decirse que siento el cansancio de la tranquilidad y la nostalgia de la lucha; necesito batallar por algo, sufrir impresiones fuertes, tener emociones nuevas y entonces, si triunfo en la vida agitada como triunfé en la serena, me consideraré completo y estaré satisfecho de mí.



II.

Casi á la misma hora que se apagaron los mecheros de gas de los escritorios, comenzaron á encenderse las arañas del salón; los empleados terminaban sus trabajos tarde por adelantar el balance, y la reunión, por ser de confianza, comenzaba temprano.

Cuando salieron los últimos empleados don Juan Pereira abandonó su despacho, dió una rápida ojeada en un espejo á su traje, lo encontró correcto, y saliendo del piso de la derecha donde estaban sus escritorios entró en el de la izquierda donde se hallaban sus salones. Porque aquella casa pertenecía á un género del que ya quedan pocos ejemplares en los sitios céntricos de la corte; era antigua, maciza, de piedra rota por el tiempo, de escalera de mármol hasta el segundo piso, último de que se componía; espaciosos salones, ventiladas alcobas, cómodas dependencias, pátio con árboles, cochera, fuente y un trozo de jardín; grandes ventanas á la calle en el piso bajo con re-

jas de hierro labrado, anchos balcones en el principal con balaustrada de piedra, escudo señorial en el dintel, portones de maciza encina tallada con esmero; una casa en fin de las que gastaban nuestros mayores y que subsistirían lo que la humanidad si sus descendientes en el afán de innovaciones, no las echasen abajo para levantar esos gallineros incómodos y malsanos que se llaman habitaciones modernas. Don Juan Pereira poseía la casa entera por dos razones, la primera porque era hombre que gustaba regodearse en la contemplación del edificio diciéndose *in pectore* que sobre todo él se extendía su omnímoda jurisdicción, y la segunda porque como no había divisiones en los pisos resultaban muy grandes, muy caros y nadie quería vivir á alto precio un piso segundo que tenía grandes dependencias con el principal; la compró por una bicoca á un título arruinado que se iba al extranjero, la embelleció por dentro y por fuera, que falta le hacía; y trasladose á ella con su familia. La casa resultaba inmensa para ellos, pero la fecunda iniciativa de la señora de Pereira lo arregló todo.

En el cuarto bajo de la derecha se pondrían los escritorios que así estarían con completa independencia y cerca de la calle; en el de encima se haría á Juan José una *garçonniere* donde viviese separado de la familia y á sus anchas para recibir amigos; en el de enfrente se aposentarían el señor, la señora y las señoritas

de Pereira, y respecto al piso bajo de la izquierda decía la señora de la casa que preparaba á su marido una sorpresa. Aquella sorpresa fué una incógnita por mucho tiempo, durante el cual no cesaron de entrar en el piso misterioso miles objetos de tamaños y formas distintos y hombres de diversas cataduras; al fin llegó la verdadera sorpresa en la forma de una cuenta de doce mil duros que presentó á don Juan Pereira el mueblista más elegante de la corte, por el arreglo de sus salones; pagólos el banquero sin pestañear, aunque díjose que estuvo dos horas seguidas sin articular palabra, y al ver los salones quedó satisfecho; eran de última novedad, elegantísimos, sencillol alguno hasta rayar en la austeridad de tonos, lujoso otro con profusión de galas y derroche de costosos detalles, reinando en todos los refinamientos del moderno arte de ornamentación. Grande había sido el pellizco, pero aquello halagaba su vanidad y recreaba sus sentidos; allí sí comprendía don Juan Pereira que se gastase el dinero por ser cosa que, á más de tangible y próxima y de utilidad reconocida, daba lustre á la casa; ahora, otros gastos como la platea del Real, verbigracia, le disgustaban. La música — se decía—sólo hace un efecto que es hacerle olvidar á uno sus naturales preocupaciones para elevarlo á un mundo de sueños completamente inútil; pero les gustaba á sus hijas y él, padrazo ante todo, aceptaba el palco aunque á regañadientes; así como así las dos iban en vías de

casarse, una con un vizconde, buen mozo y simpático que ofrecía sus blasones en cambio del oro de la banca, del cual decían las malas lenguas que andaba muy necesitado, y la otra con un diputado de la mayoría que hablaba más que cuarenta, muy metido en todas las comisiones y que llevaba diez años detrás de una Dirección general sin poder alcanzarla nunca, aunque siempre *andaba al caer*, según su frase. Aparte de complacer á sus hijas, dijera él lo que quisiese, su posición, su deseo de brillar y más aún el de ofuscar á la gente con su brillo, le hacían sostener ese y otros gastos que por otra parte podía hacer sin graves dispendios porque la casa *Pereira y compañía* iba viento en popa y su crédito, desde hacía dos generaciones, era reconocido y acatado en todo el mundo financiero.

Desde que se abrieron los salones se dieron en ellos una porción de fiestas algunas de las cuales se anunciaban en inglés sin duda para mayor edificación y claridad de las personas que acudían á ellas porque dentro de la casa ninguno de la familia conocía el idioma de Shakespeare. Se anunciaron las reuniones en los periódicos aristocráticos, las buenas relaciones de los Pereiras poblaron de nombres distinguidos los salones y digo de nombres, por que era lo que al parecer se buscaba con mayor preferencia descuidando quizá algo las restantes condiciones; léanse al día siguiente las revistas de las fiestas en las crónicas elegantes

de los periódicos que no se hastiaban de hacer piramidales elogios de cuanto encerraba aquella casa, poco menos que desde el levitón color de corinto botoneado de plata y la gran barba blanca del portero, hasta los botoncitos diminutos de brillantes con los que don Juan Pereira cerraba su pechera. Posteriormente debió pasar algo gordo, porque las recepciones en grande escala se hicieron menos frecuentes y mucho menos numerosas; desaparecieron para no volver algunos nombres distinguidísimos, y se constituyeron por la costumbre, que al fin y al cabo hace ley, unos *miércoles* de lo más agradable que puede pedirse. No por ello se dejaron las grandes fiestas, pero tomaron otro carácter que al principio, eran mucho más escasas y más serias, en ellas no se bailaba, mientras que los *miércoles* solían consagrarse preferentemente á la diosa Terpsícore.

A casi ninguna de estas *soirées* aparecía el heredero de la ilustre razón social de *Pereira y compañía*; el chico andaba por cafés y tabernas luciendo su figura de niño vicioso en unión de matadores de toros y *cantaoras* de café flamenco y hasta llegó á negarse á dejar crecer al incipiente bigotejo y á vestirse el frac. Decían sus amigotes, que no eran de lo mas escogido, aunque en lo más escogido vivieran, que mataba becerros como un ángel, caso dudoso por no haber noticia de que los querubes anden á volapiés por el azul del cielo; que trasegaba un río de manzanilla sin alteración manifiesta de

su cerebro, lo cual hacía pensar que lo tuviera y, lo que echaba la rúbrica á su reputación, que *se crecía en una bronca* y le daba dos palos al lucero del alba si se le metía entre ceja y ceja.

Esta última habilidad le trajo algunos contratiempos, como son unas cuantas bofetadas de la mejor marca, la señalada honra de visitar la prevención con frecuencia y finalmente un chirlo muy caprichoso que tenía en el carrillo izquierdo, producido por el borde de una *caña*. Pero aquellas aficiones parecían estar algo á la moda, aunque no en tanta extensión y perfeccionamiento como las tenía Juan José, que así se llamaba el vástago, y su padre hacía acerca de ellas la vista gorda esperando casarlo pronto y meterlo en costura; á la madre y las hermanas les repugnaba en alto grado aquel modo de ser y lo llevaban todos con tanto tacto que no pasaba día sin pelotera, pero de las gordas; Juan José transigió en algo, se quitó las *persianas* que usaba, consintió en vestir el frac y el sombrero de copa, se dejó el bigote y tomó aires de empresario de toros ó de cura renegado. Ellas por su parte corrieron un velo sobre determinadas amistades, aislaron las habitaciones del chico de las del resto de la casa y á ellas solían concurrir á lo mejor gentes de coleta y pantalón de talle, jockeys afamados que tumbaban del olor á congac que se desprendía de sus personas y aún alguna vez cosa peor, si se ha de creer á Nico-

medes el portero, que, aseguraba que algunas mañanas salieron de la casa muy tempranito cosas que entraron en ella amparadas en el manto de la noche que, por lo visto, no servía solo para que los poetas abusaran de él. Ya últimamente Juan José se dejaba ver en las reuniones, aprendió á bailar *por lo fino* y no hacía mal papel del todo, puesto que en lo de tratar gentes comenzaron á ilustrarlo sus hermanas, que eran dos chicas muy simpáticas, algo lánguidas y pálidas, dadas por entero á la vida de teatro y de salón, dificultosas de veras en la elección de amigos y jueces inexorables en lo de juzgar delitos contra las buenas maneras y el buen tono.

Cuando don Juan Pereira entró en el último salón, que era japonés y lujosísimo, lo encontró bastante concurrido por los íntimos de la casa que comieron en ella aquella noche; llamó á su hijo aparte y le hizo unas preguntas; después de contestarlas preguntó Juan José á su vez

—¿Vendrá Serrano esta noche?

—Sí—dijo don Juan— esta mañana ha estado á recojer dinero y me dijo que no faltaría.

—¿Quién? preguntó Blanca Pereira, la futura del futuro Director general.

—Salvador Serrano, nuestro pariente— replicó Juan José fijándose por primera vez en la corbata roja que llevaba y temblando de que su hermana la notase.

—¡Qué raro es!— dijo distraidamente la seño-

rita de Pereira mirándose á traición en un espejo= un mes aquí y no ha estado en casa tres veces; viene á los escritorios por dinero y se va tan fresco.... es notable.

—Tendrá que hacer --dijo evasivamente Juan José, deseando largarse de allí, por la corbata.

—No se le ve en ningún lado -- decía Blanca Pereira siempre distraída -- solo una tarde estuvo á caballo en el Retiro; monta bien.

Juan José olvidó la corbata al oír hablar de una de sus aficiones predilectas.

—Buena jaca llevaba; no se de quién sería; torda rodada, cuatro dedos sobre la marca, buenos cabos y buena hechura.

—Hijo, ¡qué ordinario eres!--replicó Blanca fijándose en su hermano, y de pronto añadió con voz enojada:

=Pero, por Dios, quítate esa corbata; qué horror, pareces uno de la Commune de París de los que hablaba Claudio la otra noche...

Juan José, huyendo de la quema, se acercó á recibir á Salvador Serrano que entraba.

—Gracias á Dios que se te ve la lámina-- le dijo dándole palmetazos en los hombros; --le pregunté anoche á Giráldez por tí y me dijo que te habías enchiquerado y que no hacías mas que estudiar; anda, saluda á mi familia, te presentaré después la gente.

Salvador cumplimentó á los dueños de la casa, que en tono agrídulce le dieron quejas de la ausencia y se dejó conducir de Juan José á través del salón. Este hallábase iluminado por gran-

des globos de colores apagados que pendían del techo y cuya luz dulce y tenue contrastaba con las de los salones exteriores iluminados con profusión de arañas y de bujías, así es que Salvador, que venía de donde la luz era más brillante, veía los rostros difumados, si cabe el vocablo, en aquella luz de medio tono, y no pudo juzgar á primera vista de las personas.

—El general Montoro, la marquesa de H., el señor Palomares, nuestra amiga Aurelia Macarthy;—iba diciendo Juan José, y las personas indicadas correspondiendo con una inclinación de cabeza al saludo de Salvador Serrano; Blanca Pereira lo examinaba en tanto, venía bastante pasadero, algo corta resultaba la levita, bastante visto el dibujo á rayas del pantalón, algo descuidado el peinado, pero el conjunto era muy presentable y los modales correctos; Salvador se dirigió á ella y le habló del Real sabiendo que le agradaría el tema.

—Pero al oírte parece que vas todas las noches....

—Casi todas.

—¿Y en dónde te metes, en el paraíso?

—Te diré, me incomoda vestirme para ir á sitios donde puedo ir como estoy; hemos tomado un palco por asientos entre unos paisanos y allá me tienes.

—Eres raro —dijo ella examinándolo atentamente y quedando satisfecha— cualquiera creería que eres un hurón.

—Soy cómodo, contestó Salvador riendo.

Entonces entraba el Director general del porvenir y después de presentarlos, Blanca comenzó á hablar con su futuro animadamente. Salvador comprendió que iba á estorbar y miró alrededor de sí; cerca había una señora sentada y solitaria desde hacía un instante, en el que Juan José, cometiendo una ligereza de las suyas, se había ido á otro grupo; la dama parecía muy ocupada en seguir con la vista la conversación animadísima de Blanca y su prometido; en la distracción su abanico de antigua fecha con varillaje de nácar y país lleno de pastorcitos blancos, rubios y rizados, cayó al *parquet*. Salvador se adelantó; lo cogió y al entregarlo, encontrándose frente á frente con la dama, quedó en actitud interrogadora como preguntándose de dónde conocía aquella cara oval, aquellos ojos grises y brillantes, aquellos labios rojos y algo gruesos y aquel pelo castaño que, peinado á la griega, dejaba en la nuca unos ricillos diminutos; pero su sorpresa y sus dudas subieron de punto cuando ella, cogiendo el abanico, le hizo sitio en el diván forrado de seda verde que ocupaba y le tendió una mano entrelarga, blanca, de cutis suave que semejaba raso, mientras los labios rojos, entreabriéndose dejaban ver dos hileras de dientes chiquitos y alineados como un ejército diminuto de marfil.

—¡Qué mala memoria tiene V.!—dijo ella fijos los ojos siempre en el rostro extrañado de Salvador;—se está V. preguntando dónde

me ha visto y por más que hace no lo recuerda.

—Habrás sido en Sevilla, señora — dijo Salvador Serrano sin salir de sus dudas — yo en Madrid conozco poquísima gente y V. es de esas mujeres que una vez vistas no se olvidan nunca.

—Le he dicho á V. ya una vez que no puede negar la tierra; pero V. no se corrige...

=¡Ya! —dijo San Juan Bautista = que casualidad, señora...

Y la escena de hacía un mes en la Castellana se apareció á sus ojos nuevamente; era la misma persona que acorralada por el pordio-sero gritaba asustada, pero, aparte de la alteración de entonces en la fisonomía, la diferencia del traje le impidió reconocerla en el primer momento. Al abrigo largo de color oscuro había sustituido un traje de una pieza de seda color malva con encajes blancos en las mangas y en el cuello ligeramente descotado y cerrado por un broche de brillantes; el cuerpo gentil y gallardo destacaba airoso sobre el fondo de raso verde del diván en el cual campeaban las mil figuras extrañas é imaginarias, los variados monstruos y las fantásticas flores con que el arte japonés orna sus productos; macizas pulseras de oro mate en forma de cadenas adornaban sus muñecas y las gracias del cuerpo veladas en aquella ocasión por la forma del abrigo podían apreciarse en parte y en parte adivinarse bajo la seda malva

que lo cubría; sólo el zapato de charol era idéntico al de aquella mañana memorable y como entonces brillaba intensamente asomando bajo la falda; solo que la primera vez lo hería la luz del sol y ahora se refractaba en él la luz de un farol japonés color de naranja que le hacía tomar un ligero tinte sangriento.

Salvador Serrano contemplaba con expresión admirada el bellissimo conjunto de la heroína de su episodio y la admiración no debía pasar desapercibida para ella, puesto que abanicándose sonreía ligeramente y no hacía por reanudar la conversación. Salvador rompió al fin el silencio.

—Mal rato aquel, señora.

Entonces ella le contó con muchos detalles todo lo sucedido, relato que oyó Salvador pendiente de sus labios como si le estuviera prediciendo su porvenir; al llegar á la intervención varió de tono.

—Y cuando lo ví á V. en aquella actitud de galán de drama espeluznante, fué cuando únicamente me sentí tranquila; después, al llegar á casa llevé mal rato porque el paso fué duro de veras... ¡ah! y á nadie he dicho nada, ruego á V. que tampoco lo diga... no quiero tener fama de cobarde.

Serrano alzó los ojos extrañados; en los de ella notábase una ansiedad viva, en aquella súplica hecha con tanta sencillez creyó él que se ocultaba algo más que aquella vanidad pueril de no aparecer miedosa, pero la expresión de

la mirada cambió enseguida y fijóse atractiva y simpática en los ojos de Salvador.

En esto llegó á ellos Fernando Giráldez, diputado por un pueblo sevillano y amigo de los Serranos de toda la vida.

—Adiós, Aurelia—dijo á la dama—ya se apropió V. al mirlo blanco este de Salvador y veo que el tunante tiene buen gusto; por supuesto, señora, que se necesitaría estar ciego para...

La dama llamó á Soledad Pereira, la futura del vizconde, que estaba en otro grupo con visible mal humor y con motivos para ello; el vizconde faltaba aquella noche y existían indicios de no ser ajena á la ausencia cierta contralto de zarzuela, grande amiga del prócer cuando este tenía dinero. La belleza lánguida de Soledad Pereira eclipsóse ante la exuberante frescura de Aurelia Mac-arthy y habló poco y con displicencia á lo que la autorizaban la amistad que tenía con los presentes y cuando en *petit comité* se organizó el baile aceptó el brazo de Fernando Giráldez y salieron ambos al otro salón. Entonces Salvador ofreció el suyo á su amiga, pero ella manifestó pocos deseos de bailar y mientras la mayoría de los concurrentes pasaron á otros salones, ellos quedaron en el japonés hablando sin cesar.

--Lo ví á V. un día-- decía ella jugueteando con una de sus pulseras-- yo iba en coche por la Carrrea y V. salía con unos libros de casa de Fé, me asomé al cristal para saludarlo, pero salía tan preocupado que no me vió. Como

lo acompañaba Giráldez, le pregunté una noche que lo ví en la Comedia, porque esa calamidad està en todas partes, quién era V. y por él supe cómo le llamaba mi libertador.

Pronunció aquel *libertador* de una manera que Serrano quedó un momento preocupado; parecía como si ella quisiera quitar importancia al hecho de la Castellana.

Después me enteré que hacía V. vida de buho; que no se le veía en ningún lado, que sólo en el Real y eso allá por las alturas era por donde podía encontrársele; en fin, que conozco su vida y milagros como V. mismo.

—Yo me regocijé con ello, señora; dijo Salvador Serrano por decir algo.

Siguieron hablando; ella reclinaba la linda cabecita sobre el respaldo del diván y dejaba vagar los ojos brillantes y aterciopelados por el techo mientras los de él, sentado en un *puf* á su lado, no se separaban de su semblante, creyendo ver en él algo antiguamente conocido, un hecho distante ó una idea remota que se aunaba con aquellos trazos y que no podía descifrar; era anterior al lance de la Castellana, quizá fuera una ilusión de su alma que se encarnaba en Aurelia Mac-arthy.

Y así estuvieron hasta que Giráldez al entrar les preguntó con su tono zumbón y sn expresión picarezca:

—Pero, ¿se van Vds. á estar así toda la noche?

Y oyendo de labios de Salvador que no bai-

laba, invitó á Aurelia á dar una vuelta, levántose ella, se apoyó en el brazo del diputado y salió; Salvador la vió ir y la siguió con la vista hasta que Fernando Giráldez la enlazó por la cintura y desaparecieron valsando.

Juan José se acercó á Serrano y se sentó á su lado.

—Buena *jembra* ¿eh?—le dijo guiñando un ojo truhanescamente y señalando con la cabeza hacia la puerta—y te advierto que toma varas, quiero decir, vamos, que es *ganao* que se torea.

La frase hizo daño á Salvador, habló con su pariente unos minutos y salió al salón inmediato; allí estaba Aurelia Mac-arthy hablando con el general Montoro y con otros que formaban á su redor una especie de corte. Juan José que venía detrás de Serrano, le dijo por lo bajo, apoyándose en su hombro.

—No la mires más y échale el capote, mira que te la llevas hasta las tablas.

Salvador sintió como si profanaran aquellas palabras algo sagrado, algo dormido muy hondo, en el fondo de su alma y que aquellas ordinarieces hacían despertar indignado.

Ya no hablaron más Salvador y Aurelia aquella noche; á él lo cogió la costilla de don Juan Pereira y le dió un tostón tremendo haciéndole contar costumbres de la feria de Sevilla, á la que tenía muchas ganas de asistir desde hacía lo menos veinte años; ella bailó como una peonza hasta que se disolvió la reu-

nión. Al despedirse estrechó la mano de él con displicencia, casi con disgusto, mientras escuchaba á Montoro que la miraba embelesado. Tal vez el general proyectaba sumarla al número de sus conquistas, de salón todas ellas, porque de las otras no había que hablar; el militar elegante tenía en su hoja de servicio un *valor, se le supone*, como un lucero.

Fernando Giráldez y Salvador Serrano salieron juntos; al llegar á la calle del Cármen el diputado dió con el bastón un golpecito á su amigo y le dijo:

—Me parece que te ha gustado Aurelia Mac-arthy.

—Es una hermosa mujer.

—Te advierto que tiene historia.

Salvador estalló. Bueno que aquel calabacín de Juan José aventurase frases arriesgadas acerca de su linda favorecida de la Castellana, pero que Giráldez que era hombre formal y muy corrido en el mundo, lo afirmase, le quemaba, la verdad, sin que pudiera decir el por qué. Así és que girando sobre sus talones preguntó qué historia era aquella.

—Hola, quieres tender las redes. ¡Pobre Carmencita Llanos!

Nueva sacudida de Salvador. Tampoco sabía él qué tenía que ver Carmencita Llanos con que Aurelia Mac-arthy tuviese ó no historia y aquellos dos nombres juntos le causaron extraño efecto.

—Aurelia se casó muy joven—decía Giráldez,

mientras marchaban hacia la Puerta del Sol— con un tío ridículo á quien le dió por la arqueología y acabó por medio matarse en unas ruinas del alto Aragón; desde entonces vive en Huesca medio paralítico, medio imbécil é irresistible del todo; ella claro que no fué feliz; es una mujer que necesita mucho corazón y se encontró con mucha arqueología; así es que la separación fué amistosa y ella se vino aquí; dicen que no vino sola, yo eso no lo sé, pero como es muy joven, muy guapa y muy expresiva, no falta quien sostenga la mar de cosas que en su inmensa mayoría serán cuentos.

—Lo serán —dijo Salvador con convicción.

—Pero otras no lo son. Hubo aquí un capitán de húsares que contó en todas partes muchas cosas de Aurelia, se les vió juntos en varios sitios y cuando el capitán, lleno de deudas, se pegó un tiro, ella se fué de Madrid algún tiempo y volvió muy formal pero duró poco. Don Juan Pacheco, el conde de X, fué el que entró luego en tanda à pesar de sus años; en fin, Salvadorillo, que la de Mac-arthy tiene catálogo. Mira, ahora mismo, hablan de Pancelotti, del barítono y de si se ven ó nó muy de mañana en un hotelito de no sé quién, creo que por la Castellana.

—Por la Castellana! ¿estás seguro?

—Comprenderás que no me dedico á seguirlos =dijo Giráldez siempre indiferente= pero los han visto, Juan José Pereira entre otros.

—Juan José es un mentecato—dijo Salvador, fuera de sí.

—Estoy conforme; pero te veo muy quijotesco en pró de Aurelia; ¿tienes algo con ella?

—¡Yo!... pero siempre la gente habla más de lo que debe y de lo que es.

—Y don Juan Pereira hace mal en tener como amiga de sus hijas una mujer así, pero ella cayó allí de pie y es como de la casa; eso sí, guapa y elegante y simpática, pida V, porque hay para rato.

Habían llegado á la puerta de la fonda y se despidieron.

Salvador subió, se encerró en su cuarto, desnudóse rápidamente, se acostó y durmióse al poco. ¡Ah! si Carmencita Llanos hubiera sabido lo que él soñaba en el mismo momento en que ella leía por milésima vez una carta suya de hacía dos días, grabando en su mente las frases entusiastas de que estaba llena; si lo hubiera sabido, si hubiera visto la imágen que se alzaba en la mente de Salvador mientras dormía, le hubiera pedido explicaciones.



III.

Para la despedida de Pancelotti se anunció un verdadero *pot-pourri*; el gran artista cantaría actos sueltos de las óperas que mejor dominaba é intercalaría entre los dos últimos su gran especialidad, la jota aragonesa, que cantaba como un ruiseñor y con la cual supo captarse simpatías populares en toda España, y especialmente, como es lógico, en Zaragoza en donde fué sacado del teatro á hombros y conducido al hotel de la Cuatro Naciones entre hachones, música, aplausos y otras muestras de entusiasmo conque el público zaragozano premió al artista que dominó de tan completo modo su canto regional. Pancelotti había tomado afición á España y llevaba en ella bastante tiempo; corrió la Península entera y supo, merced á halagar los sentimientos nacionales, á su hermosa voz de barítono, á su gran figura y á su amabilidad exquisita, conquistarse

grandes simpatías en todas las clases sociales, simpatías que se veían manifiestas en la extraordinaria animación con que acudió el público á la función de despedida que el cantante napolitano daba antes de salir para San Petersburgo en cuyo teatro Imperial habia sido contratado. Antes de la función el *foyer* se puso intransitable, no se hablaba más que del héroe de aquella noche cuyos retratos en traje de calle y con los de las óperas de su repertorio llenaban un gran cuadro colocado en un lienzo del *foyer*; recordábanse anécdotas, dichos, triunfos conseguidos en las tablas y triunfos obtenidos sobre el sexo débil al que profesaba el artista grande *amore* y del que habia logrado una protección entusiasta. Claro que si la crónica escandalosa del barítono en su paso por España podía contarse como diez se aumentaba hasta ciento citando nombres de personas con las que Pancelotti no tuvo más relación que la corriente de entusiasta simpatía que une á un gran artista con sus admiradores, pero algo habia y al contar sus triunfos de amor recreábanse sus admiradores que eran muchos en añadir este nuevo florón á la corona conquistada por la voz armoniosa y admirable y la gallarda figura del héroe cuyas diversas imágenes presidían aquella noche el *foyer* campeando en ellas sus ojos espresivos, brillantes y llenos de inspiración, su figura gallarda, los trazos regulares de su cara afeitada con esmero y el conjunto airoso de su persona en la que se notaba

cierto orgullo de sí mismo, cierta seguridad en su propio mérito que si hacía tomarle ligera prevención á los hombres, no era de las cosas que menos agradaban en él á las mujeres.

En un grupo de los muchos que llenaban el *foyer* Fernando Giráldez, gran admirador del barítono, cantaba sus glorias y promulgaba sus conquistas ente unos cuantos amigos que oían atentamente el torrente de palabras del diputado sevillano; en el grupo estaban Salvador Serrano, Juan José Pereira, el futuro Director general y algunos gomosos de la *crème* que no eran aún sinó pollos implumes y que no hacían sino mirarse de soslayo en los espejos, arreglarse la pechera, darse un estironcito de cuando en cuando al chaleco y mirar con ojos de carnero degollado las beldades que pasaban envueltas en abrigos vaporosos, verdaderas ilusiones de abrigos ó en amplias capas de pieles, abrigo exagerado en relación al frío á que habian de estar expuestas, que cruzaban el *foyer* con paso menudo y resuelto y que desaparecían por la puerta que conduce á las plateas no sin tender antes por el elegante vestíbulo los rayos de sus ojos, ora en busca de otros amigos y admiradores, ora con intencion de cautivar corazones con el dardo ponzoñoso de la mirada, lánguida y tierna ó ardiente y firme según los casos y los caracteres.

Conforme hablaba Giráldez se acercó al grupo un hombre de finísimo porte, desprovisto de

su abrigo, luciendo un frac irreprochable, una fisonomía angulosa y simpática y las atusadísimas guías de un bigote negro como la noche, rizado en sus extremos y vuelto hacia arriba casi en forma de brocha; notábase en su cara una palidez mate y sus ademanes y su expresión eran los de una persona cuya salud anda delicada y se cuida mucho ó los de un hombre que se aburre donde se encuentra y que busca, sin encontrarlos, nuevos placeres, hastiado ya de los conocidos.

—Si hablaras así en el Congreso, ministro en la primera crisis —dijo el recién llegado mientras abarcaba con un brazo la cintura de Giráldez. Este y los demás giraron sobre la roja alfombra que cubre el piso.

—¡Villavieja! —dijeron dos ó tres voces entre las cuales descolló la de Salvador Serrano. Hubo varios apretones de manos, recorrieron los gomosos con la vista el traje del recién llegado y frunciéronse sus ceños con admirada extrañeza al contemplar el chaleco del frac, que era de raso negro rameado, con botones de la misma tela y algo más cerrado que los usados generalmente.

—He llegado hoy —dijo Luis Villavieja encendiendo un cigarrillo= y, aunque salgo mañana en el expreso de París, al enterarme que se despedía Pancelotti he ido á verlo y ya he tenido que venir. Sabía que os encontraría aquí y por eso no he ido á veros.

=¿Donde vás? preguntó Fernando Girál-

dez suspendiendo su relato.

—A Niza, ya sabes que es mi residencia de invierno favorita; he pasado todo el otoño en el mar y allá me voy.

=Sin segunda intención? preguntó uno de los gomosos.

—Sin más intención que estar allí hasta Abril y volverme entonces á Sevilla.

=A propósito, Luis—dijo otro de los gomosos en tono confidencial—se hablaba aquí de Pancelotti y de lo de Aurelia Mac-arthy, tú que tratas á él con intimidad sabrás si es verdad ó nó.

Villavieja se atusó el bigote, estendió hacia afuera el labio inferior, encogió los hombros.

—Nunca hemos hablado de sus amores con nadie; es reservado en ese punto.

—Pues á mi me consta que la de Mac-arthy y él..... —dijo el gomoso con énfasis, extendiendo sobre el grupo su mirada, satisfecha de la penetración y los conocimientos de su dueño.

—Le consta á V.? le preguntó interrumpiéndole Salvador Serrano en un tono duro que la índole de la conversación rechazaba.

El gomoso miró con sorpresa al interruptor.

=Constarme....se decía en todo Madrid... que en la Castellana....

Salvador Serrano se puso rojo y adelantó un paso.

—Al no haber evidencia, no se asegura, —dijo en tono despreciativo.

Villavieja intervino y lo agarró de un brazo.

—Ven, ---le dijo--- tenemos que hablar.

Giráldez y Juan José Pereira distrajeron a otro interlocutor, aún no repuesto de la sorpresa que el ataque brusco le había causado.

—No haga V. caso, Manolito =le dijo en tono indiferente el diputado--- mi paisano es brusco de maneras y alardea de puritano en materia de maledicencia.

=Ya se conoce =dijo Manolito aún algo azorado, y volviéndose á sus camaradas les dijo en tono desdeñoso y compasivo--- un provinciano moralista.... que bruto debe ser ...

Luis Villavieja y Salvador Serrano se sentaron en el diván del centro.

=Siempre lo mismo ---dijo el primero--- ¿que te importa lo que diga ese maniquí?

---Como importarme... ---dijo Salvador encendiéndose súbitamente--- puedes suponer que nada, pero me hace daño ver á estos pájaros bobos cortando reputaciones.

---Estás hecho un caribe ---decía Villavieja riendo--- me lo explico, la ausencia te tendrá así el otro día ví en Sevilla á Carmencita, está monísima.

Salvador no contestó y miró al techo como si en él estuviera escrito su porvenir.

Villavieja le tocó en el hombro.

---Ahí tienes la dama en cuya defensa empuñaste la tizona---dijo riendo y levantándose.

Aurelia pasaba por delante de ellos; venía envuelta en una especie de ferreruelo rosa con

pieles blancas que se agitaban suavemente con la marcha; su cabeza en la que campeaban algunos brillantes prendidos como aldescuido entre el peinado destacaba sobre las pieles y aparecía correcta, finísima y atractiva capaz de hacer mojar la pluma en almíbar de azahar á todos los cronistas de salones de la corte.

Al levantarse los dos amigos, se detuvo.

---Villavieja! V. por aquí?---exclamó tendiendo la mano enguantada en blanco--- hola, Serrano.

Y como Luis Villanueva contestara con una flor y Serrano se adhiriera á ella, la de Macarthy se tiroteó con ambos unos instantes luciendo su ingenio, su buen gusto y los grandes atractivos de su persona; luego hizo como quién vuelve en sí y seriamente preguntó.

---¿Y como V. á Niza, en el yatch?

Y al saber que por tierra añadió.

- -Me ha dicho Soledad Pereira que lo vió en San Sebastian este verano que es el más elegante que conoce.

Despidióse momentos despues con un «hasta luego» y un saludito y siguió su camino en compañía de otras señoras á través de los grupos que le abrían paso mirándola los hombres con admiración, las mujeres con cierta curiosidad y alguna que otra maléfica sonrisita.

---Que bonita es! --- dijo por lo bajo Villavieja viéndola ir--- y que boda más estúpida hizo esa mujer, por supuesto así salió ello. Y te advierto ---añadió en tono de confidencia--- que lo de

Pancelotti es positivo; el avestruz ese de Manolito tenía razón.

¿Que pasó en el ánimo de Salvador Serrano?

¿Porqué se fijaron sus ojos con tanta insistencia en el retrato del gran barítono que tenía enfrente y porqué su mano arrugó nerviosa los guantes blancos que sujetaba?

El timbre anunciador del comienzo de la función hizo que los hombres que quedaban en el *foyer* lo abandonasen; aquel espacio en donde momentos antes bullía la sociedad dorada quedó solitario con solo algunos porteros, los ecos de las conversaciones y de las calumnias en el aire y allá en el lienzo los retratos de Anniba Pancelotti con su mirada profunda, su airosa figura y aquella expresión que parecía un imenso amor propio satisfecho.

*
* *

Durante la representación Salvador Serrano prestó menos atención á la escena que al palco entresuelo en el cual y en sítio de preferencia destacaba la figura esbelta de Aurelia Mac-arth y sobre la cortina roja que cubría el fondo; venía vestida de blanco, un poco escotada en pico; aparte de los brillantes de la cabeza y de otros pequeñitos en las orejas no traía alhaja alguna sobre su persona, jugueteaba constantemente con unos gemelos diminutos que tenía en la mano y que asestaba á los diversos lados del teatro con indiferencia, como con pereza y

contestando apenas los saludos que se le enviaban; desde el palco segundo en que estaba Salvador se le veía de perfil y en verdad que este resaltaba irreprochable y correcto como el de un antiguo medallón griego, quizá más semejante, como dijo Fernando Giráldez, á una miniatura hermosa sobre esmalte rojo; cuando pasó su mirada por el palco los cinco hombres que lo ocultaban se inclinaron como magnetizados; los gemelos enfocaron un segundo á Salvador Serrano y le pareció á este como si de sus lentes partiera un rayo que fuera á iluminar algo muy hondo en el rincón más ignorado de su alma.

Después en toda la noche no volvieron los gemelos á detenerse allí.

Pancelotti estuvo á la altura que solía; caracterizó el *Figaro* de *Il Barbero* de admirable modo; hizo un *Yago* del *Otelo* de Verdi como pudo soñarlo el viejo maestro y en los dos papeles distintos y en ambas músicas heterogéneas llevó sus facultades de artista y de cantante hasta el límite que puede alcanzar la perfección humana; las ovaciones se sucedían entusiastas, los *bravos* impacientes ahogaban las últimas notas de las frases y el público delirante daba al gran barítono ruidosas muestras de su inmensa satisfacción. Salvador en todas aquellas ovaciones no miraba la escena, en la cual Aníbal Pancelotti cimbrea su cuerpo gallardo agradeciendo los aplausos con profundos saludos; miraba el palco entresuelo ocupado

por Aurelia Mac-arthy; ella no aplaudía pero los gemelos no se apartaban del artista y parecían querer grabarlo en los cristales; pensaba Salvador entonces que el rayo de luz aquel que á él penetró hasta el alma iluminaría en aquellos momentos la del gran barítono y era sin duda alguna el torrente de inspiración que se traducía al exterior por aquella série de notas apasionadas, vibrantes, potentes, magníficas que llenaban el coliseo haciendo latir aprisa los corazones y elevando los pensamientos á la región sublime del arte. También él se sentía subyugado por la magnética influencia pero con ella luchaba un sentimiento que no sabía definirlo; en noches anteriores habia visto en Pancelotti al artista, solo al artista, aquella vez se fijaba más en el hombre, pugnaba por encontrar en él defectos que pudiesen engendrar antipatías y con pesar interior se confesaba que el hombre hallábase á la altura del barítono y que la gallardía del cuerpo igualaba las facultades de inspiración y de desentimiento de que el alma hacía pleno derroche.

Cayó el telón del último acto y al alzarse de nuevo un cuadro exótico en la escena del Real apareció ante los espectadores. En una decoración de calle, probablemente la que se usa en el primer acto del *Don Juan* de Mozart salia una rondalla de baturros, clásica y auténtica como despues se supo; al frente de ella Pancelotti, con pañizuelo morado arrollado á la

cabeza, en mangas de camisa, con chaleco de paño negro adornado con botonadura de plata, ancha faja tambien morada, pantalon corto y abierto en las rodillas, media blanca y alpargates sujetos por cintas negras, se adelantò á la batería enmedio del aplauso cerrado conque el *paraiso*, siempre patriota, correspondia al rasgo de deferencia del gran artista.

Salvador Serrano tuvo un momento de alegria; aquel trage era extraño para el hijo de Nápoles, aquella música no era la orquesta del Real que admirablemente dirigida se plegaba como seda á las exigencias de su voz y finalmente el idioma no le prestaría su ayuda; pero reconoció á pesar suyo que la esbelta figura ganaba con el airoso atavío, que la rondalla, magnífica y bien dirigida se plegaba majestuosamente á las ondulaciones de la voz y que el barítono cantaba en español con igual pureza y con igual expresion que en italiano.

La primera copla, patriótica y bravía, fué seguida de una tempestad; el público, puesto de pié, electrizado por la harmonía nacional, rompió en un trueno de aplausos y exclamaciones que cesaron cuando la rondalla dió de nuevo entrada al cantor; entonces jurara Salvador Serrano que los ojos de este se fijaron en el palco de Aurelia Mac-arthy que á su vez no le separaba los gemelos, y mientras que la voz se perdía vibrando apasionadísima en el espacio, un movimiento de ascenso y descenso del pecho de ella parecía traslucir la emoción que la

dominaba á pesar de que su rostro seguía indiferente con la expresión soñadora y dulcemente tranquila de ordinario.

Los cuatro versos de la copla sonaron como martillazos en los oídos de Salvador.

Te dí todo mi cariño
y no pude darte más,
cuando hoy de ti me alejo
mira si me pesará.

Nueva ovación y más entusiasta que la primera. Salvador vió á Aurelia aplaudir con fuego y creyera él que la agitación del pecho crecía y sinó fuera porque es posible que la distancia engañara le pareció ver aquellos ojos grises humedecidos por lo que se humedecieron la mañana de la Castellana en que él los admiró por primera vez. Entonces Salvador Serrano sintió que se le nublaba la vista, latió con fuerza su corazón y aprovechando el estar detrás de todos sus compañeros de palco, cogió el sombrero y el gabán y sin ponérselos empujó la puerta y salió afuera; desechó los oficios de los acomodadores que acudieron solícitos á ayudarle á abrigarse y bajó rápidamente la ancha escalera; en mitad de ella oyó retumbar en la sala nueva salva de aplausos y vítores, apretó el paso, metióse el gabán mientras atravesaba el *foyer* desierto, lanzó una indescriptible mirada á los retratos de Pancelotti, sintió mas aplausos, ya adormecidos y lejanos, y se encontró en la calle.

Anduvo aprisa la del Arenal, llena de ca-

rruajes que aguardaban la salida del coliseo y entró en su cuarto de la Puerta del Sol, después de subir de dos en dos los escalones de la fonda; al momento lo iluminó dando vuelta al botón de la luz eléctrica; en el suelo estaba un periódico de la noche que el camarero, fiel á su consigna, había echado por debajo de la puerta; plegado en cuatro veíase la mitad del título y parte de la primera plana; en ella había un retrato. Salvador Serrano se detuvo á mirarlo y súbitamente, como un loco, pateó el diario que hecho trizas envió de un puntapié bajo la cama, paseóse después largo rato sin quitarse sombrero ni gabán; desnudóse luego y se acostó; murmuraba algo que no era oración seguramente y tras mucho murmurar y cambiar de postura se durmió.

¿Para qué? La impresión honda que tenía siguió durante lo que debiera ser reposo; en la vigilia se presentaba con los caracteres de la realidad, en la pesadilla se manifestó con las exuberantes galas de la imaginación desbordada dando tumbos por el cerebro, pesadilla inexplicable que revistió diversas formas y en la que actuaron infinidad de personajes que entraban y salían sin ton ni son como salen las mariposas de entre las flores; al fin quedaron tres figuras; un baturro arrogante que cantaba como un ángel, una aparición divina, una mujer ideal cuya gentil cabeza y hermoso cuerpo vestida de blanco resaltaba sobre una cortina de terciopelo rojo, y que aplaudía con frenesí, hú-

medos los ojos de placer y palpitante el seno, y en segundo término algo esbelto, simpático y noble que iba quedando en el olvido.

Y, caso raro, las tres visiones decían al unísono la misma frase; el baturro, la mujer ideal y la figura agradable que iba cayendo en el abismo; de aquellos lábios tan distintos brotaban las mismas frases, continuadas, *in crescendo* como los golpes inarmónicos de un *tam-tam* chino.

—Ahí tienes las emociones nuevas, las luchas cuya nostalgia sentías y que tanto has deseado; tu orgullo pretendió llegar á ellas para dominarlas; hoy tu espíritu es su presa, el porvenir dirá si triunfas de las nuevas emociones, entrevistas, anheladas y que al llegar te producen la tortura antes de darte el placer.



IV.

Aurelia Mac-arthy recibía los lunes en su piso segundo de la calle de la Greda, un poco más arriba de las espaldas de la Presidencia. A aquella reunión concurría mucha gente, hombres los más, puesto que los rumores que había conocido Salvador por Giráldez eran cosa corriente en Madrid y las señoras se retraían de la reunión en su mayor parte. Asiduamente iban las Pereiras, grandes amigas de Aurelia que había hecho grandes favores á la familia y que quería á todos con sincera estimación. Don Juan Pereira consentía en aquello porque recordaba las noches en vela pasadas por la Mac-arthy á la cabecera de su hija Rosa que murió en la flor de su vida; Aurelia que había sido su compañera de la niñez, la cuidó en la larguísima enfermedad que la llevó al sepulcro como una hermana de la caridad y el hecho, ó por mejor decir, aquella série de hechos generosos despertó en don Juan Pereira una

profunda estimación á la de Mac-arthy. Quedó esta huérfana, hízose su casamiento disparatado con un hombre mucho mayor que ella, maniático por la ciencia mas que dado al estudio, áspero y rudo de carácter, medio enfermo por añadidura y aquello duró lo que podía durar; unos meses, poco más de un año, al final de los cuales y despues de una escena en la cual el marido usó de la fuerza contra su mujer, ésta pidió el divorcio, aconsejóle don Juan Peréira que no diera el escándalo, intervino en el asunto, hízose la separación amigablemente y ella se vino à Madrid y él se quedó en Huesca en donde vivió largos años, lleno de achaques, cuidado por sus hermanos y sin acordarse más de la que fué su mujer. Al poco de estar ella en Madrid comenzaron los rumores de si su conducta era ó no todo lo moral que pudiera exigírsele y sucesivamente se fueron señalando diversas personas que, cierto ó no, pasaron por sus amantes. D. Juan Pereira cuando lo supo se afectó todo lo profundamente que él podía afectarse y hasta intentó un rompimiento de relaciones con la que fué la amiga de su hija favorita pero como el cariño que le tenía estaba hondamente cimentado, como su moral no fué nunca de las que pecan por exigentes y como Aurelia no daba ningún escándalo desechó la idea y en holocausto al ser querido que ya no existía, siguió recibiendo como siempre á la que el mundo se obstinaba en señalar como pecadora.

Como Aurelia era rica estableciöse con lujo, reanudó muchas de sus antiguas amistades y su casa se vió muy concurrida: su belleza, su carácter apasionado y ardiente y su educación moral algo descuidada la rodearon de peligros y, como en su camino por el mundo no había tropezado con nada que llenase su corazón por completo, sucumbió á muchos en busca de una felicidad que necesitaba, sin encontrarla. Acostumbróse á jugar con corazones y el juego acabó por dominarla sólo que en él arriesgaba el suyo y perdía parte algunas veces; esto duró unos años y en el momento casi que entraba en la treintena. Aurelia Mar-archy miró hacia atrás y vió su vida velada por algunas nubes que abrumaban á veces su conciencia. En aquel entonces Pancelotti, el niño mimado de la fortuna, estaba en auge y ocupaba su corazón por completo; el dinero que iba derrochando á manos locas el gran barítono tuvo un fin y salió en busca de teatros donde pagaran mas caro su trabajo. Cuando Aurelia supo que se iba, una lucha extraña de pasiones se levantó en su alma; por un lado tembló su corazón al perder al sér querido; por otro la conciencia dijo algo que le hizo pensar sobre su vida y á medida que se acercaba la época en que el napolitano debía abandonar España, la conciencia iba venciendo lentamente y estuvo á punto de triunfar, pero entonces se atravesó en el camino el lance aquel de la Castellana con Salvador Serrano

por protagonista y las pasiones de Aurelia, volubles, intensas, dominadoras, despertáronse con bríos nuevos y la conciencia quedó relegada á un rincón oculto del alma: la lucha fué empeñada sin embargo y de allí nacieron aquellos despegos con que empezó á tratar á Serrano y aquella embriaguez que buscaba con Pan-celotti en cuyos brazos se arrojaba cada día por rendir tributo al pasado, olvidar el presente y ver si podía evitar el porvenir.

El barítono se fué sin conocer lo que pasaba en el alma de su amante y al quedar esta sola, al faltarle la embriaguez que le hacía olvidar á Serrano, la figura de éste fué alzándose más y más en su imaginación y acabó por llenarla toda. El carácter de Salvador, distinto en su esencia y en sus detalles del de la mayoría de los hombres que Aurelia trataba, su talento reconocido por todo el mundo, su figura varonil, sencilla y simpática y la admiración que se le profesaba fueron filtrándose atentamente en el corazón de Aurelia Mac-arthy hasta que cifró sus ilusiones en el cariño del estudiante sevillano, ilusiones quizás que se desvanecerían al contacto como se desvanece el polvo de oro del ala de la mariposa, pero ilusiones risueñas de felicidad que invadían el alma ardiente de Aurelia haciéndole olvidar sus anteriores pasiones y casi aborrecer sus pasados extravíos.

Ella conoció lo que pasaba en el alma de Salvador Serrano; vió clara aquella lucha de

sentimientos que se levantaba en su corazón aún virgen de pasiones, estudió día por día los progresos y llegó uno en el que vió en los ojos de Salvador que había triunfado en toda la línea arrollándolo todo; aquella noche se consideró feliz y parecióla que un nuevo horizonte se abría ante su vista; creyó encontrar el amor que buscaba en el personaje nuevo que iba á entrar en escena y al recordarlo *in mente*, línea por línea y rasgo por rasgo, palpitó su cuerpo y vibró su alma como si se hallara en presencia de algo por mucho tiempo juzgado imposible y que de repente se ofrecía sin que ella lo buscase; el triunfo le halagaba; Fernando Giráldez le había contado las relaciones de Salvador con Carmencita Llanos y le tomó odio á aquella mujer que desde niña poseía el cariño del hombre á quien ella creía conocer tarde para ofrecerse á él digna por entero de su mérito, á buena y propicia hora siempre para hacerle conocer entre sus brazos todo un mundo de dichas y placeres que el amor puro y sencillo de la niña sevillana no podía haberle mostrado.

Salvador Serrano iba los lunes á su casa; allí lo presentó don Juan Pereira y aunque ella procuraba que nadie conociese la nueva debilidad hallaba siempre ocasión con su talento de mujer de mundo para hablar con él más íntimamente para estudiar en su fisonomía los progresos que la pasión hacía en su alma. Otras veces lo veía casa de Pereira; otras noches en el turno primero del Real, casi todas las tardes

á caballo en el Retiro ó en la Castellana y anotaba con gusto que cada día los ojos negros del sevillano se fijaban con más ansiedad en los suyos que ella procuraba con gran dominio de sí misma hacer permanecer impasibles y que cada vez la expresión de la mirada de Salvador era más admiradora, más anhelante, más llena de promesas y de deseos. Cuando hablaban sólo la voz de Serrano salía de su garganta, entrecortada, sus labios se ponían pálidos y se secaban, los ojos adquirían un brillo casi febril y la fascinación era completa; en aquellos momentos Aurelia Mac-arthy, con su linda cabecita echada atrás en el respaldo de su asiento, su rostro que aparecía indiferente y como si ignorase su espíritu el efecto producido en Salvador, gozaba lo indecible; veía que ya la pasión no germinaba, sino arrollaba toda otra en el pecho del hombre que quería y cuya única preocupación había llegado á ser; en aquellos otros momentos en que él quedaba como vencido por la creencia de que era difícil conseguir su aspiración, ella calculaba la profundidad de una mirada y la extensión de una sonrisa y lo favorecía con una y otra; entonces él dejaba asomar á su rostro la pasión entera y parecía que iba á hablar, pero ya los ojos grises volvían á aparecer indiferentes y la boca permanecía plegada aunque el corazón latiese orgulloso, el cuerpo palpitase emocionado y el alma, olvidando la conciencia relegada al rincón obscuro, se sintiese satisfecha.

En tanto pasaba el tiempo y Salvador no fué á Sevilla á pasar las vacaciones de Navidad, como tenía prometido; «eran pocos días (decía en su carta), la entrevista por lo mismo que era tan corta habría de ser penosa porque apenas deshechas las maletas tendrían que hacerse de nuevo; en Semana Santa iría y luego en Junio siendo doctor ya, ¡qué ganas tenía de ver á La Córnia y de remar un rato en una tarde de verano!: en la fonda lo cuidaban admirablemente; estaba muy contento y muy bueno y los quería á todos con delirio como siempre, aumentado ahora por la distancia».

Escribió la carta lentamente poniéndose rojo en alguno de sus puntos; una vez escrita le dió una repugnancia poderosa y la guardó sin echarla al correo; veía la cara de su madre acongojarse al leerla y al presentir aquello un frío glacial invadía su frente; salió aquel anochecer y comenzó á pasear por la Carrera, embozado en la capa y por la acera por donde va menos gente; los carruajes pasaban despacio porque el gentío desbordaba la acera é invadía el arroyo; los escaparates de las tiendas, que brillaban exponiendo mil y mil productos; los murmullos de la multitud, los gritos de los cocheros todos, formaban un *maremagnum* ante su vista. En esto pasó una berlina elegantísima tirada por un caballo andaluz, negro como la noche; la afluencia de gente la obligó á echar hacia la otra acera; Salvador miró dentro y vió un abrigo claro y una cara que hacía apa-

recer aún más atractiva un velo obscuro; ella no lo vió, Serrano quedó parado un momento y después fué de prisa á la fonda, subió de dos en dos los escalones, entró en su cuarto, cogió la carta escrita, bajó y casi corriendo fué á la calle de Carretas y la echó al correo. Cuando oyó el golpe seco que produjo al caer en el cesto volvió á inundar su frente aquel frío que antes le había acometido, pero fué instantáneo; resuelto y satisfecho encaminó sus pasos nuevamente á la Carrera.

*

* *

La noche de Navidad cenaron casa de Pereira él, Aurelia, Fernando Giráldez y otros amigos; la cena fué expansiva, alegre, animada como del día y en ella se olvidó Salvador Serrano por completo de su familia, de Carmencita Llanos y de todo lo que no fuera el momento presente. A su izquierda hallábase Aurelia, que no cesaba de mirarlo con sus ojos grises que le hacían estremecerse cada vez que se encontraban con los suyos; su cuerpo, vestido con un sencillo traje de vicuña azul, resaltaba sobre el mantel de encaje color crema adornado con flores y su continente fresco y exuberante de vida destacaba sobre los de Soledad y Blanca Pereira, paliduchas y lánguidas como de costumbre; para ella fueron los honores de la fiesta y las atenciones de los hombres, entre los que figuraba el general Montoro que no ce-

jaba en sus propósitos de sumar á Aurelia entre sus conquistas; ella lo atendía con preferencia á Serrano, lo cual se tradujo en éste por una ligera sombra de melancolía que atribuyeron los presentes á la ausencia del hogar doméstico y á los recuerdos de *noches-buenas* anteriores; don Juan Pereira, que, fuera de los asuntos de Bolsa, no veía más allá de sus narices, se puso á querer distraer á Salvador contándole una porción de sandeces y de trivialidades; igual hicieron otros amigos sin resultados positivos y la cena que fué para todos animadísima acabó para Salvador sombría y triste, muy al contrario de como había comenzado. Como se cenó en uno de los salones del piso bajo, *hizose* después un poco de música; vino más gente; el vizconde y el futuro Director general entre otros, y la reunión aunque familiar é íntima fué bastante numerosa. El general Montoro no cesaba de mariposear en torno de Aurelia Macarthy procurando dar á su figura y á su conversación todos los atractivos posibles y, animado por el Champagne de que había hecho consumo en alta escala, empezó á estrechar sus trincheras en redor de la plaza que apetecía, pero no contó con la huéspeda, que fué en este caso el futuro Director general, que había hablado aquella tarde en el Congreso y discutía con Fernando Giráldez, que estaba en la oposición, las conclusiones que había sustentado entre los aplausos de la mayoría, y como Montoro pertenecía á ella, le llamó en su auxilio para

ver de convencer á Giráldez de la pureza y acierto de sus doctrinas; entonces Aurelia quedó sola, sentada en aquel diván verde del salón japonés y Salvador, pudiendo zafarse de don Juan Pereira, se acercó á ella.

Oíase fuera el viento batir en los cristales y barrer la calle murmurando esas cosas que murmura el viento y que no se entienden nunca y á fe que gustaba oirlo desde el salón japonés caldeado por el vapor, comfortable, elegantísimo, con sus medias luces naranjas, verdosas, celestes y en el cual la hospitalidad generosa de los dueños de la casa, ofrecía tan agradable *soirée* á los amigos que por razones diversas hallábanse lejos de sus hogares.

Salvador Serrano se sentó en una silla maqueada inmediata á Aurelia y permanecieron unos segundos contemplándose sin hablarse; en aquellos instantes la mirada de la de Macarthy, se fijó en la suya cariñosa, profunda, llena de promesas y la de Salvador pareció bañarse en aquel torrente de pasión que se le ofrecía. Cegado por él creyó que no debía callar más y muy bajito, inclinándose hacia ella que con su postura habitual tenía echada la cabeza sobre el respaldo,

—Cómo está V. jugando conmigo!—le dijo en tono lleno de pasión y de reproche.

Se hizo la sorprendida, púsose seria, pero los ojos seguían animando á Salvador con mirada intensa y embriagadora.

—Sí,—continuó—juega V. conmigo, como de niña jugaría V. con sus muñecas, haciéndolas cambiar de trajes como á mí me ha hecho usted cambiar de pensamientos; y con la misma facilidad con que manejaría sus cuerpecillos rellenos de serrín ó hechos de porcelana, con esa misma facilidad maneja V. mi corazón y mi alma volviendo lo de dentro afuera, trastornándolos y dejándomelos de una manera que ni yo, el mismo propietario, los conozco.

Aurelia lo seguía mirando, su ceño se había fruncido, los labios palidecieron y se apretaron, pero por los ojos seguíanla corriente, que decía á Serrano que no interrumpiese la confesión que comenzaba á hacer; en su interior latía su corazón apasionado y la imagen de Salvador crecía ante sus ojos; había tanta sumisión en aquella mirada, tanta sinceridad en aquellas palabras, tanto pesar en su expresión!

—Llevo un mes—decía él lentamente—que esto no es vivir, V. lo conoce, no me lo niegue usted, yo creo que lo conoce hasta el camarero de la fonda, V. lo conoce y se complace en hacerme sufrir y en tenerme en esta situación que no es resistible por mucho tiempo, se lo juro á usted yo no podría soportar mucho tiempo así.

Y tal angustia y tal ansiedad expresó su semblante, que ella, animándolo siempre con los ojos, le dijo:

—Serrano, vea Vd. dónde está y vea que nos están mirando.

—¿Qué me importa?—dijo él, y volviendo sobre su acuerdo añadió—tiene Vd. razón, perdóneme; no sé lo que digo ni lo que hago—bajó la cabeza unos momentos; si la hubiera alzado de repente, si hubiese visto la expresión que se desbordaba del semblante de ella, aquellos sufrimientos habrían terminado en aquel instante, pero cuando alzó el rostro el de Aurelia estaba ya impasible, solo los ojos seguían haciendo de avivadores que tendían á la confesión completa.

Y la confesión salió; dulce, apasionada, casi tímida, sin exigir nada, temerosa de ser rechazada; sencilla como la de un colégial, vaciando el corazón de una vez sin dejar hueco que no se conociera ni profundidad cuyo fondo no estuviera claro. Ella lo oyó sonriente, deleitada, fija en aquel rostro franco y varonil que confesaba aturdido lo que él creía un delito que iban á castigar, delito perdonado, admitido y deseado desde tiempo atrás por Aurelia Macarthy. Al terminar él, quedaron los dos en silencio; ella rió de pronto y la risa salió de sus labios casi natural; lo miró balanceando la hermosa cabecita y le dijo en tono irónico y cariñoso,

—Mañana le voy á encargar á Vd. un tamborcito y una pandera, porque parece Vd. un niño de seis años.

Fernando Giráldez, sin que lo hubieran con-

vencido Claudio y el general, se acercaba y comenzó á hablar á Aurelia y á decirle las cosas que siempre que veía á la de Mac-arthy se le ocurrían. Salvador comenzó á charlar á la fuerza con Juan José de si los toros del Saltillo debían usar divisa celeste y blanca ó celeste y crema, asunto importantísimo que en aquel momento pareció abismar á Serrano que en su estado de ánimo prefería hablar de tonterías á cualquier conversacion seria.

Muy tarde ya salieron de la casa los invitados; Salvador puso el abrigo á Aurelia, la acompañó hasta su coche y en un momento en que no lo podía oir Giráldez que venía detrás le murmuró al oído:

—Hasta mañana.

*
* *

El primer día de Pascua amaneció muy tarde para Salvador Serrano; cuando, cansado aún por las emociones de la noche anterior, desechó el sueño que aún se obstinaba en llamar á sus párpados algo irritados y miró el reloj, eran más de las doce. Un sol espléndido entraba por el balcón, cuyas maderas estaban abiertas, y oíase afuera de los cristales el imponente murmullo de la Puerta del Sol con sus mil ruidos extraños y heterogéneos que se unen en un conjunto, extraño también como las partes de que se compone.

Llamó, encargó agua templada para lavarse y una vez que se la trajeron echó el pasador

y se lavó lentamente gozando al sentir el agua tibia entrar en pequeños arroyuelos por entre su cabeza y refrescarle el cráneo que parecía arder; el recuerdo de la noche anterior le quemaba; bien vió la expresión de los ojos de Aurelia, pero aquella expresión la anulaba un tono zumbón y ligero y el continente serio de que se había revestido. La duda, pues, se enseñoreaba de su ánimo y servía para hacer resaltar más potente y más intenso el amor que sentía por la de Mac-arthy. No sabía él á ciencia cierta cómo aquella pasión había ido desarrollándose hasta tomar el carácter que en la actualidad tenía; empezó por el deseo, siguió por la rivalidad con Pancelotti, las malas lenguas le hicieron fijarse más en Aurelia y al verla con aquella cara de dama veneciana del siglo XV, al oirla hablar con su voz pura y argentina, al conocer nimiamente su historia, el amor prohibido entró á torrentes dentro de su pecho y fué allá cimentándose en las bases de hierro de la pasión; los desdenes que creyó encontrar en ella le impulsaron más y más y las manchas que había sobre su vida creyó él que un amor verdadero las borraría; este era su estado cuando la noche anterior le declaró lo que le pasaba; ella le contestó aquella chirigota del tamborcito y de la pandera y entonces determinó él ir á verla, hablarla al alma y si lo rechazaba formalmente abandonar Madrid para siempre é irse á su casa de campo de San Juan de Aznalfarache á reanudar la vida interrumpida bus-

cando en el estudio el consuelo de la derrota de la lucha en que ponía todo su sér, todo su corazón, y, olvidando á la noble Carmencita Llanos, todas sus ilusiones.

Una [vez vestido y atildado, almorzó poco, tomó un coche y se fué casa de Aurelia Macarthy. Eran las dos, no era día que ella recibiera y no habría nadie; á más era muy temprano para que hubiese salido.

Al llamar á la puerta le flaqueaban las piernas, castañeteaban sus dientes y un temblor nervioso invadía su cuerpo, mientras el corazón latía acelerado. El criado que le abrió tomó su tarjeta, salió y volvió al poco diciendo que la señora lo esperaba.

Salvador procuró serenarse, atravesó el salón y entró en el gabinete, en el cual, de pié, apoyada en un velador de peluche oro viejo lo aguardaba Aurelia, sonriente y tentadora como una bacante, envuelta en una bata de franela blanca ceñida á la cintura por grueso cordón de seda gris como grises eran los puños de terciopelo de las mangas, la tira de la misma tela que cerraba el cuello y la botonadura pequeña y coquetona; la luz que entraba por el balcon, amortiguada por cortinas de seda amarilla, tenía un tinte voluptuoso como lo tenían los muebles coquetones de la habitación y hasta la pequeña estufa de porcelana en la cual un émulo de Watteau había reproducido esas escenas sencillas, elegantes y finísimas que caracterizan en la pintura la época del Directorio.

Aurelia recibió á Salvador tendiéndole la mano y haciéndole un mohín risueño como extrañada de la visita.

—Ya se la anuncié á Vd. ayer —dijo él— vengo por la pandera y el tamborcito que Vd. me prometió.

—Se los mandaré á V. comprar —contestó la de 'ac-arthy estremeciéndose ligeramente, lo cual contrastaba con la expresión bromista de sus palabras— creí que no se acordaría V. de ello porque anoche ó el Champagne se le subió á Vd. á la cabeza ó confundió Vd. la Noche-buena con el Carnaval y quiso bromear conmigo.

Salvador hizo crujir la silla en que estaba sentado; permaneció unos minutos sin poder hablar ante aquella manera inesperada de comprender su pasión y con voz que semejaba el acero que tiembla:

—¿Cree V. que bromeaba? preguntó.

—Ella asintió con la cabeza.

—Entonces, Aurelia, V. no me conoce; digo, sí, me conoce, sino que quiere seguir jugando conmigo; le hablé á Vd. anoche con el corazón como yo sé hablar; le dije cuánto sentía y le mostré mi alma en este estado de lucha en que hoy se encuentra: V. sabe quien yo era antes de venir á Madrid, San Juan Bautista, como dice mi hermano Tomás, San Juan Bautista con una vida tranquila entre los olivares de mi tierra y mis estudios favoritos; aquello llenaba entonces mis aspiraciones y los años se deslizaban para mí iguales, breves, felices. Vine

aquí, la ví á V. y cómo vivo desde entonces? V. lo sabe porque V. lo conoce, diga lo que quiera; V. me vé en todos los lugares donde puedo encontrarla; V. me vé fijo siempre en su persona, anhelando constantemente una palabra, una sonrisa, una mirada cariñosa, y se ha empeñado en no concedérmela y cuando, sacrificando gustoso mis deberes, me quedo en Madrid sólo por vivir donde V. vive, cuando le digo lo que siento, lo toma V. á broma, dice que soy un niño de seis años y que se me sube el Champagne á la cabeza. Si soy un niño, por V. lo soy; antes no lo he sido y si algo se me ha subido, no á la cabeza, sino al alma, es V. misma que me invade por completo, que me quita voluntad, tranquilidad, mi dicha de otro tiempo y que cree que paga mi cariño diciéndome «despierta, niño, que estás soñando, tú no puedes alcanzar á donde aspiras.» Soy niño, sí, soy lo que V. quiera, pero á los niños se les protege, se les ampara, se les quiere; quiérame V.!

—Los niños tienen caprichos pasajeros— dijo Aurelia con voz que se esforzaba en aparecer serena—este es uno. Usted tiene quien le quiera, quien vale mucho más que yo; no la olvide usted y desmembre de su corazón esa parte que lo inclina hácia mi, que cree ser tan grande y que en realidad es bien pequeña.

Al oír la alusión hecha, Salvador se puso en pié, desabrochóse con ímpetu la levita, sacó del bolsillo interior la cartera de cuero negro y de ella salió un retrato de Carmencita Llanos con

su expresión angelical y su rostro bellissimo. Aurelia miró aquel retrato con odio transformado en inmenso júbilo cuando Salvador con mano despiadada lo partió en cuatro pedazos desiguales, abrió la compuerta de la estufa y los echó á las llamas. La cartulina crugió como si se quejara.

—Ese es el caso que hago yo de esas cosas que tanto cree V. que quiero—dijo, rojo de ira, gallardo como siempre, alterados los trazos simpáticos del semblante.

Aurelia, levantándose, cerró con pasador la puerta que comunicaba con el salón.

—Lo van á Vd. á oír desde la calle le reprendió—serénese V., parece que está V. loco.

El se acercó, la ciñó con su brazo, del que pugnó ella por desasirse, pero no en balde se maneja el remo río arriba, y aproximando su rostro hacia el de ella, que lo inclinaba hacia atrás, abandonando su hermoso cuerpo que rozaba el de Salvador enardeciéndolo más de lo que estaba.

—Sí, loco, niño, todo lo que quieras, pero todo por tí y contigo. Yo no te conocía y en mi felicidad había una nube, algo que me hacía pensar algunas veces que algo me faltaba; te conocí, cayeron ilusiones que solo eran niñerías y mi felicidad se me apareció como yo la había previsto sin definirla bien. Y tú me quieres, Aurelia, en tus ojos lo leo ahora claro, como lo he vislumbrado antes, tú me quieres, pero querías jugar conmigo. Y ya ese juego no

te sirve; aunque no me lo digas lo sé, tiemblas entre mis brazos; la felicidad se nos presenta, vamos á ella.

Aurelia, palpitante, adelantó su rostro, echó los brazos al cuello robusto de Salvador, y mirándolo con inmensa expresión de gozo, de amor y de vanidad satisfechos.

—¡Ah, niño, niño!—le dijo con su voz armoniosa que la emoción cortaba—no te has convencido hasta ahora de que te quiero.

El alzó en alto aquel cuerpo hermoso, jugando con él como con una pluma; en el aire ella, uniéronse sus bocas y el primer beso de amor resonó largo, prolongado, sensual.

A aquel beso siguió un chasquido en la estufa del que ellos, entregados á los delirios del amor, no se apercibieron.

Era el último trozo del retrato de Carmen-cita Llanos que se aniquilaba para siempre.



V.

Existe una joya de la literatura clásica, en la que Ovidio dió realce y forma imperecedera o los sentimientos amorios del corazón humano, abarcando sus fases puras y sus carnales concupiscencias, cantando en febriles periodos sus triunfos lascivos, susurrando en tiernas estrofas sus puros anhelos satisfechos, mezcla de materia y espíritu como el cuerpo humano, obra que encanta á los sentidos y al alma, que espolea los apetitos y despierta las ternuras, que adormece en plácidos ensueños de pasión satisfecha después de cantar con viriles tonos sus anhelos descompuestos. Monumento inmortal literario que domina los siglos y avasalla los ingenios, escalón el más alto de su género al que llegara el cerebro humano, epopeya del amor, cantada en notas de armonía suprema que no han hallado aún su eco en las literaturas del mundo.

Ni Salvador ni Aurelia conocían el *Ars amandi* del poeta latino que de haberlo conocido hallaran en aquellas estrofas inmortales retrato de la felicidad que les rodeaba cuando ambos creían hallarse en posesión de la dicha absoluta.

El año nuevo los sorprendió entre placeres sin cuento, entre conversaciones íntimas embriagadoras en las que él contó á ella punto por punto todo lo que había sentido desde que la conoció, como había ido apoderándose de él, su timidez en decírselo, la casi seguridad que tenía de ser rechazado, el temor de no volverla á ver y finalmente la dicha inmensa de poseerla por entero.

Aurelia lo oía embelesada, aspiraba con deleite la fragancia de aquel corazón noble y sano que se entregaba á ella por completo, que en sus expansiones de amor tenía para con ella, aun en el seno de la intimidad absoluta, mil delicadezas, mil pequeños detalles en los que Salvador respetaba cosas que no habían respetado otros; Aurelia comparaba aquella pasión con la del capitán de húsares, profunda sí pero brutal en la forma; con la de don Juan Pacheco, el conde de X, que era un viejo libertino, con la Pancelotti, afeminada al exterior; pasión de vanidad en ambos mas que otra cosa. En Salvador Serrano alentaban impulsos diferentes, era amor, amor potente, verdadero que partía del alma, teniendo como recompensa, no como objetivo, los sentidos; Aurelia

lo trataba como á un niño, lo mimaba, lo reprendía, lo acariciaba con frases tiernas como á una criatura, y orgullosa del talento de su amante complacíase otras veces en oírle hablar decosas serias, muchas de las que ella no entendía y que escuchaba bañada en orgullo al ver que aquella inspiración, aquella alteza de miras y aquel cerebro tan bien organizado tenían á ella por único fin, sólo aspiraban á serle agradables.

El año que comenzaba los sorprendió juntos y en una misma copa lo saludaron con Champagne que les hizo ver la nueva fecha que se abría preñada de lisonjeras ilusiones, de voluptuosos panoramas de amor satisfecho, que debían sucederse eternamente, según lo grande que era.

Aquel día, en un delirio de amor, Salvador dijo á Aurelia Mac-arthy una frase que la hizo quedar meditabunda porque halló en ella una remembranza de sus pasados amores.

—El día en que te perdiera, me moriría.

Aquello mismo le habían dicho en delirios y momentos semejantes el capitán de húsares, don Juan Pacheco, Pancelotti y ninguno de ellos había muerto en aquel día temido ni por aquella causa. Debióse el suicidio del militar á larga serie de deudas independiente en un todo de sus amores; los otros vivían, contento y siempre libertino el viejo conde de X; Aníbal Pancelotti en Rusia entusiasmando públicos y conquistando corazones como sabía ella

por un escándalo monumental que relataba *Le Figaro*. Pero una nueva frase le hizo olvidar aquella y el año nuevo entró preñado de esperanzas, de ilusiones y de alegrías.

En tanto en casa de Pereira no sospechaban nada; ellos guardaban las apariencias admirablemente; Aurelia seguía coqueteando con el general Montoro que cada vez estaba más convencido de la próxima conquista; seguía diciéndose pullitas con Fernando Giráldez y admitía hasta el tributo de Juan José, toasco y ordinario como suyo. Salvador hablaba con ella como antes de entrar en relaciones, visitaba su palco del Real de cuando en cuando y aparecían ante la gente como amigos que se estiman, cuya sociedad mútua es agradable, pero cuya intimidad es nula. Mucho trabajo costaba disimular á Salvador; Aurelia lo hacía con tal arte que si pudo caber alguna sospecha supo, con calculada habilidad, desvanecerla con su actitud; guardaba todas sus expansiones aun la mirada mas insignificante, aun la sonrisa mas ligera, para las entrevistas frecuentísimas que tenian en aquel entresuelo de lo último de la calle de Fuencarral que el amor de Serrano convirtió en un verdadero nido y à las que ella llegaba siempre la primera, con fiebre de amor, con anhelos impacientes, como ansiosa del desquite de la actitud en que las circunstancias la colocaban en sociedad.

Aquellas entrevistas eran largas y acababan siempre al caer de la tarde; entonces salían

juntos, él muy embozado en su capa, ella muy rebujadita en su abrigo y caminaban del brazo un rato, contándose mil niñerías, recordando las horas pasadas y preparando, con refinamientos de coquetería y ensueños halagadores, las venideras. Cuando iban acercándose al centro de población cuando los transeuntes eran mas numerosos y un encuentro pudiera ser fácil, cuando la luz de los escaparates invadía las aceras y la ocultación resultaba ilusoria, cuando se confundían con estrépito los carruajes arrancando chispazos de luz de las piedras del arroyo, entonces ella tomaba el primer coche que veía desalquilado, hacía que la dejase en cualquier sitio céntrico, en una tienda, en una iglesia, á la puerta de un teatro y volvía á su casa á pié entrando en ella con la cabeza erguida, altiva hermosa como siempre, satisfecha de su amante como nunca.

Salvador iba *á sus lunes* como uno de tantos; iba tarde, permanecía poco en la casa de la calle de la Greda, ella lo recibía con pequeñas atenciones, nunca hablaban solos y tenía la calculadora previsión de Aurelia Mac-arthy especial cuidado en extremar los ataques de su coquetería contra el general Montoro, victima propiciatoria de aquellos amores, blanco inocente en el cual se fijaban las miradas, editor responsable presunto en quien se cebasen los garfios siempre aguzados de la avizora maledicencia.

Andando el tiempo y ya por Marzo discu-

rieron un medio para estar mas libres y el entresuelo de la calle de Fuencarral se vió menos frecuentado. Por las mañanas tomaban los trenes mixtos ó cortos y se iban á los pueblos cercanos donde pasaban el dia ya sin salir de la fonda si estaba lluvioso ó nublado, ya dando deliciosos paseos cuando el dia era franco. Aranjuez, Alcalá de Henares, el Escorial, Robledo de Chavela, Pinto, los vieron en su felicidad absoluta, enamorados, tiernos infantiles en sus gustos fáciles de contentar en sus deseos. Si les preguntasen cómo daban de comer en las fondas, qué grado de confortabilidad tenían los gabinetes, no hubieran podido responder uno ni otro; por las noches volvían en el último tren, se separaban en la estación y el dia pasado les parecía un sueño adorable, una pesadilla feliz que había desaparecido.

En aquellas noches al volver Salvador Serrano á la fonda le solían acometer extrañas meditaciones, perspectivas morales negras y lúgubres que hacían entristecerse su mirada y producían escalofríos en su cuerpo; veía algunas veces pasar delante de su imaginación sus amores de seis años con Carmencita Llanos, ya olvidada, y el remordimiento cogía de lleno su corazón y clavaba en él sus dardos acerados, pero era un momento; pronto los trazos magníficos de Aurelia se sobreponían á los otros y Salvador los veía brillar en la oscuridad y los sentía dentro de su cuerpo y de su alma llenándole uno y otra por completo; otro recuerdo le

preocupaba, el de su madre á quien escribía con menos frecuencia que al principio de estar en Madrid, tanto que la buena señora escribió á Fernando Giráldez preguntándole que le ocurría á su hijo: el diputado contestó tranquilizándola y le refirió cómo la vida de Madrid se llevaba el tiempo sin que en él se hiciera nada provechoso, cómo distraía la corte los ánimos y como embebecía los pensamientos. La madre se dió por satisfecha con aquello y como las cartas siempre rebosaban felicidad y alegría, iban siempre llenas de cariños y ternezas, sacrificó el placer de recibirlas más á menudo y aumentó el de releer aquellos párrafos queridos.

Carmencita Llanos era la que más sufría, pero dotada de un carácter de acero y de una voluntad firme y dura como una roca de granito no traspasó jamás el exterior su sufrimiento; las cartas de Salvador se hicieron poco á poco menos apasionadas, fué extendiéndose entre ellas mayor número de días y cada uno de ellos que pasaba sin que llegase lo esperado era una puñalada que hería de lleno el corazón amante de la sevillana; por un amor propio profundo, quizá por una suprema confianza en Salvador, no dijo nada á nadie, calló su secreto y sólo en el santuario de su alcoba lloró con lágrimas amargas el desvío incomprensible para ella del hombre que durante seis años había vivido mirándose en sus ojos. Las cartas acabaron por no llegar y entonces Carmencita Llanos sufrió un verdadero calvario; negó á todo el

mundo lo que ocurría; su orgullo de mujer al sentirse herido no quiso que el consuelo, la lástima, las sátiras de la gente la acompañasen en su desengaño y con un titánico esfuerzo casi increíble y nada vulgar en sus diez y ocho años, permaneció impassible al exterior hablando de Salvador cuando llegaba el caso como si el día antes se hubiesen separado amantes como lo fueron hasta hacía tan poco tiempo.

Una sospecha vaga hería su pensamiento: Salvador en una de sus primeras cartas le había referido la aventura de la Castellana, posteriormente, en otra, su encuentro con Aurelia casa de Pereira; después no había vuelto á hablarle de la de Mac-arthy: Carmen veía en el desvío de Salvador la intervención de aquella mujer y por la fuerza indagadora de su corazón amante adivinaba el giro de relaciones que la unían con quien tantas veces le había jurado querer solo á ella eternamente. Escribió á Salvador una carta, que él leyó indiferente, diciéndole que sus relaciones quedaban terminadas; algo palidieron sus mejillas, un poco tristes se ponían á veces sus ojos negros, profundos, aterciopelados, pero nada más. Aquella mujer que acababa de ser niña tenía voluntad de acero y no salieron al exterior las profundas é inmerecidas torturas porque aquel corazón juvenil atravesaba; verdadera mártir de los injustos desdenes del hombre preferido, recibió en silencio la herida profunda que no perdonaría jamás en su legítimo orgullo de mujer

amante y cambiado su intenso cariño en rencoroso desprecio, sufría silenciosa, tranquila su mirada, resuelta su actitud, serena, honrada y apacible su conciencia.

Salvador seguía consagrado á Aurelia por entero; abandonados por completo sus estudios, olvidados los lazos fortísimos que con Sevilla le unían y que su pasión había aflojado hasta el punto que no fueran perceptibles sus ligaduras. Contra sus costumbres de año acicalaba extraordinariamente su persona, gastando en su vida nueva gruesas cantidades que proveía D. Juan Pereira en cuya casa tenía letra abierta y hacía largas ausencias de la fonda que le deparara la amistad que en su casa tenía el canónigo sevillano, hermano del dueño de ella.

Este pensó escribir al recomendante, dándole cuenta de la vida desordenada que en la Corte llevaba su amigo, pero, hombre práctico ante todo, se dijo que no por ello habría de corregirlas, que edad tenía el huesped para dirigir sus acciones y que lo único quizá conseguido en aquel paso pudiera ser el traslado de Serrano á otro hotel, cosa que, dada la calidad del huésped, en modo alguno le convenía, y ateniéndose á estas razones nada hizo.

Algun ~~temor~~ inspiraban á Salvador las excursiones aquellas por creer fácil que en ellas los pudiese encontrar algun conocido; pensó decírselo á Aurelia y volver por entero al pisito de la calle de Fuencarral, pero ella gozaba como una niña con aquellos viages de incógnito

y temió contrariarla; á mas los hacían en trenes que la gente elegante desconocía casi, á horas tampoco muy visibles; iban á puntos en donde los tropiezos en aquella época del año eran difíciles y finalmente siempre habría un pretexto que poner, una fábula que inventar en el problemático y desgraciado caso de que fuesen descubiertos.

Abril entró con un tiempo espléndido que hizo entrever á los amantes todo un paraíso de excursiones; la primavera entraba ya con sus días largos, claros, llenos de luz, con sus aromas y sus efluvios de vida nueva, tiempo propicio á aquellos paseos á pie por el campo floriente, en los cuales Aurelia, abandonada sobre el hombro de Salvador, creíase trasportada al mundo aquel que ella había soñado y hasta entonces no conocido.

No les fueron muy propicias las circunstancias y retardóse el viaje, aumentando los deseos que de él tenían y excitando las impaciencias por que llegara; parecían darse de mano las inoportunidades para oponerse al proyecto y se pasó una quincena sin que pudiese realizarse. Por fin, una tarde hallándose en el pisito de la calle de Fuencarral, Aurelia, saltando como una chiquilla, comunicó á Salvador que al día siguiente no existía impedimento alguno para realizar el plan, que no tenían ni reunión precisa, ni amiga enferma, ni obligación ni conveniencia de ningún género que los retuviera en Madrid; que irían á Aranjuez á pasar un día de

campo, aspirando aires puros, comiendo fresa arrancada de las matas, adorándose sin más techumbre que el cielo azul y los grandes nubarrones blancos de la primavera.

A la mañana siguiente se encontraban en la estación del Mediodía y salían solos en un compartimento de segunda de un tren mixto.

El sol derramaba sus luces espléndidamente sobre las áridas llanuras que rodean á Madrid hacia el Sur y la naturaleza, aunque endeble y clorótica por esa parte, parecía querer revivir y adornarse con galas; el tren atravesó los llanos pitando y trepidando bañado por el sol, y á las dos horas de marcha entró en los vergeles que rodean á Aranjuez.

Habían ido todo el camino charlando, entrelazadas las manos, riendo, gozando de la vida que les parecía más hermosa que nunca en aquella mañana de temperatura deliciosa, de sol espléndido, llena de luz y de alegría. Al ver que entraban en el término de Aranjuez, ¡por ellos conocido y admirado, se asomaron á una ventanilla; el campo estaba hermoso, lozano, feraz, cultivado con prolijo esmero, culebreaba el sol entre las hojas bicolores de los álamos blancos, metíanse sus rayos ondulantes y caprichosos entre aquella tierra oscura esponjándola y vivificándola, daban de lleno en aquellos bosques liliputienses de matas de fresa, tan alineadas, tan frondosas, de un verde oscuro aterciopelado; pasaron el puente sobre el Tajo que deslizaba sus aguas claras, serenas,

entre la vegetación poderosa de sus orillas. Aurelia miraba el paisaje entornados los ojos, entreabiertos los labios, con sensaciones voluptuosas de completo bienestar, abandonando su cintura esbelta y elegante al brazo de Salvador, que con opresión dulce la atraía hacia sí; cerró los ojos ofreciendo el rostro al calor del sol y el alma entera á la contemplación de su felicidad; de pronto una brusca sacudida del brazo que la ceñía y una exclamación dura de su amante se los hicieron abrir asustada.

Serrano estaba en medio del compartimento, pálido, revelando en sus ojos brillantes y azorados una angustia extraña.

—¿Qué pasa?—preguntó Aurelia poniéndole las manos enguantadas sobre los hombros.

—Lo que temía.... ahí.... dos coches detrás.... Fernando Giráldez.... con unos militares.

—No nos habrá visto—dijo Aurelia dando golpecitos en el suelo con su pie pequeño calzado con piel de Rusia.

—Creo que sí, miraba.

—No nos habrá conocido—repuso Aurelia más tranquila de lo que Salvador esperaba.

Cuando llegaron á la estación lo dejaron bajar primero; lo vieron ir; iba con unos oficiales de caballería cuyas guerreras celestes dieron la nota de color en el andén; cuando salieron entonces bajaron del tren, se fueron á la fonda y almorzaron olvidando casi el encuentro; después, antes de salir, subieron al cuarto: después,

mientras Aurelia se arreglaba, Salvador bajó al comedor á esperarla.

Se sentó y leía un periódico cuando le tocaron en la espalda ;volvióse bruscamente. Fernando Giráldez estaba allí, con el sombrero flexible echado atrás, irónica la noble fisonomía.

—Hola, mosquita muerta, fariseo, buenas compañías tienes; no está mal: claro, San Juan Bautista necesitaba el corderito.

Y le dió un abrazo seguidamente; Salvador, vacilante, no sabía qué hacer; ¡el arco iris pasó por su rostro y por su mente atravesaron mil proyectos y mil excusas; solo pudo decir:

— Te aseguro que una coincidencia....

—Sí, sí.... ya me sospechaba yo algo, pero no creí que estuviéramos así ya... no está mal, no está mal.... hombre, y qué juntitos estábais los dos, ¿también es coincidencia?...

Salvador, disgustado, no contestó.

—Mira—dijo Giráldez cambiando de tono y dando á su voz una expresión seria—no te me pongas así porque es tonto. Lo que he visto. visto se queda. Yo no soy Juan José que cuenta hasta los pasos que da en la calle; te felicito y te envidio, pero como un sepulcro, sabes?, somos amigos y no hay más que hablár. Yo me voy al café con esos y ten la seguridad de que no me has de oír una palabra más sobre ello, ni Aurelia se ha de enterar y gente ajena mucho menos.

Salvador Serrano conocía aquel carácter y

oyendo hablar así á su paisano se tranquilizó, aunque quedando algo descompuesto y vacilante como chiquillo á quien sorprenden embelesado en sus primeros y puros desvelos de amor; abrazó fuertemente á Giráldez diciéndole:

—Será el favor más grande que me puedas hacer.

—Soy una tumba—contestó el diputado volviendo á su tono zumbón, pero con seguridad profunda en la mirada.

Convinieron que si volvían á Madrid en el mismo tren se harían los desconocidos, y, amigos más que nunca, se separaron. Al salir Giráldez del comedor entraba la de Mac-arthy con su sombrerito redondo de paja negra, su velo oscuro sobre el rostro, vestida de gris, irreprochable, sencilla, elegantísima. El diputado miró á otra parte y salió impasible é indiferente.

Ellos se fueron por la ciudad dando un paseo, llegaron al campo y anduvieron largo rato por entre aquellas hermosas alamedas, hechos dos tórtolos.

Algunos hortelanos que los veían pasar los creían recién casados y tosían para advertirles de su presencia. Declinaba el sol, cantaban los pajarillos entre las ramas, el murmullo adormecedor del río llegaba hasta ellos armonioso, suave, pareciendo alentarlos en su amor, y el aire fresco de la tarde, impregnado de los perfumes de la tierra y de la savia de los árboles y

las plantas bañaba sus rostros en ondas refrescantes con aromas voluptuosos al ser aspirado. Claro que hablaron del encuentro de la mañana y de la conducta noble y simpática de Fernando Giráldez. Aurelia parecía menos preocupada que Salvador, le concedía menos importancia.

—Mira—le dijo—en último término, más vale que sea ese que no otro. No te preocupes más, chiquillo, ya ves lo que te ha dicho.

—Fernando es muy bueno; lo ha prometido, lo cumplirá, pero no me gusta que lo sepa.

Ante aquella perplejidad, un pensamiento cruzó dañino por la mente de ella.

—¡Te avergüenzas de mí?—le preguntó mirándolo fijamente.

La contestación le probó lo contrario; un viejo hortelano que *abrigaba* matas de fresa, tuvo que ponerse á canturrear para advertirles que no estaban solos.

Al volver no vieron á Giráldez ni en la estación de Madrid tampoco; tomaron un coche, ella dejó á él en la Puerta del Sol y se separaron encantados el uno del otro como siempre, anhelando un nuevo día como aquel, pasado al sol, en pleno aire, gozando del amor que los hacía felices.

Salvador Serrano subía la escalera de la fonda, pensativo; el encuentro con Giráldez no acababa de agradarle; la reputación de Aurelia, sobre todo, le preocupaba y luego, Giráldez era sevillano, visitaba su casa con intimidad

muy estrecha, ¡si algún día su madre se enteraba de aquello! y por primera vez desde que empezó sus relaciones con la de Mac-arthy la imagen de su madre enfrió un tanto el día delicioso de amor que había pasado.

Al ir á entrar en su cuarto, el dueño de la fonda lo detuvo con aire misterioso.

—Don Salvador—le dijo—ahí se ha presentado esta mañana un capitán viejo que dice que es como si fuera su padre de V.; se puso hecho una fiera al saber que había usted salido, almorzó como un lobo, pidió anís del Mono y ahí lo tiene usted en su cuarto, dice....

Salvador dió un grito de alegría, abrió la puerta y entró gritando:

—¡¡Capitán Pedro Navarro!!

—¡Gracias á Dios, Plutarquillo!—gritó una voz cavernosa, y se adelantó con los brazos abiertos un capitán de carabineros, sesentón ya, alto, seco y curtido como Don Quijote y de tipo militar por esencia, presencia y potencia.

Salvador no cesaba de hacer preguntas.

—Pero ¿qué hace Vd. aquí? ¿Vino Vd. solo?; ¿ocurre algo en Sevilla?

—Nada, Plutarquillo, nada—decía el capitán dándole palmetazos en todas partes—que guapote estás, ¡jinojo!, ¡ah, re-cebolleta, tiempo hacía que no te veía, chiquillo! Pues verás, me tocaron diez mil reales á la lotería, y como lo que goza el hombre es lo que saca, dije, pues á Madrid me voy mientras tire; pedí mi pasaporte, me lo dieron y aquí me tienes. Me darán un

cuarto á tu lado y la correremos juntos; ¿y hoy en dónde te has metido? ¿estuviste de campo? solo ó ha habido alguna mujercita? vamos, dile al veterano la verdad.

—No... con Giráldez... de campo...--dijo Salvador aturdido.

—Doy fe —afirmó la voz del diputado que parecía salir del centro de la tierra.

Fernando Giráldez entraba vestido de frac, dejó el sombrero en la mesa y abrazó al capitán.

—Estás tú aquí, badulaque, charlatán!—decía este dándole zamarreones—embaúcas aún á tus electores, trasto? ¿Qué has hecho de éste, me lo has pervertido? Si así fuera, te desuello.

—Salvador sigue impecable,—dijo Giráldez con énfasis.

Serrano miró á su amigo con reconocimiento.

—Así, re-cebolleta---gritaba el capitán tocando las castañuelas con los dedos---un ponche ahora, en amor y compañía. ¡Qué á gusto estoy entre vosotros, corambres! ¡Qué alegría tengo al veros, botarates!



VI.

Si se hubiera de creer en la antiquísima teoría de que el alma humana anda errante de uno en otro cuerpo, perteneciendo ora al hombre, ora al caballo, ó al gato ú otros bichejos de idéntico jaez, bien en castigo de las faltas que al hallarse animando al hombre cometiera, bien como dándole puntos de reposo para que fuese nuevamente á cumplir con sus deberes tonificada y vigorizada por aquellas sus escursiones por la fauna; si la doctrina egipcia de la transmigración de las almas hubiera de creerse, forzoso sería confesar que los Navarros de Sevilla fueron conejos alguna vez, según la manera, nada común y sí merecedora de respetuosa atención, que tenían que procrearse pareciendo su única misión sobre la tierra la de aumentar el número de católicos y servir á la pátria engrosando el contingente de sus ciudadanos.

A principios del siglo existían en la clase acomodada de Sevilla tres hermanos Navarro

que dejaron ni más ni menos que treinta y un hijo los cuales se dieron tal maña que, en colaboración con otras familias, inundaron Andalucía de Navarritos de ambos sexos; así es que en gran número de familias, de cerca ó de lejos, en primero ó cuarto apellido existía un Navarro; éstos no podían decir á ciencia cierta cuántos eran y los había de todas clases, desde grandes de España hasta recaudadores de contribuciones.

De aquella generación de treinta y uno hubo un miembro que deshonró la casta faltando abiertamente, sin pizca de reparo, á las tradiciones de la familia quedándose soltero. Este individuo que en tan poco estimaba su abolengo, fué Pedro Navarro, ahijado de Isabel II cuando esta estaba aún en la mayor edad, lo cual hace suponer la que tenía en nuestros días el célibe que deshonraba su casta. Desde pequeño fué de caracter aventurero, muy notable en lo de echar perros al Guadalquivir y descalabrar chiquillos á pedrada limpia, grande aficionado en su adolescencia á la ginebra y á armar jaranas y modelo digno de servir de ejemplo en lo de romper un farol de un peñonazo en la primer tremolina que se armaba; en vista de tan apreciables condiciones determinó su familia que había de ser militar y su augusta madrina le concedió una bandolera: peleó en África en aquel regimiento de Albuera que mandado por el bravo Alaminos fué uno de los más preclaros en la memorable campaña; lo

hicieron una criba en Wad-Ras y volvió á España con la cruz laureada de San Fernando, cinco boquetes en el pellejo y un humor de todos los demonios sin que á ciencia cierta se supiese el por qué.

Contóse, entre salvedades, una historia escandalosa en la que figuraban en principal desempeño una judía de Tetuán, el entonces teniente Pedro Navarro y un sargento de cazadores de Ciudad Rodrigo, que parece ser fué el tercero en discordia con el teniente y en concordia con la hermosa tetuaní. Ello parece que se desenlazó de un modo lamentable con razones contundentes que alcanzaron á ambas razas y que motivaron el ingreso en el hospital de un gallardo sargento de cazadores con extraños mallugamientos, producidos por una caíya según su declaración.

Al regresar á Sevilla desde Tarragona, á donde fuera destinado con su regimiento, observó la familia del teniente un cambio radical en sus costumbres y un humor de continuo detestable lo cual también era cambio, porque antes tenía intermitencias. Pedro Navarro odiaba al bello sexo del que antes fuera acendrado devoto.

Creyóse que el enojo pasaría como tormentazo de verano, pero sucediéronse los años y Pedro Navarro vivió soltero, con gran disgusto de sus deudos. Merece consignarse, por si de algo sirve para depurar los hechos, que no podía nombrarse delante de él ni la población marroquí de Tetuán ni la raza israelita.

Al poco pidió el pase á carabineros. Escandalizáronse sus parientes, que querían verlo en instituto cuya escala fuese más movida; dióse á todos los diablos el teniente, armó un escándalo tremendo en casa de Antonio Serrano, que era primo suyo, manifestó que de verse su determinación con malos ojos pedía ir á Ultramar y no le verían más sobre la tierra, ni con malos ni con buenos; no se le volvió á hablar del asunto por temor á que cumpliera lo ofrecido y se salió con la suya y en el cuello de su levita lucieron desde entonces las complicadas iniciales que remata la corona real, insignias distintivas del cuerpo de carabineros.

Llegó la revolución, negóse como hombre leal que era, á abrazar la causa nueva y no se contentó con eso, sino que á un antiguo compañero de regimiento que había dado el grito le arrimó de guantadas públicamente, yendo ambos de uniforme, y tuvo que huir á Gibraltar para evitar el fallo de la ley: apareció el 74 con los carlistas en Navarra y allí tambien debió hacer alguna por el estilo porque escapó de Estella á uña de caballo y perseguido por una sentencia de muerte; emigró á Francia y allí vivió algunos años.

Cuando, poco tiempo despues de la restauración, el joven monarca D. Alfonso XII fué á Sevilla, uno de sus mayordomos de semana, pariente en grado cercano de Pedro Navarro, intercedió por él pidiendo que volviera al servicio. Quiso el Rey conocer la historia y hubo

de caerle en gracia el emigrado, que ya lo era por su gusto, é insistiendo con el ministro de la Guerra consiguió que se echase tierra al pasado invocando decretos y amnistías recientes y que Pedro Navarro volviese al servicio. Ya naturalmente le cogió viejo y como se le colocó en lo último del escalafón ascendió á capitán cuando los años nevaban su cabeza, cosa que á él le tenía sin cuidado porque estando emigrado en París se dedicó á comisionista de vinos jerezanos y ganó cuanto quiso; estaba siempre de reemplazo, vivía en San Juan de Aznalfarache en una casita preciosa rodeada de naranjos y limoneros junto al río que se hizo edificar siguiendo los planos de una que vivió en Auteuil y de la que conservaba entusiasta misterioso recuerdo; traía de cabeza á los guardias civiles del puesto; le quería todo el mundo en Sevilla y él se daba á querer con su carácter noblejón y rudo, brusco y seco, pero sincero y leal en sus afectos, de alteza de miras y de serviciales solicitudes.

Por Abril del año que Salvador estaba en Madrid le tocaron diez mil reales á la lotería y fué á Sevilla en busca de nuevo repuesto de ginebra de la cual hacía un gran consumo diciendo que era mano de santo contra el reuma y las humedades y por lo que de ella trasegaba parecía como si viviera en medio de un pantano.

Ocurriósele visitar á sus parientes los Serranos y supo por la madre de Salvador que este

se hallaba muy embebecido en los Madriles, que escribía poco y que la vida de la Corte exigía de su hijo muchos más gastos que la de Sevilla; el capitán contestó con sordos gruñidos á las frases de su parienta y regresó á San Juan de Aznalfarache.

Allí preparó sus efectos é hizo sus maletas murmurando que en Madrid algo ocurría y que las mujeres andarían en el cambio aquel de Salvador; regresó á Sevilla, fué á la Capitanía General, pidió sus pasaportes y sin decir palabra á bicho viviente se encajó en la Corte y en la fonda, dispuesto á arrancar á su pariente de las ignoradas aunque femeniles garras en que le creía sujeto.

Algo le extrañó aquella ausencia de Salvador á quien él apellidaba Plutarquillo por su saber aunque no andaba muy seguro de quien fuera aquel Plutarco primitivo y le hizo entrar más en escama el que Fernando Giráldez dijera que había andado con el de excursión honesta. Acostóse tarde aquella noche, despidió á Giráldez que se iba al baile de la embajada inglesa y determinó sacar á la primera ocasión la conversación sobre la vida de Salvador y convencer á este de que en San Juan de Aznalfarache entre sus libros, sus olivares y su bote estaba mejor que en parte alguna.

Al día siguiente era domingo y día de toros; Serrano y Giráldez llevaron al capitán al apartado; almorzaron luego los tres en el Casino que entonces acababa de trasladarse al elegan-

tísimo edificio de la Equitativa, edificio y Casino que admiraron á Pedro Navarro, que vió desde uno de los balcones el espectáculo pletórico de luz y de colores, la brillante escala cromática que presenta la calle de Alcalá un día de sol de primavera, media hora antes de la corrida.

Cruzaban simones, carruajes de lujo, carricoches con restrallar de látigos y tintinear sonoro de alegres cascabeles; la mole de los ómnibus de dos pisos destacaba sobre el fondo de la calle entre haces de polvo luminoso, con sus *aficionados* en la imperial, llevando el compás de la marcha con los bastones y saludando á las mujeres de los coches con estruendoso entusiasta vocerío. A la puerta de Fornos, el Diván, el Inglés y el Suizo, compactos grupos de aficionados con sus sombreros cordobeses, entonces en su apogeo, asaltaban vehículoseamente de la plaza y el sol alegre de España derramaba sus luces de oro sobre el caos de colores y de estruendo con que *la afición* marchaba á la corrida.

Por la calle de la Cruz desembocó en la de Sevilla un ginete con ancho y gallardo castoreño adornado con borla roja, chaquetilla brillante con profusos caireles de plata, *calzona*, deanteamarillo desabotonada en la rodilla, recios borceguíes con tajante espuela en el izquierdo, cabalgando en escuálido jamelgo con montura y estribos vaqueros. La figura del picador resaltó gallarda, derrochando donaire

andaluz en la calle que cruzó al paso, poseído de su papel, satisfecho de su apostura irradiando confianza en sí propio aquella cara trigüeña y juvenil, entornados los ojos briosos y varoniles.

Al pasar bajo el balcón del Casino lo llamó Giráldez.

—Joaquín!

El torero detuvo el caballo, miró arriba y reconociendo á los que le llamaban soltó el barbuquejo del sombrero y levantó este con ademán respetuoso.

—Si vés á Juan José Pereira en el patio dile que nos espere allí, que vamos con D. Pedro Navarro.

El picador inclinó la cabeza en señal de asentimiento; Giráldez le echó un cigarro que cayó al suelo; un chiquillo que miraba la escena con esa admiración muda que el pueblo tributa á los héroes del redondel que de él proceden, lo recogió y lo entregó al jinete.

Artagnan entregando á Luis XIV los planos de Belle-Isle no sintió más complacencia que el *golfo* madrileño alargando el puro al picador de toros.

Este lo encendió lentamente con indolencia moruna, saludó al balcón, rozó la espuela y el atleta siguió camino del circo entre el gentío chisporroteando al sol los alamares de plata de la chaquetilla.

Juan José Pereira aguardó á sus amigos á la entrada del patio de caballos con Luis Villa-

vieja, que había vuelto ya de Niza. Giráldez hizo la presentación del capitán á Pereira que le conocía de oídas, porque á su padre no se le caían de la boca los hechos de su pariente, que pariente suyo y de medio mundo era Pedro Navarro, y lo convidó á comer aquella noche en la seguridad de proporcionar en su casa una alegría; Giráldez, Villavieja y Salvador estaban invitados de antemano.

Cuando después de la corrida Salvador se vestía para ir casa de Pereira, estaba intranquilo. Aurelia comía allí aquella noche y no agradaba mucho á su amante que se hallasen juntos el capitán y ella, quizá por ese afecto inexplicable del corazón humano que á veces gusta poco de unir el pasado con el presente: Navarro no permitió quitarse el uniforme y allá se fueron.

Soledad, Blanca y su madre se escandalizaron al oír los gritos conque el capitán saludó al banquero llamándolo contrabandista, sacamantecas y otras flores por el estilo; el general Montoro, que estaba presente, hizo para sus adentros la comparación entre un militar de salón elegante y gallardo y un soldadote que se pasa la vida en campaña; á la mayoría de los asistentes les extrañó el tipo del viejo carabinero que acabó por ser el héroe de la fiesta.

Aurelia aún no había venido y eso inquietaba á Salvador, que no se tranquilizó hasta que la vió entrar; venía con aquel mismo traje de seda malva con que él la había visto la prime-

ra noche casa de Pereira, sin una alhaja, sin un adorno, exuberante de hermosura; entró en el salón buscándolo con la mirada, al parecer indiferente, y que fijó en él como á la distraída con la expresión acariciadoramente lánguida que sabía dar á sus ojos grises; saludó al paso á Giráldez, que habló con ella sin que de una ni otra parte se conociera el encuentro del día anterior; detúvose á hablar con Villavieja á quien pidió noticias de Niza y cuando D. Juan Pereira le presentó al capitán, volvióse hacia éste con aquel gesto interrogador, franco y simpático que tenía en la mirada.

—Aurelia—dijo el banquero con la mano puesta en el hombro redondo de la de Mac-arthy,—te presento á mi pariente Pedro Navarro, sevillano, persona muy dificultosa en materia de mujeres.

El capitán, sin apartar los ojos de los de Aurelia, se inclinó.

En el comedor tuvo el sitio de honor entre la señora de la casa y Aurelia Mac-arthy.

La comida trascurrió sin nada que lamentar, al contrario de los temores de Blanca y Soledad Pereira, cuyas miradas intranquilas y extrañadas no se separaron del carabinero; un poco más de cognac que lo corriente que bebió con el café y nada más; terminada la comida, Aurelia pasó al salón del brazo del capitán, que le empezó á decir chirigotas, algunas de realce tan subido que la de Mac-arthy encendió sus mejillas y mordiéndose los labios para conte-

ner la risa, entró en el gabinete que precedía al salón japonés y se sentó junto á la chimenea; enseguida se le unió el general Montoro que seguía interpérrito su asedio; Salvador aprovechó la circunstancia y acercándose evitó que el general molestase más á Aurelia presentándole á Pedro Navarro como antiguo militar; dió resultado el ardid y Navarro comenzó á hablar con Montoro de las cosas del servicio; el general miraba con desdén el uniforme del veterano, en el que su modestia no hacía lucir los laureles de la cruz de San Fernando.

—Mi general, es posible que yo haya servido bajo sus órdenes—comenzó el capitán chupando su cigarro y mirando entre el humo con cierto desdencillo compasivo el continente elegante de Montoro.

—No recuerdo—decía éste sonriendo.

—Vamos á ver, mi general, yo salí alférez tres días antes de la del 54.

—Entonces tenía once años.

—¿Sabe V. que está V. viejo, mi general?

Hizo éste un movimiento como si le hubiera picado una avispa.

—La vida política gasta mucho—replicó en tono que era triste y que significaba que la patria obliga á grandes sacrificios.

—Estaría V. en el Norte.

—No—dijo Montoro atusándose el bigote, cuyas engomadas guías volvían hacia arriba con aire marcial;—del 72 al 78 estuve en Italia y en Grecia, en la embajada.

—En Cuba tampoco!—dijo Pedro Navarro admirado.

—Tampoco.

Y el capitán, dejando ir su voz, que reproducía de cuerpo entero su pensamiento, exclamó ingenuamente:

—Pero, mi general, V. no ha estado en ninguna parte!

Montoro se levantó indignado de aquella grosería y dejando solo al capitán se fué á otro grupo: entonces Aurelia llamó á Pedro Navarro y comenzó á charlar con él muy animada, mientras Salvador en el centro del gabinete hablaba en voz baja con un grupo de hombres; pronto corrió la noticia de lo que se tramaba y Giráldez y Villavieja fueron los heraldos que pregonaron lo proyectado.

Sa trataba de un rasgo de beneficencia, de una obra de caridad á la moderna.

Era sencillamente una becerrada que darían en la plaza de Madrid muchachos de la buena sociedad sevillana para aliviar los destrozos pecuniarios que una inundación del Guadalquivir había producido en la provincia; la idea, que partió de Luis Villavieja, fué acogida con júbilo por ganaderos, diestros y aficionados; los criadores de reses bravas sevillanas ofrecieron el ganado, la *crème* de la afición de Sevilla se comprometió á lidiarlo y el Malanito, el torero sin par que vieron los siglos, dirigiría la becerrada, que no sería vulgar ni mucho menos; en ella se lidiarían novillos crecinitos, los

lidiadores sacarían ropa de luces, como se dice en el *argot* taurino, y la concurrencia, que había motivo para suponer sería escogidísima toda vez que una augusta persona patrocinaba la fiesta, daría su óbolo en señal de simpatía hacia la tierra clásica del toreo; la Empresa de la plaza la cedía graciosamente, todo el mundo trabajaba gratis, sevillanos ricos pagaban gastos indispensables y el Gobernador civil proporcionaría medios por los cuales la becerrada se verificara sin el menor contratiempo; los espadas serían Luis Villavieja y Juan José Pereira, que era el único no sevillano que tenía un puesto en la cuadrilla.

Giráldez y Villavieja repartieron entre la reunión unos hermosos programas estampados en seda de vivos colores con los pormenores de la fiesta. La noticia se recibió con alegría, algo protestaron las Pereiras en temor á que Juan José saliese descalabrado del lance, pero como era reconocida su habilidad para el caso, callaron y aún se dieron por satisfechas al presentir el brillante papel que su hermano haría en la becerrada; ésta sería dentro de breves días, á puerta cerrada por supuesto, y la concurrencia se compondría toda de gente conocida que quisiese dar una prueba de afecto hacia los sevillanos viéndolos lucir sus habilidades y contribuyendo con su donativo á enjugar lágrimas de desgraciados.

El capitán Navarro fué el único cuya opinión estaba disonante, como así lo dijo añadiendo

que una diversión así tenía más de jolgorio que de obra de caridad, pero Villavieja, Giráldez y Aurelia misma protestaron en favor del arte nacional y ya no se habló de otra cosa en la noche. Juan José, en su elemento, se pavoneaba satisfecho y prometía con sus actitudes y sus miradas hacerse digno de la excepción hecha en su favor por sus amigos. Explicó cómo eran los becerros, que estaban ya en la Muñoza y al oírle creyérase que cada uno de ellos tenía por pitones dos postes del telégrafo cuando menos y que ni el Cid era hombre para acometer la hazaña que él se gloriaba en emprender. Villavieja, acostumbrado á tales cosas, hablaba de ellas naturalmente, sin concederles importancia; era sevillano *pur sang*, educado en Inglaterra por añadidura, y sabía vestirse con igual distinción su uniforme de maestrante que ceñir un traje corto y dar dos volapiés cuando llegaba el caso. Y á fe que nadie creyera que bajo aquella apariencia delicada y aquellos modales correctísimos se escondiese uno de los más pujantes garrochistas y uno de los más inteligentes toreros de afición que nacieran en Sevilla; esa era la diferencia que existía entre Juan José y él; en Villavieja aquello era inherente á su persona, lo hacía por gusto suyo; en el hijo de Pereira eran deseos de seguir una corriente admirando á los demás con las condiciones que de esa corriente emanaban.

Aurelia seguía su charla con el capitán Navarro, mirando de cuando en cuando á Salva-

dor que comprendió que de él se trataba y comenzó á temer que Pedro Navarro, que tenía buena vista, no viniese en cuenta de lo que ocurría entre él y la de Mac-arthy; en ésta hicieron impresión profunda los datos que su interlocutor le suministraba; el capitán era entusiasta de Salvador y derrochó en su honor cuantas frases lisonjeras pueden formarse con nuestro vocabulario: aquella vida retirada de San Juan de Aznalfarache, aquel talento firme y bien organizado, sus cualidades de hombre, de hijo y de amigo.

—En fin—decía Pedro Navarro con su franqueza habitual—solo tiene un flaco, que son sus relaciones con una preciosidad de Sevilla que se llama Carmencita Llanos; fuera de eso, aseguro á Vd. que no tiene pero; el único es ese; las mujeres, señora, con honrosas excepciones por supuesto, solo sirven para matar los bríos de un talento que empieza como el de Serrano; si son amoríos, malo; si son caprichos, mucho peor, señora, mucho peor. Salvador y esa niña se enamoraron desde chicos, se quieren con delirio, la ausencia no aminora su cariño, se casarán pronto, santo y bueno, señora, ¿pero Vd. cree que ese pensamiento constante en aquella pintura no ha quitado á Salvador algunos triunfos y no le ha proporcionado malos ratos? claro que sí y eso que él conoce el bello sexo (pido perdón á V., señora; estoy haciendo su retrato y no puedo suprimir nada) él dice «las mujeres son un juguete agradable; ex-

cepto una que es el fin que el hombre persigue, las demás me recuerdan siempre la imagen resobada de la colilla de cigarro que se tira,» hoy mismo me lo decía; vé V? aun hoy mismo la imagen de Carmencita Llanos lo obsesionaba.

—Decía eso hoy?—preguntó Aurelia sonriéndose y dándose aire lentamente con el abanico.

La mirada de la de Mac-arthy entró hasta lo más recóndito del alma del capitán, fascinadora, atractiva, brillante como siempre; Pedro Navarro tomó confianza con aquello, creyó ver en Aurelia una mujer superior moralmente á las demás y abriendo á doble batiente las puertas de su franqueza, le comunicó entero su juicio y su pensamiento sobre el bello sexo no sin pedirle mil perdones y haciendo mil salvedades.

—La mujer, señora, es como el tabaco; lo hay de dos clases: el del estanco y el de contrabando; respecto á calidad son iguales, ambos muy malos, señora, y cada día más, pero el del estanco se guarda en él y lo tiene seguro el comprador; el otro tiene peligros, viene de lejos, escasea á veces y se le busca más. Igual sucede con las mujeres, señora, los hombres deben estancar una que le convenga y que lo merezca; y cuando esté guardada, si el hombre quiere correr tierra, contrabandea un poco y luego vuelve al estanco sumiso y encontrando mejor lo existente allí que lo que anda desperdigado. Y sabe Vd. por qué, señora? ambos gé-

neros son malos, pero uno es producto del delito y una vez comprado se olvida quién lo vendió, si se encuentran en él máculas y alifafes no hay á quien quejarse; el otro se abre en la tienda, si tiene mácula se devuelve antes de llevárselo para siempre y por eso, señora, aunque los hombres contrabandeen, vuelven siempre á lo legal; hay un procedimiento aún mejor, que es no fumar ni uno ni otro, pero eso lo hacen pocos, y para eso se necesita estar ya entregado, haber encontrado muchas máculas y alifafes en ambos géneros.

—Y Serrano pensará lo mismo?

—Ah!—dijo el capitán dando la última mano á la obra—Salvador es distinto de los demás, es frío, señora, frío como la nieve, calculador y sabe lo que le conviene. Si contrabandease algún día, sería para estudiar sus inconvenientes y apreciar más lo estancado; lo tengo por seguro; él no tiene secreto para mí y lo conozco bien.

Aurelia miró hacia donde estaba Serrano y le vió hablando con la de Palomares y con Villavieja, animado, contento; en los movimientos de la conversación su mirada chocó con la de su amante, los ojos grises de ella le hicieron daño, se fijaron en él un momento intensos, interrogadores, con expresión casi de rencor, después se volvieron risueños al capitán y siguió con él la conversación. Durante ella observó Salvador que la mirada de su amante se posaba en él con expresión distinta de la de otras

veces; era una mirada rápida, investigadora, recelosa que él nunca le había conocido; cuando Pedro Navarro se fué hablando con Giráldez, se acercó á ella.

—¿Qué te pasa esta noche? le preguntó con interés bajando la voz y apoyando el brazo en el respaldo del sillón que ella ocupaba.

—A mí?—dijo Aurelia sin mirarlo—nada.

—Estás rara—afirmó Salvador, cuyo acento era cariñoso como siempre.

—No estoy bien, voy á irme—dijo ella levantándose.

A las instancias de todos contestó que un dolorcillo de cabeza penoso la había molestado durante el día y se recrudecía ahora, que se iba á dormir, que no sería nada; despidióse, dejó abandonada la mano entre la de Salvador sin estrecharla fuertemente, como tenía por costumbre, y salió.

Mientras rodaba la berlina en dirección á su casa permaneció como derribada en el asiento, pensativa, con malestar en el cuerpo y ganas de llorar que aumentaban á medida que se iba acercando; cuando se encontró en su alcoba, desechó los oficios de su doncella, cerró las puertas con pasador y se miró á la luna viselada del espejo de cuerpo entero que tenía á los piés de la cama; su rostro bello y atractivo se contraía nerviosamente, los párpados encendidos cobijaban ríos de lágrimas que comenzaron á salir lentas, brillantes, cayendo sobre los encajes de su vestido y en la garganta sentía

una angustia opresora que aumentaba por instantes. Entonces se apoyó sobre el respaldo del tocador y las lágrimas corrieron rápidamente como en seguimiento unas de otras y mancharon por completo el delicado tono malva de la parte superior de su vestido; las manos apretadas hacían que las uñas sonrosadas y cortadas en pico entrasen en la carne dejando hondas huellas y el seno alzabase y deprimíase palpitante como si llevara el compás de los sollozos. Así pasó un rato sin que en su imaginación surgiese otra idea que la de que Salvador la engañaba, que aquel amor que en él había encontrado era fingido, que solo le tenía la misma pasión carnal que invadió al capitán de húsares, al conde de X..., á Pancelotti y á algún otro más cuyo reinado efímero apenas dejó recuerdo en el corazón de la de Mac-arthy y ante aquella idea su ternura de mujer llevó rudísimo golpe, pero mucho mayor fué el sufrido por su amor propio al considerarse engañada. Cuando desahogó su ira en llanto, más tranquila púsose á pensar con mayor detenimiento en lo que motivaba aquellas lágrimas que más de algunos hubieran enjugado, no como nacarinas perlas que dijera un poeta cursi, sino como llanto adorable de una mujer hermosa, y lo vió bien claro, partiendo de una base falsa, vió la traición manifiesta y la misma pasión que sentía por Serrano le hizo cegarse y oyó la razón, pero no la razón fría y serena que acumula el pró y el contra de los datos depurando su

valor verdadero, sino la razón que deduce de detalles de carácter ambiguo, hechos graves que dá como positivos sin preocuparse de su origen y sin tratar de contrarrestarlos.

—Ese animalucho del capitán me lo ha dicho y le ví la intención; Salvador no tiene secretos para él; le ha contado sus amores sin decirle la persona; no, la persona no le habrá dicho, le quiero hacer ese favor; al capitán le caí yo en gracia y mientras hablaba de San Juan Bautista quiso hacer realzar sus méritos y lo ha vencido miserablemente.

Ahora comprendo las cavilaciones que acometen á Salvador algunas veces, esté donde esté, prepara sus papeles, quiere representar bien la comedia y la representa en regla, ya lo creo; en aquel lío del tabaco que armó el capitán, dijo «si alguna vez Salvador contrabandea, será que estudia el género para conocerlo todo»; añadió que las relaciones con Carmencita Llanos no habían terminado, que estaba seguro: que habló con ella de Salvador al salir de Sevilla. Luego ese niño me estudia á mí como un libro; sigue sus amores, se divierte, encuentra lo que no era capaz ni de soñar y me trata como á una cualquiera... Pero yo le diré mañana que si Aurelia Mac-arthy se equivoca alguna vez y toma por corazón lo que solo es vicio, no perdona una jugarreta nunca y lo mandaré con su ninfa inocente y candorosa después de pagarle los gastos que para mi estudio haya hecho.

Y Aurelia, arrojándose sobre aquella *chaise longue* de *peluche* azul *foncé*, testigo mudo de los comienzos de su pasión con Serrano, permaneció con la cabeza hundida entre los brazos, llena el alma de ira y destacándose su cuerpo esbelto y arrogante que palpitaba como en anteriores ocasiones, pero no ahora por las alegrías del amor satisfecho, sino por las lágrimas de la decepción que ahoga.

La bujía rosa que iluminaba la alcoba brilló con claridad vivísima y se extinguió; Aurelia permaneció impasible en la oscuridad, echada de bruces sobre la *chaise longue* meditando la manera de vengarse.

Y cada vez veía más claros los indicios de la traición; el encuentro de Giráldez en Aranjuez lo manifestaba; qué temor aquel de Salvador tan extraño; ¡claro!, Giráldez era sevillano, podría contar allí que lo había visto con ella, y la niña querida, el tabaco del estanco, como decía el capitán, se enfadaría, pediría cuentas, quizá rompiese aquellas relaciones comenzadas en la niñez y que iban á durar una vida según el paso que llevaban. Las meditaciones aquellas la preocupaban también y también vió en ellas señales del delito; el carácter de Salvador se le presentó aborrecible y hasta llegó á preguntarse cómo pudo quererle.

—Qué bien miente!—decía Aurelia para sí con las manos cruzadas bajo la frente—qué bien engaña. Y sus palabras y sus hechos parecían verdad, y aquello parecía pasión y sí lo era,

pero pasión repugnante, no lo que yo creía; se admiró al verme como se han admirado tantos y cuando correspondí sus afectos se volvió loco, es natural: cuándo iba á soñar ese niño estudioso y ejemplar una mujer como yo!

Súbitamente un rayo de luz iluminó su espíritu, llegó la idea nueva, y al verla sufrió una transformación su pensamiento.

—Y si el animal ese del capitán fuera un enviado de su familia para que rompiésemos y si lo que yo creo brutalidad é inexperiencia de mundo en ese soldadote, fuera gramática parada? Quién juega aquí la comedia? Salvador al hablarme, al adorarme, al hacerme conocer con su pureza de ideas nuevas sensaciones ó Pedro Navarro al decir aquella sarta de sandeces del estanco y del contrabando?

Como la idea le agradaba porque su cariño á Salvador era profundo, insistió sobre ella y buscó mil soluciones al conflicto, pero de todas salía un dilema, en todas una duda oprimía su corazón y la imagen de Serrano antes grabada en él franca y sinceramente se hallaba ahora envuelta en una nube, había algo que ella no podía descifrar, que la torturaba.

—Yo lo descifraré—dijo irguiéndose en la oscuridad al sentir la evolución de la idea—le voy á dar celos, voy á estar desdenosa, voy á hacer como si mi cariño fuera de otro ya, á ver cómo se presenta; ó me quiere y entonces al convenirme seré suya para siempre y nos reiremos juntos del capitán, ó me olvida, cacarea nues-

tras relaciones, queda indiferente y entonces veré lo que hago, le enseñaré quién soy vengándome como le he enseñado quién soy queriendo. Un hombre me hace falta, un hombre que no sea peligroso, que no sea un hombre simpático y noble con quien sería una villanía jugar: el mismo capitán? bah! se conocería la jugada: ¿Montoro? nos hemos reído de él muchas veces juntos y no lo creería; ¿Giráldez, Villavieja? los estimo mucho para jugar con ellos de esa manera, ¿quién, Dios mío, quién?

En aquel momento, un rayo de luz del nuevo día entró tímido y nebuloso por las entreabiertas maderas de la ventana y fué á dar en el sillón de *peluche* azul bordado en oro que había á la cabecera de la cama; uno de los florones del bordado recordó á Aurelia por una serie de ideas correlativas y extravagantes las chaquetillas brillantes de los toreros; el rayo de luz decidió la cuestión, como iba á decidir el porvenir.

—Ya lo tengo—dijo Aurelia—el gazzápiro ese de Juan José que tantas veces me ha asediado con sus groserías de taberna y sus requiebros de colmado. La becerrada es la gran ocasión; estará valiente y dicen que á los valientes quieren las mujeres.

Y, satisfecha del giro que dió á la cuestión, abrió las hojas de la ventana; la luz del amanecer cenicienta y triste dió en su cara trastornada y en su vestido arrugado y mojado por el pecho: desnudóse rápidamente, amontonó la ro-

pa sobre la *chaise longue*; descalza ya cerró la ventana y á tientas se metió en el lecho donde al poco quedó dormida.

La incógnita primera la había descifrado pero para ello entraba en un peligro; dentro de ese peligro se le aparecía la segunda incógnita, principal, decisiva. ¿Llegaría á la cumbre de sus deseos al convencerse de la pasión de Salvador ó vería triunfante la diplomacia del carabinero?

Si Carmencita Llanos la hubiese visto con su hermosa cabeza febrilmente sudorosa sobre la batista de la almohada, pintada en la expresión del semblante la duda que torturaba su espíritu, si hubiese visto conmoverse de escalofríos aquel cuerpo que la ropa de la cama dibujaba en pliegues y dobleces formados por la configuración de la persona; si hubiera conocido las amarguras por que pasaba la que borró su imagen del corazón de Salvador Serrano, hubiera creído que su venganza comenzaba, tardía sí, inútil tal vez, pero comenzaba al fin.



El capitán Pedro Navarro se levantó aquella mañana con un humor de trescientos mil demonios sin que á ciencia cierta pudiera él mismo decir la causa que lo motivaba; ello fué que chilló y rajó un rato porque el camarero tardó en acudir al furioso golpe de timbre con que fué llamado, púsose luego hecho una fiera al saber que eran las once y acabó de llegar al punto de caramelo cuando vió que le traían agua templada para lavarse. El camarero tomó la determinación de dejarlo solo y con ella pareció apaciguarse algo el capitán, que acabó por vestirse en un santiamén, encender una tagarina de lo peor é irse al cuarto de Salvador frontero al suyo.

Y aquí fué Troya. Salvador no estaba; el lecho revuelto aún, el lavabo salpicado de agua, dos cepillos tirados sobre la mesa indicaban que Plutarquillo se había vestido y arreglado; su ausencia era la prueba más explícita de que

había salido; el capitán pateó en el suelo y en esta actitud vió la cara asombrada del camarero que entraba y que no esperando hallar allí al carabinero, se echó á temblar al verlo en aquel estado.

—¿Tengo un fandango de monos en la cara ó qué miras, re-cebolleta?—gritó Pedro Navarro dispuesto á pegarla con alguien.

El camarero optó por no contestar y por afirmarse en la idea de que al capitán le faltaba un tornillo y de los principales.

—Y D. Salvador?—preguntó Navarro, fijos los ojos en su interlocutor con igual expresión que si éste fuera á confesar que lo había asesinado.

—Salió temprano, señor.

—Y por qué no me lo avisaste?—gritó el capitán pateando de nuevo.

El mozo se dijo para sí que no porque D. Salvador saliese ó dejara de salir, sino por todo el oro de California despertaba él al capitán cuando durmiera.

Pedro Navarro salió enfurecido, pegó un portazo al entrar en su cuarto y allá se estuvo hasta que vino Salvador sin permitir que se lo arreglaran y paladeando ginebra.

Salvador había salido temprano, atravesó la Puerta del Sol, tomó un tranvía de los de *Chamberí por Fuencarral* y en él llegó casi hasta lo último de la calle; entró en una casita de construcción moderna muy pequeña, muy encarnadita de fachada, muy estrecha de huecos,

baja de techos y entarimada de portal y llamó al piso entresuelo que encontró á mano izquierda según subía; le abrió una mujer de edad madura, limpia, peinada, con trazas de doncella de casa grande, que se le quedó mirando con extrañeza.

—La señora no ha venido—dijo respetuosamente.

—Bueno—contestó Salvador entrando adelante—ya vendrá.

El gabinete, arreglado con elegante profusión y refinada coquetería, parecía lo que era, un nido de amor; el piso hallábase cubierto por espeso tapiz moruno de vivos colores, las paredes llenas de grabados galantes encerrados en marcos de negra y mate madera, la *chaise longue*, los sillones de cuero retrepados de espalda, blandos de asiento y anchotes de brazos, las tupidas cortinas que cerraban ambos balcones dejando el cuarto á media luz, el espejo con marco de roble tallado que campeaba encima de la chimenea, todos los detalles, todos los perfiles, tenían en sí ese sello que pone el cuidado prolijo de un amante y en su distribución notábase el deseo de que pareciesen agradables á la mujer para quien se habían traído.

Salvador tiró el sombrero en uno de los sillones y se tumbó en la *chaise longue*, con una pierna doblada sobre la otra y siguiendo con el oído el constante marchar del reloj de pared, cuyo péndulo, encerrado en un tubo de cristal, acompasaba el tiempo al medirlo haciéndolo

monótono, triste; horriblemente lento é interminable. Estaba con cuidado, la noche anterior Aurelia se había retirado contrariada de casa de Pereira, decía que estaba mala y, aunque él no lo creía, hallábase inquieto hasta conocer qué pasaba á la de Mac-arthy, el péndulo seguía su tic-tac y la campana, cuyo ruido amortiguaba la envoltura de cristal que la cubría, dió las once: aquellas once campanadas, tan bien distribuidas en intervalos iguales, parecían decir á Salvador «nó, nó, nó» y algo de eso debió de ver en ellas porque llamó al timbre eléctrico de metal blanco, colocado encima de un veladoreito de peluche oro viejo exactamente igual al que tenía Aurelia en su gabinete de la calle de la Greda.

Aquella mujer que parecía doncella de casa grande, entró.

—¿Vino ayer la señora?—preguntó Salvador.

—No, señor.

—¿Ni mandó carta ninguna?

—No, señor.

—Es extraño; bueno, nada más, Eudoxia.

Transcurrió otra media hora en la cual él seguía con el oído siempre atento los inconexos rumores que se percibían en la escalera; la campana del reloj dejó oír su arrastre preliminar y después dió la media.

Salvador no pudo más y tocó el timbre. Eudoxia entró con cara complaciente como siempre.

—Dígame Vd., Eudoxia—preguntó Serrano—Vd. podría ir á casa de la señora, no extrañaría á nadie que preguntase por ella, que la viese si era posible?

—No, señorito; como he sido muchos años doncella de la señora y ella fué la madrina de mi boda y me dá ropa suya de cuando en cuando, voy á verla algunas veces y entro en su cuarto sin que los criados sospechen nada. Si el señorito quiere, en un momento me echo el manto y...

—Sí, sí, vaya Vd.—dijo Salvador impaciente—toma Vd. un coche para ir, otro para volver, vé Vd. si le ha ocurrido algo y aquí enseguida.

Sacó un duro, se lo dió; al poco oyóse el portazo de Eudoxia que salía; como estaba agradecida á Aurelia porque la sacó de la miseria, la hizo doncella suya, la casó con un portero de una de sus casas, guardia de orden público que murió al poco de una pulmonía, y una vez viuda la amparó siempre, pasaba con gusto, sostenida por buenosdineros que de ello sacaba, con servir á la señora de encubridora en sus asuntos de amor: el piso estaba tomado á su nombre, ella lo limpiaba, lo arreglaba y pasaba su vida en aquello y en hacer novenas en la iglesia inmediata de Chamberí porque opinaba que no quita lo cortés á lo valiente y el ser indulgente con las debilidades femeninas para llevar á punta de lanza sus deberes para con Dios, con un Dios que se formó á su antojo den-

tro de su cerebro y que debía de ser muy fácil de contentar.

Mientras volvía la viuda del del orden, Salvador paseábase dentro del gabinete; contaba los minutos, cada vez que oía un coche asomábase á los cristales, el coche venía en dirección contraria ó pasaba de largo; la campana del reloj dió las doce; más impaciencia en la espera, más agitado el paseo, más febril el pulso; la media; Salvador salió al pasillo y paseóse desde la cocina á la entrada del gabinete fumando un cigarrillo que encendió prometiéndose que antes de acabarlo vendría Eudoxia y el cigarro se acabó sin que la antigua doncella llegase. Salvador, nerviosísimo ya, se sentó en la *chaise longue*, se levantó enseguida, recorrió la casa, encontró en un cuarto interior un novelón inmenso con láminas chillonas en las que moros y cristianos vertían ríos de sangre carmesí, quiso empezar á leer, lo dejó enseguida y en el momento en que daba la una se paró un coche á la puerta. Eudoxia no tuvo que llamar para entrar; él abrió en cuanto ella, quitándose los alfileres del manto, doblaba el descansillo de la escalera. Cerró vivamente.

—¿Qué ocurre? le preguntó.

—Nada, señorito, la señora me ha dicho que se ha levantado muy cansada y que no tenía ganas de salir.

—¿Cómo? —interrogó Salvador con igual acento que si hubiera oído hablar á algún personaje de los grabados fronteros.

—Que se ha levantado muy cansada y que no tenía ganas de salir;—repitió Eudoxia—tranquílcese el señorito, cuando yo llegué estaba almorzando y me dijo eso y que hoy como lunes esperaba que fuese el señorito á su casa.

Salvador Serrano bajó lentamente la escalera; era la primera vez que Aurelia faltaba á una cita y la excusa dada no le satisfacía; por lo menos dos líneas podía haberle escrito, una carta corta, como algunas que él guardaba, sin firma ni encabezamiento, con muy pocos renglones en los que rebosaba una inmensidad de cariño; aquel recado verbal le disgustó extrañándole á un tiempo mismo; la actitud rara de la noche anterior continuaba. Salvador buscaba en sus recuerdos explicación á ella, la causa que pudiera motivarla; el día de Aranjuez no pudo ser más feliz de lo que fué, era el último que se habían visto; si ella tenía resentimientos con él, era el primero que tenía; pensó hasta ir á su casa para hallar en sus palabras la explicación que no podía darse, pero desistió de la idea al comprender lo arriesgado del paso á hora que no era propia de visita; había que esperar, no había remedio y el mar proceloso de las conjeturas que en su pecho se agitaban, crecía en oleaje que cada vez era más bravío, más intenso, más avasallador de todo otro sentimiento que no fuera el del amor profundo con que reinaba en él Aurelia Mac-arthy.

En el fondo de aquellas conjeturas había un hecho real. La conversación larga que Aurelia

había sostenido la noche antes con el capitán Navarro y la mirada, rápida, fría é intensa como brillar de acero, que durante ella le había dirigido. Bien sabía él que Pedro Navarro era suelto de lengua, rudo de expresión hasta llegar á la crudeza en muchos casos; lo estimaba á él mucho, le profesaba una admiración honda que no se cuidaba de ocultar y podía el vi carabinero en sus ojos, pero nada de lo que pudiera perjudicarle á los ojos de su amante, hablar de Sevilla, de Carmencita Llanos.

De Carmencita Llanos! Al evocar en su imaginación aquella figura querida del pasado, Salvador sintió agarrársele al corazón el remordimiento que siempre despertaban en su alma los negros ojazos de la niña sevillana cuando, reprochadores y sombríos, aparecían en sus recuerdos. Siempre los alejaba él anteponiéndoles los de su amante grises, húmedos, entornados, llenos de voluptuosidad ardiente y al bañarse en ellos, satisfechos sus anhelos de hombre y sus ternuras de amante, olvidaba aquellos ojos recriminadores é indignados, hermosos en su enojo con toda la hermosura de la pureza lastimada que protesta; pero aquella mañana no podía; antes se le presentaban los ojos de su amante trayéndole el recuerdo de sus ternuras y la remembranza de sus caricias, deslumbrándolo con las opulentas satisfacciones de aquel amor completo; entonces existía ya una queja, la primera quizá, más dolorosa

en el mero hecho de serlo y velaba la incitante hermosura de los ojos grises el rencor por la primera diferencia en los amores. Como el resentimiento hace olvidadizo el corazón del hombre, relegáronse á segundo término las ternuras de días anteriores quedando solo en primero la conducta inexplicable del presente y entonces, con tonos de reproche y aires de venganza satisfecha, la imagen gallarda de Carmencita Llanos oscureció la otra; nunca en sus relaciones de largos años con la hermosa sevillana tuvo de ella un solo motivo de queja, nunca tuvo que pedirle la más ligera explicación de su conducta.

La conciencia dijo algo que hizo latir aprisa el corazón de Salvador Serrano y el recuerdo de lo querido de antaño que se perdió para siempre hizo por enseñorearse del espíritu; luchó tenazmente, vibraron los recuerdos de aquel amor potente y tranquilo; de aquellas confiadas dulzuras que aparecían ya en un plano distinto y para arrancar de sí aquel sufrimiento y para acallar la conciencia, Salvador se dijo una infamia «me habrá olvidado», pero el amor propio, la soberbia hablaron entonces y él, el traidor á los juramentos hechos, el verdugo injusto de aquel corazón sano y noble, complacióse en el torpe y cruel egoismo que su orgullo le sugería, *no me olvida* pensó, y no se equivocaba; en sus lábios se delató una sonrisa que se traducía en su alma por una idea, *aún me perdonaría* se dijo, y allí se equivocó de lleno.

En la fonda lo esperaban para almorzar Giráldez y Pedro Navarro; entró con la fisonomía contraída, disgustado visiblemente; el capitán lo miraba con fijeza.

—Como el vitriolo!—dijo de pronto el veterano aporreando la mesa con el mango del cuchillo—conozco el rastro!

Fernando Giráldez alzó la cabeza con aquella calma peculiar en él.

—¿Se volvió Vd. ya loco, D. Pedro?

—Si yo me lo sospechaba, si lo sabía casi, aquí había gato encerrado, re-cebolleta, y tú con tus charlatanerías y el otro con su carita de doctrino me engañábais; conozco el rastro, lo conozco de antaño; soy buen podenco.

Salvador no hablaba, comía maquinalmente, preocupado con lo de la mañana, olvidando hasta que el capitán pudiera caer en la cuenta de lo que ocurría.

—Pero, re-cebolleta, míralo y lo verás, mira qué cara, no lo vés claro?

—Lo que veo claro—dijo Giráldez pronto al quite—es que parece que hoy no está usted muy en su juicio; que rastro es ese, y ese vitriolo y el gato y el encierro del gato?

—Aquí hay mujeres, corambres, éste no es el que era, entra y sale sin saberse donde va; las mujeres son como el vitriolo, por dónde van dejan rastro; dejan rastro de dolor, mira esa cara.

—Acabáramos—dijo Giráldez soltando la car-

cajada—entonces no le ha contado á usted Salvador, lo de la letra.

—Qué letra?

—La letra de dos mil pesetas que le han extraviado en el Banco; á eso ha salido.

—Mira, re-cebolleta, si tú te crees que soy elector tuyo, te equivocas.

Salvador hizo un gesto de disgusto olvidándose de apoyar la superchería de su amigo á pesar de los pisotones que recibía por bajo de la mesa.

—Míralo, lo ves, se sofoca?

—Es claro; á Salvador no puede gustarle que no tenga usted confianza en él y que procure fiscalizar sus actos—dijo Giráldez en tono serio pisando con fuerza á Salvador Serrano.

—A Sevilla me voy, re-cebolleta—dijo el capitán levantándose airado—eso es lo que falta, quereis engañarme como á un chino, jinojo, y luego os ofendeis conmigo.

—Pero espere V., hombre, que el tren no sale hasta la noche—decía Giráldez impasible y frío siempre—que tengo que presentarlo á V. casa de Mac-arthy esta tarde.

Salvador miró al diputado, que continuó:

—Ví á Aurelia esta mañana.

—Dónde? preguntó Salvador con violencia mucho mayor de la que el caso requería.

—En la Carrera, en su coche; yo pasaba con Claudio y me llamó, estuvo hablando conmigo, me encargó sus recuerdos para tí y para el ca-

pitán y me dijo que hoy como lunes quería que, al ir nosotros, fuera D. Pedro.

—Y quién es esa señora que quiere verme á mí, ó es que me vais enseñando por ahí cómo un bicho raro?

—Hombre, me gusta. Anoche no la dejó V. vivir en toda la noche y hoy no se acuerda de ella.

—Ah!, re-cebolleta, buena mujer;—dijo Pedro Navarro dando testarazos en la mesa—vést tú, Plutarquillo, si contrabandearas alguna vez y alijases ese género, se te podía perdonar. Buena mujer! Se te podría perdonar, hombre, si te trastornara.

Giráldez se tranquilizó, las sospechas no iban por aquel lado.

Salvador Serrano seguía abismado; la contradicción que había entre el recado de Eudoxia y el encuentro con Giráldez empezó á quemarle: Aurelia mentía y al conocerlo sintió en su corazón San Juan Bautista una cosa nueva, una mordedura honda, fría, penetrante como si fueran pequeños bisturíes los que mordieran, continuada como el tic-tac del péndulo del entresuelo aquel donde había conocido tantos días de amor y en donde acababa de recibir el primer saetazo que en aquellas relaciones experimentaba.

Giráldez, tranquilizado ya en sus temores, engañaba al capitán contándole los detalles más nimios acerca de aquella estupenda mentira

de las dos mil pesetas extraviadas, hasta que acabó de convencerlo.

No tuvo en su carrera parlamentaria triunfo tan brillante.

—Esto deben ser eso que llaman celos—dijo Salvador para sí mientras marchaban camino de casa de la de Mac-arthy,—sí, estos son, yo no los conocía; era una de tantas fases de luchar que anhelaba y que han llegado; nunca pude creer que dolieran tanto, pero sí, duelen, parece como si me apretaran el corazón con una cuerda y que en el espacio que quedara fuera de ella alguien clavase puntitas de alfileres lentamente, una tras otra, dejando intervalo bastante para separar el dolor, insuficiente para que se calmara.

Cuando la vió, desapareció aquel dolor momentáneamente; ella lo recibió con su mirada y con su sonrisa de siempre, atractiva, magnetizadora para él como de costumbre.

Pero no pudo hablarla á solas; quiso citarla con una seña, con una frase de doble sentido, no se atrevió y anduvo un rato de grupo en grupo. Estaba en uno con Giráldez cuando vió á Aurelia hablando con Juan José Pereira muy animadamente junto al balcón del gabinete; ella echada hacia atrás la cabecita, como de costumbre, le sonreía; él, inclinado hácia adelante, con una pierna echada sobre la otra y la mano llena de sortijas sobre la bota, decía algo que debía ser muy apasionado, muy íntimo, muy dulce y que salía de sus lábios atropella-

damente con la verbosidad que produce el entusiasmo. Salvador miraba el grupo y ella lo vió, juraría él que lo había visto, y entonces fué cuando se inclinó hacia Juan José y lo miraba, lo miraba como lo miró á él, á Salvador Serrano, en sus horas de amor en las que nadie podía verlos. Y delante de él. en su misma casa llena de gente miraba así ahora á Juan José, que embebecido en la mirada, quedaba como extasiado, como si por los ojos le entrase un narcótico que se iba apoderando de él y que lo fuera dominando progresivamente. La visión duró un instante en el cual las puntas de los alfileres de marrás repiquetearon en el corazón de Salvador Serrano y en el cual pasaron ante su mente mil proyectos, mil desatinos, lúgubres, sangrientos y hasta infantiles algunos que supo desechar, trató de aproximarse á la pareja, pero Giráldez lo llamaba y no pudo. Cuando la dueña de la casa se vió sola un instante acudió Salvador á ella, pero Aurelia hizo una señal á Pedro Navarro que se aburría en un rincón y lo que hubo de ser dúo amante resulto terceto amistoso.

Al salir, la despedida fué fría, indiferente casi, la mano quedó abandonada en la de Salvador que bajó la escalera sintiendo alfilerazos cada vez más profundos. Juan José venía detrás, satisfecho, rebosando alegría en la mirada.

—Qué mujer más superior, eh?—dijo apoyándose en el brazo de Serrano, qué trasteo tiene, qué mano izquierda!

—Salvador no contestó, siguió bajando, Juan José continuaba su charla.

—Pero no tiene recursos y un bicho de sentido se le cuela y hay hule, como quien dice, hay...

Serrano se paró en firme y miró á Pereira; miró luego el ancho hueco de la escalera con su fondo de losas blancas y azules y siguió bajando. Juan José se detuvo también, su mirada dura y provocativa se fijó en la de Salvador y desligándose de él continuó su marcha callado, altanero, con un pliegue en la boca como de ironía ó de amenaza. Se despidieron en la puerta sin acompañarse como otras veces. Juan José se fué con Luis Villavieja; Salvador con el diputado y con Pedro Navarro.

Salvador Serrano entró en su cuarto; encima de la mesa había una carta toda llena de manchurroneos del correo; al ver la letra un bálsamo desconocido, dulce y sublime pareció como aminorar los alfileres que se iban clavando hasta la cabecilla y sin abrirla, ante aquella letra venerada y querida, delante de aquel pliego oculto por el sobre, Salvador Serrano lloró como un niño, con sollozos, con nudos en la garganta, con ríos de lágrimas que caían sobre el papel recio y satinado del sobre, extendiendo los borrones y haciendo que se corriera la tinta que parecía llorar con él, llorar como hubiera llorado su madre si el hijo pródigo le contara su pena, amparándose en su regazo.



VIII

El tiempo, que durante la semana fué tormentoso, pareció querer favorecer los deseos de Luis Villavieja y el día designado para la becerrada amaneció espléndido, radiante, con un cielo azul en el cual corrían velozmente hacia el Sur unas grandes nubes blancas, copos inmensos de algodón en rama, que parecían querer llevar á Sevilla la noticia de las proezas de sus hijos en la arena del redondel madrileño. A las doce el cielo se despejó por completo y tomó ese azul claro y juguetón propio del verano tan diferente del azul turquí bruñido que presentan los días espléndidos del invierno.

Una hora antes de la becerrada, la avenida que desde la carretera de Aragón conduce á la plaza, fué llevando á ella, no el conjunto abigarrado, pintoresco y alegre que constituye el público de la corrida, con su fusión de clases y su amalgamamiento originalísimo que da idea de que

nada hay más democrático que los toros, sino un tropel de trenes elegantes, desde el «mail-coach» que días antes luciera en las carreras, hasta la berlina inglesa charolada al exterior, enguatada en el interior en raso de color obscuro, que avanzaba coqueta y briosa culebreando entre los demás carruajes hasta dejar en la plaza su carga, que estaba en directa proporción con el vehículo.

Y dentro la misma extraña diferencia; solo había ocupados tres tendidos, el 9, el 10 y el 1. En ellos veíanse damas de la alta clase, de la sociedad de buen tono y un tropel de hombres que les servían como de escolta en aquellos parajes que ellas sólo conocían por verlos desde los palcos, á vista de pájaro; por acuerdo común las señoras ostentaban mantillas blancas ó negras de encaje ó de madroños aterciopelados y los hombres anchos sombreros de fieltro blanco de los llamados *cordobeses* que ceñía una cinta negra y que daban á los rostros realce mucho más airoso que el que prestan las formas antiestéticas del sombrero de copa y las desproporcionadas y ramplonas del hongo, sombreros ambos que darán á la posteridad testimonio fehaciente del mediocre gusto de la indumentaria del siglo XIX. Bajo el palco real, favorecido por la presencia de una augusta dama y en la puerta llamada de Madrid habíase elevado un tablado en el que tomaba asiento el ramillete de muchachas guapas que presidía la corrida asesorado por personas pe-

ritas en el caso. La plaza, pues, presentaba un aspecto muy distinto de los días de corrida, más pintoresco aún, puesto que á la masa, por lo general gris, del gentío hombruno, habían sustituido los tonos brillantes y claros de los trajes femeniles de verano. Los otros tendidos, las gradas, los palcos permanecían desiertos; por el callejón circulaban acomodadores, algunos guardias civiles y pocos aficionados que tenían el señalado privilegio de entrar al patio de caballos.

En el cuarto de toreros convertido en tocador vestíanse los lidiadores los ternos de torear hechos «ad hoc» y que formaban nota desacorde con sus barbas cuadradas ó con sus bigotes vueltos hacia arriba; el Malanito y sus tres banderilleros habían venido vestidos y ayudaban en unión de los criados á enfundar los cuerpos en las «taleguillas» profusas en caireles ya de oro, ya de plata, ya de negros alamares de brillante seda. Luis Villavieja, ataviado con un lujoso terno azul y oro, el cual pensaba estrenar Mariano Marqués, el famoso matador sevillano, en las corridas del Pilar de Zaragoza, discurría por la sala desnudo y triste hablando de grupo en grupo y preparando los mil detalles de la fiesta en que al igual que en otras idénticas derrochaba buena suma de pesos duros.

Juan José Pereira, ayudado por el Malanito en persona, ceñía su cintura con una larguísima faja azul y picadores y banderilleros termi-

naban á escape su atavío porque el público aguardaba.

Fernando Giráldez, que en gracia á su cargo no tomaba parte en la fiesta muy contra su voluntad, hablaba con Villavieja, que había tomado de encima de una silla el capote de paseo de raso blanco cuajado de lentejuelas de oro.

—¿Y viene por fin?—dijo el *matador* atusándose el bigote.

—Sí, con el capitán; tiene estos días algo raro, de lo que le daba en Sevilla algunas veces, pero conseguí que viniera; no sale.... en fin, no me gusta lo que tiene.

—Serán cosas de faldas—anotó Villavieja recreándose en su propia contemplación.

—Tal vez.

—Tú sabes algo y lo ocultas—dijo Villavieja sonriente, echando una mano sobre el hombro del diputado—haces bien; pero si las cosas toman carácter serio y Salvador lleva caminos de que sea menester apartarlo, en cuanto necesite de sus amigos, sea para lo que sea, aquí me tienes.

Giráldez contestó en tono dubitativo; no quería él comprometer, dándoles publicidad, los amores clandestinos de Salvador Serrano, pero por su actitud veía que en aquellos días sufrían una crisis honda que embargaba todas las facultades de su amigo haciéndole tomar aquellos tintes de ensimismamiento sombrío que algunas veces le aquejaban en Sevilla.

El ofrecimiento de Villavieja, agradeciéndolo-

lo, le dió en qué pensar; Luis Villavieja trataba á Serrano con buena amistad, pero sin esa intimidad estrecha que da por resultado el perfecto conocimiento de un carácter y que permite leer en la fisonomía de una persona los afectos distintos que conmueven su alma: á pesar de ello, el *sportman* sevillano había conocido que su paisano hallábase en una borrasca penosa de su vida y con su golpe de vista, conocedor del mundo, admitía ya como probable que fueran corrientes dañinas para Serrano que necesitara quizá la intervención de sus amigos para separarlo de ellas. Sabía Villavieja más de lo que decía? Su impenetrabilidad de siempre no permitía averiguarlo, pero aquella tarde el diputado vió de distinta manera que hasta entonces había visto las relaciones de su amigo con la de Mac-arthy; las creyó en un principio paréntesis dulcísimo y pasajero de su vida; entonces las vió como algo influyente, quizá decisivo, que pesaba sobre ella.

Cuando á los acordes de una charanga de cazadores avanzó la cuadrilla detrás de los alguaciles, un aplauso la saludó desde el otro extremo de la plaza; en primer término destacábanse la figura arrogante del Malanito envuelta en soberbio traje morado y oro, al otro lado Luis Villavieja, llevando la ropa de luces con igual soltura que el frac y en medio Juan José con traje grana bordado en oro, emocionado, deseoso de ganar palmas y de demostrar ante aquel público que casi no había sido testigo de

sus proezas toreras, que él no sabría hacer realizar su persona en un salón, pero que su figura esbelta destacaba sobre la arena del circo ante la cara de las fieras, correcta y gallarda como la de un Montes, cimbradora y airosa como la de un Lagartijo.

La corrida comenzó con unos cuantos revolcones, que no pasaron á mayores, gracias á la oportunidad con que los toreros de profesión acudían á los quites, y Luis Villavieja mató el primer novillo, con escasa fortuna y mucho valor, entre los aplausos de la asamblea.

Durante la lidia Salvador Serrano sentado en una barrera del 1 al lado de Aurelia Mac-arthy departía con ella, no en el tono mesurado ó cariñoso de otros días, sino exaltado, con fiebre, casi con furia.

—Te dije que no vinieras y has venido!

—Estás pesado —dijo ella bajito y fijando en él sus ojos impasibles— mira dónde estás.

—Mira, mira dónde estás!.... eso te podía yo haber dicho en tu casa la noche aquella, todo el mundo lo notó, se ha hablado de ello, se ha comentado; dicen... qué sé yo lo que dicen..... lo que á mí no me concedistes, á mí á quien todo has concedido, lo concedistes á ese mono que está ahí haciendo el oso y del que siempre te has reído; si era para hacerme sufrir ya basta; si es que después de haberme hecho romper con todo lo mío me quieres arrojar, arrójame, nada tendremos más de común, pero hazlo de una vez, francamente, en sitio donde yo

pueda defenderme y echarte en cara tu villanía: aquí, en donde tengo que sonreír y que mostrarme atento y que disimular, aquí nó; sé lo que quieras, Aurelia, pero sólo franca, lealmente, dando la cara, no huyendo y oculta como hasta aquí.

Ella veía sus ademanes, oía su voz baja, vibrante, reconcentrada, sentía las tablas de la contrabarrera cimbrarse bajo la presión nerviosa de aquellas manos y comprendía todo el amor que encerraba aquel alma; pero Salvador se había excedido en sus recriminaciones, había herido su amor propio de mujer con una ligereza atribuible sólo á su sinceridad y á su poca práctica en el mundo; había aludido á Pancelotti y ante aquella grosería el amor de Aurelia Mac-arthy se había desvanecido como un papel de seda que cae en una estufa; en su corazón, mezcla extraña de ideas diferentes, de sentimientos distintos, de pasiones diversas, pronto al bien en abstracto y fácil al mal en concreto, existía una pasión que las sobrepujaba todas, el amor propio; quería ella que en sus relaciones con un hombre, éste borrara de su mente todo recuerdo de los antecesores que había tenido, que la recibiese como si virgen de cuerpo y alma se entregase á él al pie de los altares y que fuera no amor sino culto verdadero el que su amante le tributara. En Serrano lo encontró, amor nuevo que ella había gustado con deleite, porque era una forma distinta á todo lo por ella conocido, bajo la cual se le pre-

sentaba; pero el día en que Salvador, en el paroxismo de la ira al creerse engañado, le escribió aquella carta en la cual el nombre de Aníbal Pancelotti estaba escrito con todas sus letras en medio de un apóstrofe furibundo, entonces, aquel día, Aurelia Mac-arthy sintió lo propio que había sentido al romper con el viejo conde de X y con el gran barítono; un cansancio continuado que aumentaba sin cesar, invadiendo su ser, no dejándole descanso ni sosiego y traducíéndose en el interior de su alma en algo compuesto de nostalgia y remordimiento, nostalgia producida por la decepción, remordimiento tardío de las faltas cometidas. Y su amor á Salvador desapareció por completo borrándose de su corazón como si hubiera sido yeso y el nombre de Anníbal Pancelotti esponja humedecida, y aunque convencida de que las historias del capitán no tenían objeto, adquirió otro convencimiento; el de que el amor de Salvador Serrano no colmaba sus ilusiones ni satisfacía por entero sus esperanzas; vió en él el lado infantil de su carácter, lo vió solo bajo el prisma del recelo, la ira y el dolor con que él la veía; olvidó por completo escenas, horas y días anteriores; aunáronse el hastío y el olvido y Salvador terminó su reinado en el corazón de Aurelia Mac-arthy apagándose súbitamente como súbitamente se había encendido.

Pero él no quería convencerse de ello y la asediaba, la buscaba, suplicaba, se enfurecía y cada conversación de aquellas traía más indi-

ferencia á la de Mac-arthy, para quien se ponían entonces de manifiesto mil defectos que antes no había querido conocer si existían y desaparecían todas las ventajas encontradas por ella en su amante y que veinte días antes, el día memorable de la excursión á Aranjuez, eran su orgullo.

Por eso aquella tarde en la plaza lo oía fría, serena, indiferente y las frases rabiosas de Salvador le aparecían ofensivas, duras, hasta de mal gusto inclusive.

Por plan estratégico contra Serrano comenzó á prestar oídos á aquellas crudas manifestaciones admirativas que le rendía como tributo Juan José y que ella alimentó con sus complacencias y sus cordialidades hasta entonces no tenidas. El vástago de Pereira, cuya adolescencia transcurrida entre *la gente del bronce*, que supo explotarlo haciendo de él *el señorito rico* para quien no había deseo que no fuese satisfecho ni obstáculo que no fuera superable, había tenido por heroínas de sus amores mujeres halagadas por sus esplendideces y satisfechas de la popularidad autoritaria que Juan José tenía entre la gente de quien se rodeaba; nunca halló una resistencia, nunca encontró sino pasión brutal como la suya ó correspondencia interesada. Conocía la historia de Aurelia como la conocía la generalidad de las gentes, admiraba á aquella hermosísima mujer con entusiasta afecto, pero, reconociendo su inferioridad con respecto á ella, jamás le pasó por la

imaginación la idea de que por él sintiera más que cierta amistad condescendiente, como la que dispensa quien es infinitamente superior, cuando trata á una persona por relaciones de familia.

No se apercibió Juan José de la insistencia conque Aurelia Mac-arthy buscaba su conversación y sus requiebros soeces de colmado, ni notó, por hallarse de ello muy distante su pensamiento, cómo el fluido magnético que se desprendía de los ojos acariciadores de su amiga iba despertando dentro de su alma sentimientos diversos de los hasta entonces tenidos, algo que lo alejaba del medio ambiente en que se había desarrollado, preparándole un mundo de goces desconocidos para él, porque no tenían su asiento en la mesa salpicada por la manzanilla de la *juerga* ni hallaban eco en los gorgoritos aguardentosos y afectados del *cante jondo*.

El primer chispazo de luz que recibió fué una tarde en que en compañía de su íntimo amigo el Gorrióncito, famoso banderillero gaditano de la cuadrilla del Malanito, paseaban por las alamedas de la Casa de Campo, opulentas con sus galas de primavera.

Cruzaron con la berlina de la de Mac-arthy, y Aurelia saludó á Juan José con efusión placentera y cariñosa; él correspondió con brusca franqueza y alejóse el carruaje, siguiendo al paso la fila interminable de acacias en cuyo ramaje alto brillaban los últimos rayos de sol.

El Gorrioncito se paró en seco, echóse atrás el sombrero negro de anchas alas, apoyó su mano derecha extendida, cuajada de brillantes, en la cintura y guiñó truhanescamente á Juan José.

—*Camará*, eso no es *corría d'abono*, eso es la gran *Corría é Benefisensia*.

Juan José se echó á reir y protestó de la sospecha del torero.

—Dile *qu'esimule* más, qu'es res *mí* clara.

Disimular! Entonces al oir la frase del banderillero fué cuando Juan José vino en la cuenta de que algo había en la manera de conducirse Aurelia para con él que no existía antes; disimular es ocultar algo que existe y cuya existencia no es oportuno que sea conocida; recordó detalles, aunó datos sueltos, la historia de la de Mac-arthy robusteció sus sospechas y su amor propio, halagado por las alabanzas de sus amigos, hizo lo demás.

Desde aquella noche vió confirmadas sus sospechas y se halló el camino mucho más expedito de como supuso encontrárselo; entonces á su amor propio halagado y á sus ilusiones en vías de realizarse se añadió otro afecto; era lo desconocido, lo que se acercaba, y lo desconocido con conciencia de que era muy superior al medio ambiente que le había rodeado y superior asimismo á sus merecimientos. Comenzó à hablarle con su rudeza de siempre, que ahora lamentaba; pero con un freno poderoso, temiendo herir con sus brusquedades aquella es-

quisitez de sentimientos que en ella hallaba, pasión brutal y á un tiempo tímida en la forma, con medios tonos de pureza allá en el fondo. Ella lo oyó absorta, porque no esperaba sino crudezas de las de antaño y aquel modo de ser viril y tosco, amor de indio bravo cuyo corazón está dominado, le fué simpático, tocó nuevamente aquella fibra anhelante y nunca satisfecha que tenía su alma.

El segundo toro pisó la plaza; un bonito animal negro todo él, con un lucero blanco en el frontal y unos pitoncitos como de diez centímetros; los aficionados le torearon con más seguridad que al primero porque era más chico, los espadas lucieron más en los quites porque era más bravo y los banderilleros le parearon con mayor tranquilidad porque estaba más aplomado.

Juan José brindó largamente entre palmas y fué á la fiera acompañado por Luis Villavieja, el Malanito y los peones de éste. Llegó con tranquilidad á la cabeza y desdobló la muleta, que presentó sostenida en un pico con el estoque; embistió el bicho y el trapo rojo rozó su lomo alzándose gallardo, mientras que *el matador* avanzaba el cuerpo apoyado en la pierna izquierda.

En verdad que Pereira podía enorgullecerse aquella tarde; su figura, que resultaba siempre vulgarísima y desmadejada, ganaba extraordinariamente con el terno de torear, adquiría posiciones artísticas pasando de muleta,

y como conocía *el arte* á la perfección, el tras-teo fué lucido, elegante, brioso. En una ocasión unió los pies y se perfiló como para arrancar á matar, pero el capote del Malanito se interpuso llevándose al bicho; después de unos pases las manos del animal se unieron; otro tanto hizo con las patas y Juan José, fija siempre la mirada en la del bruto, montó la muleta sobre el palo y se echó el estoque á la cara.

—Ahora!—gritó la voz ronca del Malanito.

El hombre avanzó y hundió el acero, la res cabeceó y enganchó al hombre por un vacío, lo campaneó, lo volteó sobre el pitón y al pretender echárselo sobre el otro lo derribó de bruces, á plan sobre la arena.

El grito de estupor que siguió á la cogida fué unánime; el Malanito se agarró á la cola del bicho, los banderilleros flamearon los capotes y en tanto Juan José se levantaba lívido, con la flamante ropa desgarrada por el muslo izquierdo y tranquilizando al público con la mano. El toro vacilante, abríase de patas como buscando apoyo para no doblar y Juan José, desprendiéndose de los que le rodeaban, llegó ante él con la muleta plegada sobre la cintura, apoyando en ella la mano y recobrando el color.

—Fuera todo el mundo! gritó con rabia.

El Malanito comprendió que el novillo estaba muerto y lo dejó hacer. Juan José se acercó á la barrera precisamente debajo del sitio en que se sentaba Aurelia, y se sentó en el estribo

ante la cara del bruto, que instantes después caía desplomado con el acero hundido en la cruz hasta la bola.

Entonces reconocieron á Juan José; estaba ileso, el pitón del bicho, resbalando por la faja, rompió la taleguilla sin rozar la piel siquiera y el público entusiasmado por la elegancia torera de Juan José, regocijado al ver que la aparatosa cogida no tenía consecuencias, le hizo una ovación estruendosa y unánime. Aurelia se puso de pie y humedecidos los ojos rompió á aplaudir. Salvador se levantó también, vió que ella y Pereira se miraban embebeciéndose el uno al otro y en medio de la ovación se inclinó al oído de la de Mac-arthy.

—Hemos terminado para siempre—le dijo—pero delante de mí no sigas ese camino porque puedes encontrarme en medio de él.

—Me amenazas?—preguntó Aurelia mirándolo indiferente y sin cesar de aplaudir.

Salvador vaciló, una nube de sangre oscureció su vista, quiso levantarse, bamboleóse y cayó desplomado sobre el asiento; rehízose al punto y levantándose salió del tendido con el capitán Navarro.

Fernando Giráldez se acercó á ellos sin sombrero, que había tirado á Juan José.

—Estás malo?—preguntó.

Al verse Salvador en el pasillo, echó á andar hacia adelante con extraña pesadez en las piernas, desvanecimientos de vista y sordos zumbidos en el cerebro; de súbito sintió en él un do-

lor vivísimo, perdió toda noción de la existencia y hubiera caído á tierra sin los brazos de acero del capitán que lo pararon en el aire.



IX.

Fernando Giráldez se constituyó en enfermero de Salvador; porque el capitán andaba irresistible, hecho una fiera, gruñendo y rajando y sin dar pie con bola en cuanto ponía mano; se pasaba los días á la cabecera del enfermo arrojando su cuerpo y lanzando miradas furibundas al diputado, pero no podía ni dar una medicina porque al primer día al darle una cucharada de un calmante se empeñó en darle tres para que le hiciesen mayor efecto y motivó una crisis lamentable en el estado del enfermo; intervino Giráldez en vista de aquello y la misión de Pedro Navarro quedó reducida á vigilar á Plutarquillo para que no se desabrigara, en echar pestes contra el bello sexo y Fernando Giráldez y en beber ginebra de la que hacía un consumo como sólo en otra ocasión de su vida se le había conocido.

Asiduo como siempre, Pedro Navarro se pasaba las noches enteras á la cabecera de Sal-

vador que deliraba, deliraba contando detalles íntimos de sus amores con Aurelia y en aquellos momentos, cuando la luz de la lámpara tapada por ancha pantalla verde iluminaba á medias el cuarto y Fernando Giráldez dormía tumbado sobre el sofá del gabinete, cuando el capitán quedaba solo oyendo las fases de la pasión de Plutarquillo, se inclinaba sobre éste, oía sus delirios con ansiedad y frecuentemente tapábase los ojos con los puños y caían lágrimas gruesas sobre aquel uniforme severo, lágrimas que salían de aquel corazón que en lo exterior parecía apiadarse tan poco de las debilidades humanas. En aquellas frases inconexas llenas de amor y de despecho veía Pedro Navarro su decepción del tiempo viejo y aquella decepción que solo se traducía en ira dentro de su alma, al verla reproducida en Salvador, en el Plutarquillo que él admiraba y veía como algo excelso, sublime y casi sobrenatural, se le resistía creerla y al verla en la realidad lloraba como lloran las almas bravas y sencillas cuando se ven en presencia de un infortunio cuya extensión conocen y que no pueden evitar.

El médico había dicho:

—Esto no es nada por el pronto; un dolor fuerte, una emoción intensa experimentada por individuos cuya vida ha sido uniforme, máxime si fué tranquila, pueden producir y producen con frecuencia estos ataques cerebrales que se resuelven con facilidad en su periodo

álgido, pero cuya convalecencia requiere grandes cuidados y muchas tranquilidades.

Después se disparó en una serie de términos técnicos que era casi ininteligible, recetó porción de cosas en una letra que más parecía signos cabalísticos que escritura de cristianos, y volvió diariamente, apreciando mejorías, dictando métodos nuevos, practicando sangrías y baños fríos, aplicando hielo al cerebro y haciendo cuanto estaba de su parte para dominar el mal que se presentaba titánico, poderoso, como suele acontecer en las naturalezas fuertes, á la manera que en las selvas los árboles más corpulentos son los que arrancan los huracanes, mientras que los tiernos y endebles dobléganse ante su paso, pierden quizá alguna de sus ramas, pero sigue viviendo y retoñando.

—¿Hay peligro de muerte?—preguntó Giráldez al Galeno.

—Por el pronto no, la naturaleza es fuerte y puede dominarlo; espere Vd. dos días en los que el mal se presente con toda claridad y entonces se podrá diagnosticar ya en firme.

El diputado conocía á fondo la familia Serrano, sabía la adoración que había en ella por Salvador, la naturaleza delicada é impresionable de la madre, la pletórica y apoplética del padre y comprendió que un aviso alarmante podía traer una catástrofe inmediata; consultó con Navarro, pero el capitán se hizo un lío con sus argumentos y, en suma, no dijo nada, sino

que bien sabía él que las cosas seguirían sus trámites naturales y que tenía ganas de darle dos palos á alguien, decisiones que no modificaron en lo más mínimo la de Giráldez, que llamó al fondista y le intimó que no saliese de la casa la noticia de que Salvador estaba enfermo, escribió á Sevilla diciendo que se hallaba cazando en los montes de Toledo y entre sus amigos de Madrid hizo correr la misma noticia. Ello fué que la verdad no la sospechó nadie y el médico, que era una notabilidad en la materia, pasados los dos días del plazo, notificó á Giráldez que el peligro temido no existía y que la convalecencia, aunque larga y delicada, sería franca.

Y en efecto, á mediados de Mayo, Salvador se levantaba y apoyado en el capitán y en Giráldez que no se apartaron un momento de su lado, ocupaba un sillón de enfermo, cómodo, blando, traído exprofeso, en el que se extendía su cuerpo y en cuyo respaldo hundíase muellemente su cabeza, y permanecía frente al balcón largos ratos sentado, sin hablar mucho, dominado por aquellos ensimismamientos antiguos, sin nombrar jamás á los Pereiras ni á Aurelia Mac-arthy, hablando de Sevilla, de San Juan de Aznalfarache, de La Córnia sobre todo y de su bote.

—Aquel Gabriel!—dijo un día, á los pocos de levantarse—quisiera verlo; escríbele que venga, Fernando.

Giráldez cogió la ocasión.

—Mira —le dijo cariñosamente cogiéndole una mano descarnada y temblona entre las suyas.

—La Córnia no puede venir porque se alarmarían en tu casa y creerían que tienes más de lo que tienes. Yo he escrito diciendo que andas acatarrado y nada más, ¿por qué no escribes tú?: diles cualquier cosa que justifique estos veinte días sin carta; mira, una idea, que has estado cazando en cualquier lado, en los montes de Toledo por ejemplo; alza, chiquillo, te traigo aquí una mesita y en un momento pones cuatro letras. ¿Te parece bien?

Salvador alzó la mirada en la que luchaban afectos diversos.

—Como quieras—dijo fríamente —tú y el capitán hacéis de mí lo que queréis.

Escribió. El sol de Mayo intenso y brillante calentaba su pobre cuerpo dolorido y penetraba en grandes raudales por las entreabiertas hojas del balcón, el aire tibio de la primavera bañaba el cuarto; Salvador escribió largo con frases cariñosas que su temblona mano trazaba una tras otra; habló en la carta de la Córnia, de San Juan de Aznalfarache, del bote, del yatch aquel tan bonito de Luis Villavieja en el que iba á hacer un viaje por el verano y á medida que el plieguecillo se llenaba, Salvador escribía con más ansia, recordaba más su vida de otro tiempo y las imágenes de los seres y de los lugares queridos se aparecieron en su mente con esas tintas simpáticas que dan la distancia y el olvido anterior; vió los olivares de su

finca, mecerse al mismo soplo del aire aquel ténue y templado que inundaba la habitación, vió á la Córnia pasear retaco al hombro por las Colinas y oyó en su imaginación los silbidos de los vapores que remontaban el Guadalquivir; vió luego su cuarto de hacienda con sus estantes de roble tallado llenos de obras de derecho que habían sido su embeleso, la mesa-ministro en cuyo cajón del centro guardaba él las cuartillas de su obra en proyecto, la panoplia de avíos de caza y pesca y el perro aquel lobo-ro, el fiel *Pirri*, que, viejo y achacoso, entraba moviendo el largo rabo y exhalando gruñidos de satisfacción, y mientras escribía, lágrimas gruesas comenzaron á rodar por sus mejillas y á manchar la tela clara del batín que vestía.

Giráldez y Pedro Navarro estaban detrás.

—Llora—dijo en voz baja el diputado levantándose.

—Déjalo, re-cebolleta—añadió el capitán en igual tono—ese llanto es el mejor síntoma de la mejoría.

A medida que avanzaban los días la convalecencia se fué acentuando y Salvador entró en un periodo franco en el cual su naturaleza poderosa quiso resarcirse de las pasadas pérdidas; comenzó á devorar como un lobo, ayudado por sendos tragos de Jerez; salió en el centro del día un rato en coche; después lo llevaban á la Casa de Campo al declinar la tarde y poco á poco se fué reconstituyendo.

El médico opinaba que aquello iba bien, que

una temporada en el campo terminaría la obra de reconstitución y que la curación sería radical.

—Ahora sí—añadió—en la convalecencia mucho cuidado, muchas precauciones, nada de impresiones dolorosas; en lo moral y en lo físico procurar evitar todo exceso que puede ser fatal, todo cambio brusco de temperatura; por lo demás, vida sana de campo; dicen ustedes que es aficionado al mar, mejor, un viaje largo por mar sería un gran elemento para la total curación.

Giráldez habló á Luis Villavieja, que aún estaba en Madrid; Villavieja fué á ver á Serrano y trayendo la conversación á aquel punto, le dijo:

—Hombre; lo que vas á hacer es venirte en la *Gaviota* este verano conmigo; verás, Mediterráneo arriba, Mediterráneo abajo, la vida que nos damos; capitán, Vd. será de la partida; tú, Fernando, también; dos meses de vida á bordo por todo lo alto.

—Acepto—contestó Serrano—iré contigo, pero quiero que venga otro.

—Quien te dé la gana; tú haces el rol del pasajero.

—La Córnia, mi capataz,

—La Córnia será de los nuestros; verás qué viaje; cuándo nos vamos?

—Estamos á 29—dijo Fernando Giráldez; el 15 de Junio salimos de Sevilla.

—Trato hecho.

Con la perspectiva de un largo viaje por mar el enfermo pareció animarse y tratar más de que la convalecencia marchase aprisa; al efecto evitaba los aires fríos ó húmedos, buscaba en las comidas los manjares que más habían de asimilarse á su naturaleza y cuidaba su persona con refinamientos en los que parecía poner toda su atención; dijérase que vivía sólo para cuidarse. Escribía mucho á Sevilla hablando de infinidad de cosas, detallando su vida como si la estuviera haciendo en efecto, contando mil nimiedades que sabía por el capitán, por Giráldez ó por Villavieja, que no lo abandonaban, y que calculaba que habrían de distraer á sus padres; para justificar su estancia en la corte hablaba de hacer á escape la Memoria del doctorado y marcharse ya á Sevilla para siempre, es decir, á Sevilla no; á San Juan de Aznalfarache con sus perros, su bote y sus libros y sobre todo con La Córnia. Era verdadera fiebre de ver á Gabriel Fuertes la que tenía; caprichos de enfermo al fin y al cabo.

Giráldez leía las cartas antes de que fuesen al correo y admirábase de ver cómo las ensartaba Salvador, que siempre había alardeado de muy puritano en eso de verdades; atribuíalo á la reacción producida en el alma de su amigo por el recuerdo de la familia que olvidó en largos meses y lo dejaba hacer contento de verlo de aquella manera y prometiéndose su curación completa con los cuidados asíduos de

su familia á la vuelta á Sevilla, los aires del mar y la naturaleza de bronce de que parecía estar dotado. Otra cosa le alegraba y era que desde el día de la becerrada, ni directa ni indirectamente, ni por accidente, ni de cerca, ni de lejos, Salvador hacía mención alguna de Aurelia Mac-arthy; parecía como si la hubiera olvidado por completo, como si hubiera cerrado su alma á su recuerdo como se cierra una habitación á los rayos del sol. Fernando Giráldez pensaba que si la fuerza del ataque había quitado á Aurelia de la mente de Serrano, podía darse la enfermedad hasta por bienvenida inclusive porque habría de ser horriblemente duro para Salvador el ver cómo la de Mac-arthy lo olvidaba por completo entregándose á los amores de Juan José Pereira con quien el mismo Giráldez la había visto más de una vez en los pocos ratos que abandonaba la fonda. Un día se presentó en ella Eudoxia con las llaves del entresuelo de la calle de Fuencarral; el diputado se trasladó allá y al ver el piso comprendió por la sola colocación de los objetos, por los refinamientos de gusto y de coquetería que en ellos campeaban, toda la pasión con que Salvador había tomado sus amores con Aurelia, todas las ilusiones que cifraba en ellos. Un prendero pagó el mobiliario y se lo llevó íntegro por la cuarta parte de su valor, pero Giráldez lo que quiso fué que desapareciera el nido por completo y que Salvador no tuviera que ocuparse más del lugar en que pasó horas

dichosas al lado de la mujer en quien compendiaría su felicidad.

Salvador la recordaba; algunas veces, al despertar en medio de la noche, parecíale tenerla al lado y un estremecimiento corría por su cuerpo y allá en el cerebro repercutían los latidos apresurados de su corazón; entonces, en la soledad absoluta, viendo á la débil luz del globo de cristal esmerilado á sus dos amigos que dormían en la habitación inmediata, el recuerdo de los días pasados se presentaba á su mente y lo que suponía volubilidad de Aurelia le cegaba y durante el sueño de Giráldez y del capitán, Salvador golpeaba con los puños su cabeza, mordía la almohada para ahogar los rugidos que se escapaban de su pecho y la cólera se apoderaba de él completamente; no quería que sus amigos lo vieran así, quería aparecer ante ellos indiferente para que le dejaran en libertad.

—Ella me enseñó á disimular—se repetía—disimulemos, quiero volverla á ver, que no se engría con que después de haberme trastornado la vida, de haberme hecho romper con parte de lo que yo quería y enfriar relaciones con lo demás, que no crea que me arrojó y que suspiro por ella. Quiero que me vea indiferente, imposible ante ella y que si salí vencido en la primer batalla de mi vida, me quedan alientos para comenzar la segunda; dicen que nunca se muere en el primer combate, que nunca amedrenta porque no se conoce aún todo el ho-

rror de la pelea; quiero que vea eso en mí...

Y la idea de la venganza se le aparecía risueña ante la vista y agarrando con las manos crispadas las sábanas del lecho las estrujaba, las estrujaba como si fuesen el corazón de su amante y con aquella risa nerviosa en los labios y aquel martilleteo sordo en el cerebro se dormía para soñar con lo mismo, con sus amores, con la traición, con la venganza. Por una conversación, sorprendida en hora funesta, entre Villavieja y Giráldez, supo que Aurelia y Juan José se veían en un hotelito de cierta avenida de la Castellana; precisaron calle, número y horas á que se les había visto; Salvador retenía en la memoria como grabados á cincel todos aquellos detalles. ¡Y cómo veía él en sueños aquel hotelito y cómo se le forjó en la imaginación! Allí entraría él una tarde antes que el otro, hablaría á ella y luego cuando entrase Juan José le diría:

—Mira, crees que me has desbancado, te equivocas; los amores de esta mujer son como los cangilones de una noria; uno está en alto, otros caen, otros se van elevando: mira hacia abajo, qué ves? Allá muy hondo un capitán de húsares, más arriba un viejo libertino, más arriba unas cuantas figuras que no se distinguen bien, luego Anníbal Pancelotti, después yo; ahora mira detrás de tí, no ves nada? ya lo verás, ya verás el cangilón nuevo cómo va subiendo, como llega, mientras que tú caes, caes cada vez más. Es triste la perspectiva? no ha-

gas caso, que así como los cangilones vacíos han llevado su parte de agua sacada del manantial, así los amantes ya olvidados nos hemos llevado nuestra parte de amor, de goces, de ilusiones.

Y cuida, Juan José, cuida si tienes amante, si algún corazón puro late por tí, cuida que esta mujer no te lo quite, que no te deje sólo; cuida que no te aleje de los tuyos.

Así lo prometía él hacer y así lo haría; por eso disimulaba y por eso ni la mirada fija y fría de Luis Villavieja, puesto ya en autos de la catástrofe, ni la escamona del capitán pudieron nunca encontrar en él nada sospechoso.

Otras veces recordaba á Carmencita Llanos y aquellos eran los recuerdos más tristes; cuando veía en sus desvelos los negros ojos de la sevillana, cerraba los suyos, hundía la cabeza bajo la sábana, pero era inútil, seguía viendo los mismos ojos negros, puros, aterciopelados, con la expresión soñadora no del placer y la voluptuosidad como los de Aurelia Mac-arthy, sino soñadores de algo superior á la carne, de algo más durable y más grande que la pasión intensa y ardiente de aquellos otros ojos grises; entonces Salvador Serrano veía que los ojos negros lo miraban con desprecio, con repugnancia, con la lástima conque se mira algo bueno que por su culpa dejó de serlo y el amor antiguo quería crecer y retoñar de nuevo, pero él conocía á Carmencita Llanos y sabía que la herida que le causó era muy honda,

tan honda que la sevillana quizá se curaría de ella, pero no la perdonaría nunca; su amor propio de mujer, su orgullo nativo, su misma pureza de alma se lo impedían. Nada, estaba resuelto; él se iba á San Juan de Aznalfarache y allí el trabajo y el bote y se acabó.

Volvería al año siguiente á doctorarse por libre y entonces enseñaría con su conducta á Aurelia que ella había sido la primer batalla, pero nada más que la primera,

Tomando como base la conversación sorprendida, Salvador grabó en su mente señas y circunstancias esperando ocasión propicia para la conferencia que había de cerrar su historia; lo único que le preocupaba era el martilleo, el zumbido aquel constante de la cabeza y los ensimismamientos de marras que siempre le habían tenido sin cuidado y que ahora le metían en aprensión.

El médico había dicho:

—Eso no tiene importancia; este muchacho ha trabajado mucho intelectualmente y cuando ha cesado en sus trabajos ha sido para desenfrenarse en el placer; ambos excesos traen aparejada la anemia cerebral y aunque aquí no haya llegado, si siguiera esa vida sobreveniría y sería terrible por ser estas naturalezas fuertes las que se abaten primero.

El viaje á Sevilla se señaló para el 6 de Junio y el 5 salió Giráldez á encargar el *sleeping* en el expreso del día siguiente y Salvador, que desde por la mañana andaba nervioso y sobre-

excitado, á eso de las dos burló la vigilancia del capitán, cogió un sombrero, bajó á saltos la escalera, salió á la calle, tomó un coche y dió las señas de la Castellana.

En cuanto entró en la calle de Alcalá, comenzaron los martillazos y los zumbidos en el cerebro, pero á precaución traía un frasquito de cognac y el alcohol lo animó, y, aunque momentáneamente, le hizo cobrar energías; cuando llegó á la plaza de Colón, hizo parar, bajó, pagó y siguió andando á pie. El sol de Junio caía de plano sobre el paseo desierto, bañaba los árboles, las casas altas del barrio de Salamanca, hacía brillar intensamente los hilos del teléfono, caldeaba las losas, reseca la tierra y le daba á él de plano envolviéndole, quemándolo, excitándole más y más y haciéndole andar apresurado; ya la calma aquella, madurada tantos ratos, había desaparecido, anhelaba verse enfrente de ella; insultarla, mostrarle su desprecio, hacerle sentir su ira y luego irse dejándola ultrajada. Sus pies comenzaron á arrastrarse sobre la acera, los ojos se inyectaban, la frente ardía y las manos temblonas y frías como la nieve crispábanse cada vez más. Pasó junto á la verja del hotel al pie de la cual había conocido á Aurelia Mac-arthy, reconoció el sitio y se detuvo, se apoyó en el reborde de la piedra y arrimó la frente á los hierros; el sol daba allí de plano y el hierro quemaba; los zumbidos se hacían más intensos y recurrió al cognac nuevamente; el alcohol lo animó y se

arrancó de allí; anduvo aprisa con el sombrero en la mano, la cabeza al sol y los pies muy fríos; entró en una calle lateral y vió el hotelito, pequeño, con árboles entecos alrededor; la puerta, que interrumpía la verja, estaba cerrada por una cancela; llamó, tardaron en abrir, creyó que iba á caerse y se apoyó en los hierros, bebió más cognac y los ojos parecían querer salir de las órbitas, los martillazos aumentaban en el cerebro. Abrió Eudoxia y al verla súbitamente recobró Salvador sus energías, la cogió por la cintura, la echó fuera derribándola con violencia, entró y cerró la puerta por dentro. Eudoxia golpeaba.

El corrió dos cerrojos que tenía la puerta; enseguida, vacilante, comenzó á andar y á entrar en las habitaciones con una calma aterradora; el cuarto de Eudoxia estaba igual que en la calle de Fuencarral, con su cama de tijera, su mesa de pino y aquellos novelones inmensos encima; después un cuarto pequeño, oscuro, con chismes viejos; sobre una mesa había un hierro largo como un travesaño de cama; al verlo, una nube pasó ante su vista, dió un grito ronco, afirmáronse sus pies en el suelo y lo cogió. En aquel momento lo sujetaron por detrás.

Se desprendió; Juan José cayó al suelo y en él recibió un golpe con la barra de hierro, seguido de otro que partió una baldosa pero no le alcanzó; se levantó bamboleándose y corrió al pasillo; Salvador le seguía vacilante con

el hierro en la mano y una risa estúpida en la fisonomía. Entró en un gabinete, allí estaba Aurelia, abrochándose un *matinée* blanco; Salvador se detuvo un instante, sus ojos extraviados se fijaron en ella, balbuceó algo ininteligible y entró en la habitación como una tromba.

Juan José era valiente y se lanzó al encuentro de Serrano; éste blandía la barra que caía sobre los muebles destrozándolos; una mesita llena de *bibelots* vino á tierra, un cristal de un cuadro cayó hecho añicos, algunas veces los golpes alcanzaban á Juan José que medio atontado, sujetaba á Salvador por donde podía; cayeron al suelo, se levantaron, volvieron á caer; entonces Juan José llevó un golpe terrible en el pecho de punta con el barrote. Se levantó blasfemando, corrió hacia una silla donde tenía su americana, esquivó unos golpes con saltos á un lado y otro y brilló en su mano un objeto corto y redondo que parecía de plata. Salvador avanzaba hacia él con la barra en alto cuando una luz viva iluminó la habitación, retumbó un estampido seco y sonoro que hizo retemblar los cristales de la ventana: detrás del que acometía el papel rojo de la pared se rompió dejando ver un círculo blanco y llenóse el cuarto de fuerte olor á pólvora.

Salvador al oír el tiro retrocedió un paso, zumbó su cabeza como si tuviera una tormenta dentro, dobláronse sus piernas, giraron descompasados los ojos dentro de las órbitas, contrájose la boca con una mueca horrible, agito

sus brazos en el aire, cayó el barrote hacia atrás y encima él, á plan, sordamente, cerrados los ojos, como se desploma una res con la médula cortada por un puntillazo.

Juan José tiró el revólver al suelo y retrocediendo espantado llegó á la ventana, la abrió, nadie pasaba, solo una banda de gorriones alborotaba entre la sombra de los árboles fronteros, púsose la americana, subió al antepecho, saltó á la calle y desapareció á buen paso, aunque algo vacilante por los golpes recibidos.



X.

La tarde declina; el dulce sol de otoño brilla intenso allá á lo largo sobre las colinas pobladas de olivares, cuyas hojas bicolores brillan fuertemente al ser doradas por sus rayos, de reflejos metálicos, y el Guadalquivir sigue su corriente hacia Sanlúcar de Barrameda, bañando perezoso los taráges, las adelfas y los cañaverales que bordean sus orillas. Las aguas se arrastran lentamente, murmuran y allá van á perderse en la inmensidad de los mares donde adquirirán nuevos tonos y distintos murmullos. En la orilla izquierda y ya en el fondo las blancas casas de Gelves van adquiriendo tintes plomizos á causa de la distancia y reflejan al sol sus tejados rojos allá en el declive de una colina; forman el centro de las casas que parecen nacimiento ordenado por manos infantiles un vestuto palacio y una sencilla iglesia cuyo

campanario blanco y risueño álzase hacia el cielo trayendo á la imaginación algo de los minaretes árabes de las mezquitas que en tiempos pasados asentáronse sobre aquellas propias orillas y bajo aquel mismo cielo azul que atraviesan chillando los aviones, y en el que, oscurecida, pálida por la luz del sol, se va levantando la luna en cuarto creciente.

A bordo del yatch blanco como la espuma de las olas del Mediterráneo, que ha dejado hace horas, y en su puente, bajo la toldilla, Luis Villavieja, Giráldez, el capitán Navarro y La Córnia rodean el sillón en el cual, con la mirada sin expresión, casi paralítico de cuerpo y embotecido de alma, Salvador Serrano contempla aquellos lugares queridos. La tripulación del yatch maniobra, sus calderas despiden ronquidos, sus chimeneas doradas negro humo y la quilla monta el río dividiendo el agua que va á unirse luego bajo la popa en cuyo centro, y coronado por una L y una V que le entrelazan, se lee este nombre: *Gaviota*. De tiempo en tiempo suena un silbido poderoso, fuerte chorro de vapor blanco como la espuma escápase de la chimenea y repercutiendo el eco en las colinas y en las cañadas anuncia que el yatch sube el río y que después de su viaje vuelve á Sevilla coquetón y risueño como salió de ella, y desgraciadamente, devolviéndole como se lo llevó en igual estado de abatimiento, el enfermo que conduce á bordo, y cuyos caprichos pueriles han sido órdenes para sus ami,

gos, para el contramaestre, para la tripulación misma y que en aquellos momentos, derribado mejor que sentado sobre su sillón, permanece inmóvil, unidos los párpados, extendidos los brazos sobre los del asiento y sin que la fuerte zamarra que viste parezca levantarse mucho al alentar del corazón que cubre; en torno suyo el capitán Pedro Navarro y La Córnia permanecen atristados, fruncidos de cejas y severos de continente; Giráldez y Luis Villavieja departen tumbados en butacas de lona, á los lados del enfermo, soñando con los días pasados, meditabundos en el interior y locuaces en apariencia por ver si sacuden aquella impasibilidad del rostro de Serrano, pálido y demacrado, hundido entre el cuello de astrakán de la zamarra, impasibilidad que apenas había cesado desde la noche en que la policía lo encontró en cierto hotelito próximo á la Castellana, derribado de espaldas en una habitación destrozada por una lucha que debió ser terrible, con una herida en la cabeza producida en la caída contra un barrote de hierro que se halló debajo de él. Al recogerlo temieron que estuviera muerto, porque frente al cuerpo se encontró un revólver pequeño de bolsillo con una cápsula descargada, pero, reconocido, no resultó tener lesión alguna producida por arma de fuego: el balazo estaba empujado en la pared, cuyo papel arrancó al entrar en ella.

Aquel hotelito estaba arrendado por una do-

ña Eudoxia Suárez que nadie conocía en el barrio y que no se encontró al buscarse. Súpose únicamente que á él concurrían una señora joven y hermosa y un hombre joven también, que permanecían allí durante las tardes, y nada más; el día en que Salvador Serrano fué encontrado sin sentido en la única habitación completamente amueblada de la casa, había visto un peón caminero tomar un coche en la calle de Lista á dos mujeres que parecían asustadas, muy bien vestida una, pero con el pelo medio suelto y sin nada en la cabeza, como criada la otra y vieja ya. El tiro no se había oído, una ventana estaba abierta y por ella entró la policía, encontrándose con un individuo sin conocimiento que resultó ser el mismo por cuya busca se habían interesado á las tres de aquella tarde en el Gobierno civil, un diputado sevillano y un viejo capitán de carabineros que lucía bordada en la guerrera la cruz de San Fernando.

Salvador Serrano recobró el sentido en el carruaje del juzgado y no contestó una palabra á las repetidas instancias de los funcionarios de la justicia; se obstinó en callar y nada dijo; reconocido por los médicos, lo encontraron mucho más grave de lo que en un principio se había supuesto. Certificaron los facultativos que el accidente fué producido por una congestión cuyas causas eran una gran dosis de alcohol en el cerebro, la acción del sol durante largo rato sobre aquel temperamento delicado

y alguna impresión terrible recibida; el golpe que sufrió al caer de espaldas y que le abrió buena brecha á la izquierda del occipucio lo salvó de la muerte; sin aquella evacuación de sangre, 'a policía solo hubiera encontrado un cadáver en el hotelito próximo á la Castellana.

Mucho se habló en Madrid de lo ocurrido y enjaretáronse, para darle explicación cumplida, historias, fábulas y cuentos, pero los hechos vinieron á dar soluciones, que la imaginación y el cálculo no supieron encontrar, cuando en un mismo día desaparecieron de la corte Juan José Pereira y Aurelia Mac-arthy, y súpase al poco que vivían juntos en Lisboa, muy amartelados y al parecer muy dichosos.

Entonces y sólo entonces, ante el escándalo ya dado oficialmente, tronó la sociedad contra Aurelia, escandalizáronse muchos que la habían defendido, desheredó D. Juan Pereira á su hijo y se pasó unos días bufando que metía miedo; se tiró de los pocos pelos que le quedaban el general Montoro, y á los pocos días se olvidó lo ocurrido porque vino á sustituirlo en interés una cornada monumental que dió un toro de Veragua al Malanito, cornada que preocupó altamente á la sociedad madrileña que aún quedaba en la villa y que no había ido á buscar buenas temperaturas y solaces veraniegos á los climas del Norte.

La gravedad había pasado, pero las facultades mentales del enfermo sufrieron graves alteraciones; no conocía, perdió por completo

la memoria y la noción del tiempo y le costaba grandes trabajos manejarse; á los pocos días, cuidado por sus padres, que vinieron á Madrid, y sus amigos, que no le abandonaron, se trasladó á Sevilla; allí pareció recobrar algo el entendimiento, pero la parálisis de las piernas se acentuó más y más y acabaron por llevarle de un lado á otro casi en vilo Pedro Navarro y La Córnia. Entonces opinaron los médicos que el mar sería lo único que pudiera devolver á aquel cuerpo las energías perdidas, y Salvador fué embarcado en la *Gaviota*; sus padres no le acompañaron; habíase notado que su presencia le causaba una fuertísima excitación nerviosa que podía traer funesto resultado; pero se echaron al mar con él Giráldez, el capitán y La Córnia; por quien Salvador tenía aquellos días verdadera manía de niño.

El yatch de Villavieja era perfecto; como comprado en Inglaterra sin escasear oro y destinado al recreo de un hombre cuyos gustos y cuya fortuna tenían algo de inverosímiles. Estaba mandado por un contramaestre catalán, antiguo piloto de la Trasatlántica, y la dotación la componían dieciséis hombres, gallegos y santanderinos todos, por ser la gente más adecuada á las rudas tareas de la mar y á la disciplina ciega que reinaba á bordo. Estaban pagados espléndidamente, tenían al año dos meses de licencia y acostumbráronse á ver en Luis Villavieja un semi-dios que los protegía.

Dentro del yatch Salvador Serrano pareció animarse, brillaron más sus ojos, paseó algunos ratos con los brazos echados sobre los hombros de dos tripulantes ó de dos de sus amigos y hasta hubo día que comió con gran apetito, fumó un cigarro con delectación y habló de cierto viaje que quería hacer *allá*, y señaló hacia Occidente, por lo que se coligió que quería ir á América.

Otro día, cuando zarpaban de Tánger, volvióse hacia Luis Villavieja que presenciaba la maniobra apoyado en la borda.

—Luis—le dijo con una voz apagada que le quedó desde el ataque—yo no quisiera irme todavía.

—El yatch es tuyo—respondió el otro, y le gritó al contramaestre—Marvejols, orza á la banda, rumbo al puerto!

—Cómo os molesto—replicó Salvador hundiendo la cabeza entre las manos.

Todo el día se lo pasaban en el entrepuente.

Salvador miraba el yatch, el cielo y el mar con curiosidad, con anhelo, con alegría infantil que no se cuidaba de disimular, pero no hablaba, no pedía nada, dejábase guiar por los cuidados del capitán y de La Córnia que no podían separarse de él un punto. Gabriel Fuertes parecía un perro. No separaba los ojos de su amo, leía sus pensamientos; adivinaba sus deseos y complacía sus menores caprichos poniendo en sus manos, negruzcas y callosas del trabajo, toda la dulzura de que eran capa-

ces. Un día, en alta mar, las gaviotas revoloteaban cerca del barco en busca de los pececillos; se las veía venir cortando el aire con sus grandes alas curvas extendidas, lanzarse sobre la superficie verdosa con la velocidad del rayo y alzarse nuevamente con la presa en el acerado pico. Salvador las miraba con atención; de pronto se inclinó hacia La Córnia.

—Mátalas, Gabriel, tírales!—le dijo con su voz apagada y anhelante.

Luis Villavieja mandó por escopetas á su cámara y tiraron un rato. La Córnia se llevó la palma, sus ojos garzos seguían el vuelo de la gaviota, la extremidad de los cañones se inclinaba á un lado y otro y de súbito la columna de humo se elevaba en los aires, la detonación repercutía sobre el mar y el animalillo, herido de muerte, caía sobre las olas que jugaban con él meciéndolo en su agonía. Villavieja y los demás tiraban también, pero sin acierto.

De pronto Salvador dijo en tono compasivo:

—Pobres animales!

—No se tira más—mandó Luis Villavieja—Gabriel, llévate las escopetas.

Cuando La Córnia las acababa de colocar en las panoplias entraba en la cámara el dueño del yatch.

Gabriel Fuertes se adelantó emocionado.

—Don Luis—le dijo con voz que vacilaba—lo que Vd. hace por el señorito no tiene precio; D. Salvador es *mesmamente* como mi padre; si

alguna vez le hace falta á Vd. un hombre, cuente conmigo.

Y antes que Villavieja pudiese evitarlo, La Córnia se le colgó al cuello, le dejó en la cabeza unos lagrimones y tomó la puerta á la carrera.

Por las noches Salvador se dormía muy temprano: La Córnia se iba en busca de Gaspar Marvejols y solos en la cámara Villavieja, Giráldez y Pedro Navarro echaban cuentas y probabilidades sobre el porvenir del amigo, que, casi sin razón y medio muerto el cuerpo, dormía con un sueño profundo y sano como el del niño, con el que se asemejaba su estado actual. En aquellas conversaciones se hablaba de Aurelia, de Juan José, de todo lo ocurrido y Villavieja comunicó á sus amigos las noticias de Lisboa que decían la vida fastuosa y despreocupada que llevaban en la capital lusitana el hombre y la mujer que eran causa de la desgracia de Salvador.

Al fin de Septiembre se zarpó de Palma con rumbo á Sevilla y aquella tarde subían el río dispuestos á anclar en San Juan de Aznalfarache, cuyas casas blancas y pintorescas veíanse ya en un recodo, saliendo de entre los cañaverales, rodeadas de olivos, bañadas aún por el sol. Aquella impresión anhelaban los amigos de Serrano; la vuelta de los lugares en que pasó su juventud produciría efecto sobre su alma ó los vería con la misma indiferencia con que vió Sevilla y la misma mirada, cansada, triste y sin expresión.

Cuando ellos iban llegando á ponerse á nivel con el pueblo, el vapor de Cádiz bajaba el río; por una maniobra mal entendida, echó casi la quilla encima del yatch, que se vió precisado á virar un cuarto á babor.

Gaspar Marvejols se puso hecho una furia y subió al puente.

— *Ventre de Deu, vanis borrachos, lladres? quels marinos haseis, voto Cristo, ú queris pasarnos per ojo?*

A los gritos Salvador Serrano miró el otro buque y apreciaron sus amigos una palidez intensa en su rostro y un temblor creciente en sus miembros; Fernando Giráldez, que siguió la dirección de la mirada, pateó con rabia en el suelo. En el puente del otro buque, apoyada en la borda, Carmencita Llanos miraba el yatch con su expresión soñadora de siempre; estaba más delgada, pero esbelta, airosa, con su figura simpática y atractiva que realzaba un traje de viaje, marrón, sobre el cual un *waterproof* dejaba adivinar sus contornos puros y esculturales. Salvador se fijó en ella con ansiedad, comenzó á latir aprisa su corazón y aunque Giráldez, rápido como el pensamiento, se interpuso, pudo ver que Carmencita Llanos fijó en él un momento su vista y luego la alzó indiferente para fijarse en Gaspar Marvejols que, encendido como un pimiento riojano, insultaba á los del otro barco con todos los vocablos más soeces y expresivos que tienen cabida en el largo vocabulario del género, tanto en dialecto catalán, como en la lengua madre.

El vapor de Cádiz pasó río abajo y la *Gaviota*

siguió aproximándose á San Juan de Aznalfarache; Salvador, rodeado desus amigos, permanecía impassible de rostro, pero su cuerpo vibraba como el acero, los ojos centelleaban dentro de las órbitas y el zumbido aquel temible comenzaba á enseñorearse del cerebro. Levantóse de pronto y quiso andar; La Cornia y Pedro Navarro lo sujetaron, se les escapó de las manos, cayó al suelo; oyéronse unas cuantas blasfemias, tres hombres de la tripulación subieron al puente y se lo llevaron al camarote.

Al acostarlo el pulso era precipitado, febril, la boca se movía aceleradamente, castañeteaban los dientes, daba vuelcos el corazón dentro del pecho, pugnaba el tronco por alzarse luchando con los brazos del capitán y de La Córnia que lo sujetaban y, fijos los ojos en la ventana, á través del cristal grueso y redondo de la cual se veían los olivares de su familia entre los cuales pasó su juventud, Salvador Serrano se extinguía rápidamente en presencia de los sitios amados vueltos á ver para morir en ellos y sobre las ondas de aquel río que corría lentamente hacia la inmensidad de los mares como hacia la inmensidad de lo eterno corría el alma del hombre muerto en la flor de la existencia; del soldado que en los combates de la vida cayó para siempre en la *primer batalla*.

FIN

Las circunstancias especiales en que se ha impreso el presente libro, han sido causa de que aparezcan en él numerosas erratas que, aunque salvadas por la discreción de los lectores, se corrigen en la siguiente

FE DE ERRATAS

<i>Página</i>	<i>Línea</i>	<i>Dice</i>	<i>Debe decir</i>
9	24	mirada.....	vista
17	21	animda.....	animada
17	23	y seguramente; con.	y seguramente, con
17	28	Fuertes, con.....	Fuertes con
18	27	extasido.....	extasiado
20	16	ilusio nes.....	ilusiones
20	24	molestoque.....	molesto que
20	25	repertório.....	repertorio
21	7	desarrollando.....	desairando
23	9	amen un y un tapiz deteriorado quedó	ó un tapiz deterio- rado que ame-
24	8	que, con.....	que con
34	31	congac.....	cognac
41	30	Carrrea.....	Carrera
42	29	picarezca.....	picaresca.
54	14	Anniba.....	Annibal
55	3	se le veía.....	se la veía

<i>Página</i>	<i>Línea</i>	<i>Dice</i>	<i>Debe decir</i>
56	23	desentimiento.....	sentimiento
71	13	corriente, que decía.	corriente que decía
97	15	que teman que.....	que tenían de
98	2	hijo.....	hijos
100	2	dalalizándose.....	dalizaronse
113	11	entregado.....	estrágado
135	1	—Salvador.....	Salvador
151	8	al primer día.....	el primer día
156	4	las Colinas.....	las colinas
166	última	agito.....	agitó
168	1	el dulce sol.....	el claro sol
168	3	cuyas hojas bicolo- res brillan fuerte- mente al ser dora- das por sus rayos, de reflejos metá- licos.....	cuyas hojas bicolo- res de reflejos me- tálicos brillan fuer- temente al ser do- radas por sus ra- yes
168	última	vestuto.....	vetusto
173	17	La Córnia; por... ..	La Córnia, por
176	última	expresión.....	expresión?
178	última	la <i>primer ba'alla</i> ...	la <i>primer batalla</i> .

